

CLÁSICOS ASALE ~ 11

Juan M. Lope Blanch

Léxico indígena en el español de México

Edición de
Pedro Martín Butragueño



ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA
LENGUA ESPAÑOLA

Madrid

2021

ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS
DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Comisión Permanente 2021-2022

D. Santiago Muñoz Machado
[Real Academia Española]
Presidente

D. Francisco Javier Pérez
[Academia Venezolana de la Lengua]
Secretario general

D. Manuel Gutiérrez Aragón
[Real Academia Española]
Tesorero

D. César Armando Navarrete Valbuena
[Academia Colombiana de la Lengua]
Vocal

D.^a Margarita Vásquez Quirós
[Academia Panameña de la Lengua]
Vocal

D. Jorge Ignacio Covarrubias
[Academia Norteamericana de la Lengua Española]
Vocal

Colección
Clásicos ASALE, 11

D. Francisco Javier Pérez
Coordinación

CLÁSICOS ASALE ~ 11

Juan M. Lope Blanch

Léxico indígena en el español de México

Edición de
Pedro Martín Butragueño



ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA
LENGUA ESPAÑOLA

Madrid
2021

ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS
DE LA LENGUA ESPAÑOLA



Con la colaboración de la
Fundación José Manuel Lara



Primera edición: diciembre, 2021

© del texto: herederos de Juan M. Lope Blanch, 2021

© de la edición: Pedro Martín Butragueño, 2021

© El Colegio de México, 1969, 1979

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia

Maquetación y diseño: Manuel Rosal

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito de la ASALE.

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-17453-90-9

Depósito legal: SE 2200-2021

Printed in Spain—Impreso en España

Índice

Estudio introductorio	9
La labor temprana de Lope Blanch	11
Estructura del libro	16
Importancia, contexto y antecedentes del <i>Léxico indígena en el español de México</i>	18
Gestación de la obra y aspectos metodológicos	38
Vitalidad del léxico de origen indígena en Ciudad de México en los años sesenta	48
Repercusión y estudios posteriores.	52
Esta edición	55
Referencias bibliográficas	56

Léxico indígena en el español de México

Propósito	73
1. Introducción	75
2. Metodología	92
3. Resultados	103
4. Vitalidad de los indigenismos	115

5. Clasificación	132
6. Lengua hablada y lengua escrita	136
Cuadros estadísticos	141
Lista alfabética de los indigenismos reunidos e indicaciones sobre su vitalidad	144
Indigenismos en la norma lingüística culta de México	158
Nahuatlismos	161
Otros indigenismos americanos.	164
Siglas.	183

Estudio introductorio

Pedro Martín Butragueño

(Academia Mexicana de la Lengua, El Colegio de México)

La labor temprana de Lope Blanch. — Estructura del libro. — Importancia, contexto y antecedentes del *Léxico indígena en el español de México*. — Gestación de la obra y aspectos metodológicos. — Vitalidad del léxico de origen indígena en Ciudad de México en los años sesenta. — Repercusión y estudios posteriores. — Esta edición. — Referencias bibliográficas.

El volumen dedicado por Juan M. Lope Blanch al *Léxico indígena en el español de México* no ha perdido un ápice de su importancia en el estudio del español mexicano, americano y general; sigue siendo enormemente actual por los datos que ofrece, por los problemas que plantea y por los métodos de trabajo que aplica¹. Aparecida su primera edición en 1969, y la

¹ Agradezco a Lorena Gamper Villasana las observaciones a una versión previa de este estudio introductorio, así como la captura de varias de las tablas incluidas en el texto del libro.

segunda una década después, en 1979, el fuerte empirismo en que descansa este breve libro es toda una lección de trabajo lingüístico. Merece releerse y ponerse en comparación con trabajos posteriores, juzgarse en su exactitud y valorarse en su contexto historiográfico.

Por supuesto, no se trata de una obra aislada en el conjunto de la producción de su autor. Lope Blanch se ocupó en forma recurrente de la influencia de las lenguas indígenas en el español, a partir de varios hilos conductores: la consideración crítica sobre ciertas afirmaciones y obras previas, sobre todo las construidas con fines lexicográficos; el esfuerzo por emplear materiales sustentados en colectas verificables; la relativización de la influencia de las lenguas originarias americanas sobre el español urbano. El libro ahora reeditado es una de las contribuciones principales de su autor a la discusión de tales perspectivas.

Si bien los procedimientos basados en la filiación de soluciones fónicas, de fenómenos sintácticos y de piezas léxicas en entornos citadinos, vistos con ojos actuales, pueden ser insuficientes como concepción del contacto lingüístico comunitario, y pueda no estarse de acuerdo con algunas consideraciones interpretativas, el *Léxico indígena* contiene lecciones indispensables para estudiarlo en varias dimensiones,

en particular las que tienen que ver con la detección de los testigos lingüísticos —los indigenismos— que han de interpretarse sociolingüísticamente.

La labor temprana de Lope Blanch

Consideradas a la distancia, es más que claro que la investigación y la docencia de Juan M. Lope Blanch (1927-2002) han sido esenciales para la eclosión y el desarrollo de la lingüística hispánica en México². También es evidente que sus aportaciones al estudio del español americano y en general al conocimiento de esta lengua, de su geografía y de su historia, se encuentran entre las más notorias del s. xx. Varias de sus ideas más estimulantes, como el registro y análisis de la norma culta de las ciudades hispanohablantes, han producido una enorme cantidad de materiales lingüísticos y una

² Puede verse una semblanza un poco más extensa de Lope Blanch en la nota necrológica publicada como Martín Butragueño (2003), de donde se recuperan ahora algunas notas e ideas para este breve apartado. Sin duda, la actividad académica de Lope merece análisis mucho más detallados y penetrantes de los que es posible emprender en este momento. Esta consideración es extensiva, a lo menos en el caso de México, para lo que toca al proceso formativo de la lingüística científica, a las etapas de su desarrollo y a las condiciones sociales, económicas e ideológicas en las que se ha desenvuelto en las últimas décadas y en el momento actual.

estela impresionante de estudios. Si hubiera que destacar las dos contribuciones más trascendentales de Lope Blanch, serían la actitud empírica, que lleva a proponer grandes proyectos de documentación y metodologías muy cuidadosas, y la concepción dialectológica de la variación general y específicamente de la urbana.

Su actividad en México corresponde casi perfectamente con la segunda mitad del siglo pasado, pues arriba a este país en 1951, casi dos décadas antes de que aparezca la primera edición del *Léxico indígena*. Quizá sea posible concebir como período de juventud en el quehacer lopiano, por arbitraria que sea la consideración, ese mismo período, el que va de 1951 a 1969. Esto, por supuesto, es una afirmación arriesgada, en parte porque los procesos investigativos tienen mucho de avance constante, en parte también porque nace más de una intuición que de un análisis plenamente sustentado. Un argumento a favor de la idea, sin embargo, es que la obra reeditada ahora sería el antecedente principal de varios de los grandes proyectos posteriores, como el *Atlas lingüístico mexicano* (Lope Blanch 1990-2000) y el estudio de la norma culta (*cf.* Lope Blanch 1986). Además, es posible que pueda fecharse hacia esa época el inicio de la labor de algunos de sus discípulos más influyentes, aspecto

que desde luego implica probar, en primer término, la existencia de una escuela; seguramente no faltarían elementos para demostrarlo. Varias son las investigaciones señeras de esta primera etapa: las *Observaciones sobre la sintaxis del español hablado en México* aparecen en 1953; el *Vocabulario mexicano relativo a la muerte* es de 1963; *El español de América* aparece en 1968. Para 1969 se publicaba también *La filología hispánica en México: tareas más urgentes*, una llamativa reflexión por medio de la que se trazaban, de manera programática, las grandes avenidas que deberían transitarse para conocer el español de México: sus inicios, vistos a través del estudio de las soluciones propias de esta lengua en la época de la conquista; los procesos experimentados a lo largo del tiempo en el suelo mexicano; y, desde luego, la situación contemporánea del español de México. Por supuesto, estos grandes objetivos son expresables para cualquier variedad del español; tienen a espaldas de sí una visión histórica del estudio de las lenguas, de modo que las construcciones lingüísticas y textuales a las que asistimos en un momento presente —diría el razonamiento— no pueden entenderse sin comprender con precisión su trasfondo.

Mucho aportó Lope Blanch para transitar por esas tres aproximaciones, quizá de manera especialmente

notoria en lo que toca al estudio de las situaciones contemporáneas. Esa contribución reside no solo en su obra personal, sino también en la realizada por los investigadores formados por él, de manera directa o indirecta. El programa investigador de Lope, sin embargo, sigue plenamente vigente: si bien se ha avanzado mucho desde la década de los sesenta en el conocimiento histórico y actual del español mexicano, también es verdad que los huecos son todavía tales que reclaman mucha más atención. Poco sabemos de amplias franjas del país, y de otras muchas se dispone nada más de estudios realizados a veces hace décadas. Los archivos y la documentación histórica de carácter local precisan de más atención y, sin duda, habrán de revelar bastantes más sorpresas. Las realidades urbanas necesitan de mucho más trabajo, a pesar de la existencia de proyectos que están atendiendo algunas de las ciudades con mayor influencia, en el presente y en el pasado. Lo mismo puede decirse acerca del papel del español mexicano en el seno del concierto americano e hispánico. Sin poner en tela de juicio la relevancia de cualquier investigación seria, parece apremiante ocuparse con especial constancia de las labores descriptivas originales y fundamentadas en una concepción empirista extensiva.

Podría considerarse que el período de madurez en la producción lopiana inicia en 1970 con la publicación del *Cuestionario para la delimitación de las zonas dialectales de México*, herramienta esencial para la realización del *Atlas lingüístico de México*, pesquisa que abarcó varias décadas y que culminaría con su publicación entre 1990 y 2000. Los años setenta y los posteriores verán avances espectaculares en el proyecto de la norma culta y la publicación de una impresionante serie de trabajos personales del profesor Lope Blanch.

Uno de los rasgos más característicos de la etapa de juventud en la investigación lopiana quizá sea la adaptación de su contexto formativo románico e hispánico a las realidades americanas³, para producir progresivamente, en el seno de un ambicioso programa investigador, trabajos puntuales apoyados en la coordinación de una ingente labor documental colectiva, entendiendo también por *documentos* los materiales procedentes de entrevistas y cuestionarios. De ahí la importancia de analizar la gestación, los objetivos y los resultados del *Léxico indígena*, por tratarse de

³ Muy grata y modestamente lo cuenta el propio Lope Blanch en «Retrospección», un texto publicado originalmente en 1991 y recogido por Elizabeth Luna Traill en 1992, como «A manera de colofón», al final del tercer volumen del homenaje al lingüista hispano-mexicano.

una obra pionera, hasta cierto punto fundacional, o por lo menos arraigada y emparentada con los textos seminales de una filología hispanoamericana basada en una fuerte y productiva concepción histórica, apoyada en sólidas bases empíricas, como motor esencial para el avance del conocimiento.

Estructura del libro

El *Léxico indígena* está organizado en seis capitulillos y varios apéndices, enmarcados por un «Propósito». Las secciones numeradas son una «Introducción», la «Metodología», los «Resultados», una «Vitalidad de los indigenismos», una «Clasificación» y una breve reflexión sobre «Lengua hablada y lengua escrita». Los apéndices son unos «Cuadros estadísticos», la «Lista alfabética de los indigenismos reunidos e indicaciones sobre su vitalidad», el ensayo «Indigenismos en la norma lingüística de México» y, por fin, unas «*Siglas*».

Es, en realidad, un libro muy breve, que casi podría pensarse como un artículo extenso, si bien su estructura es evidentemente la de un libro. Debe destacarse la concisión y agilidad de las secciones, subdivididas a su vez en breves apartados, que desarrollan argumentos o aspectos analíticos puntuales. La escritura es la

característica de su autor, elegante y fácil de leer, a pesar de tener una gran cantidad de incisivos y de datos, no exenta de alguna ironía y, sobre todo en las partes más introductorias, abierta a alguna imagen que busca la sugerencia. Es siempre respetuoso, aunque a veces cargue las tintas contra algún autor o algún enfoque. Por supuesto, no quiere ello decir que el lector deba sentirse convencido de algunas observaciones puntuales, o incluso del enfoque en su conjunto, pero ciertamente presenta sus ideas de forma muy consistente. Debe leerse —no sería necesario decirlo— como una obra de la época en que se publicó, inscrita en las discusiones y preocupaciones del momento en la lingüística hispánica, redactada en un contexto empírico mucho menos explorado, en ciertos aspectos, que el actual, ajeno mayormente al paradigma de estudios sobre contacto lingüístico y en general a la perspectiva sociolingüística —aun cuando el libro fundacional de Weinreich sea de 1953⁴, el esencial trabajo de Weinreich, Labov y Herzog de 1968, y la influyente antología de sociolingüística preparada por Garvin y Lastra haya salido en 1974 (véase también Zimmermann 1995 para distintas observaciones relevantes al respecto).

⁴ Si bien se ha consultado ahora por la edición de 1974.

A lo largo de este estudio introductorio, convendrá detenerse un momento en algunas de las partes del libro, para analizar su contenido particular y su función dentro del conjunto. El «Propósito» y la «Introducción» del *Léxico indígena* pueden leerse como los antecedentes del estudio, y se retoman, junto a otras cuestiones, en el apartado que sigue a este (IMPORTANCIA, CONTEXTO Y ANTECEDENTES...). La «Metodología» se comenta, igualmente al lado de algunos otros pormenores, en GESTACIÓN DE LA OBRA Y ASPECTOS METODOLÓGICOS. Podría decirse que el resto del libro corresponde, fundamentalmente, al análisis y la discusión de resultados; esto se comenta páginas más adelante en la sección VITALIDAD DEL LÉXICO DE ORIGEN INDÍGENA...⁵

Importancia, contexto y antecedentes del «Léxico indígena en el español de México»

Hay muchos motivos para estudiar cuáles son los préstamos introducidos al español desde las lenguas

⁵ Cuando dentro de este gran bloque del *Léxico indígena del español de México* surgen también cuestiones relacionadas con los antecedentes y con la metodología empleada, es relevante asimismo considerar algunos de los apuntes que figuran en IMPORTANCIA, CONTEXTO Y ANTECEDENTES... o en GESTACIÓN DE LA OBRA Y ASPECTOS METODOLÓGICOS.

originarias americanas y las razones por las que pasaron a la lengua europea⁶. Varios de ellos tienen que ver con la comprensión de la historia cultural, con el cambio lingüístico y con la caracterización de variedades dialectales. Para Calvet (2005, p. 110), los préstamos expresan la posición actual o pretérita entre los grupos sociales que hablan cada una de las lenguas en contacto, posición que condiciona el número, la asimetría y los campos referenciales de las palabras prestadas. Bajo este paraguas argumentativo, lo que observemos hoy día en las situaciones de contacto tiene mucho que decirnos sobre lo que pudo ocurrir en el pasado: el papel de las ciudades, la permanencia de lo tradicional en regiones más apartadas, la aportación de individuos específicos, los contextos lingüísticos en que un elemento prestado anida más fácilmente, entre otras cosas, pueden entenderse mejor, cuando menos en algunas ocasiones, desde los hechos contemporáneos, que no están ahí por casualidad, sino que reiteran estructuras sociales y lingüísticas cuyas raíces son extraordinariamente profundas⁷.

⁶ Véase, para un panorama al respecto, Martín Butragueño y Torres Sánchez (en prensa).

⁷ Estos planteamientos se desarrollan en mayor detalle en otro lugar (Martín Butragueño en prensa).

Puede que no sea excesivo decir que el *Léxico indígena* nace todavía en el contexto de las discusiones propias de la teoría de los estratos lingüísticos, es decir, de la idea de que existen *superestratos* que se imponen sobre una trayectoria lingüística, *sustratos* que han vivificado su presencia al germinar las soluciones actuales en un terreno abonado por una comunidad pasada, y *adstratos* que siguen ejerciendo su influencia en el presente del analista. No es momento ahora para historiar y discutir estas ideas en detalle⁸. Obsérvese, en cualquier caso, que se trata de abstracciones convenientes para entender ciertos sesgos en lo que debería haber sido un camino lingüístico desbrozado, fiel a las evoluciones regulares. A fin de cuentas, los estratos servirían para filiar el origen y la razón de ser de los préstamos, los cuales, junto a la analogía y al cambio lingüístico regular, constituyen las piedras angulares de la teoría clásica del cambio lingüístico (piénsese, por ejemplo, en Hermann Paul 1880). Es más, el *Léxico indígena* no solo se ampara en este paradigma explicativo de la evolución de las lenguas, sino que es una pieza fundamental para darle vuelo y sustento empírico.

⁸ Pero sí puede recordarse aquí la excelente exposición sobre el tema de Amado Alonso (publicada en 1941 e incluida en el libro de 1951, pero consultada aquí por 2020b), citada también en el *Léxico indígena*.

Por ello, la cita de Malmberg a que apela Lope Blanch es esencial desde todo punto de vista, en el contexto de la polémica acerca de la influencia de las lenguas indígenas americanas en el español⁹:

Une explication interne est préférable à une explication externe (interférence) [...] Le substrat (l'interférence) ne doit être allégué comme explication que si l'innovation implique une augmentation du nombre d'oppositions ou une réinterprétation des relations entre celles-ci. Le substrat ne doit être invoqué que dans les cas où la situation sociologique d'une population est telle que l'adoption de faits d'interférence par les couches socialement dirigeantes semble probable (Malmberg [1962], p. 258, citado a través de *Léxico indígena*, p. 76, n. 3).

Se trata de un texto y de una afirmación que nuestro autor había ya sopesado desde unos años antes. Resulta interesante traer a colación las palabras que Lope Blanch dedicaba al estudio de Malmberg, al reseñar en 1962 en la *Nueva Revista de Filología Hispánica* el volumen en el que aparecía el trabajo del estudioso sueco:

⁹ Para analizar la influencia del primer autor en el segundo, es de nuevo fundamental la consulta de Zimmermann (1995).

Arriesgada puede parecer la tesis expuesta por B. MALMBERG en su comunicación sobre «L'extension du castillan et le problème des substrats» (pp. 249-260), según la cual sería preferible explicar los cambios lingüísticos como casos de simplificación propios de zonas periféricas, sin acudir a la explicación por interferencia (efecto del sustrato) más que en los casos en que se produzca un aumento en el número de las oposiciones o una reinterpretación de las relaciones lingüísticas, y ello siempre que la situación social permita suponer que los hechos de interferencia hayan sido propiciados por las clases dirigentes. Para comprobar su tesis, estudia los principales cambios fonéticos que caracterizan las tres grandes etapas de la formación y desarrollo de la lengua española: castellano primitivo, frente a las demás lenguas romances; paso del español medieval al moderno; y expansión del castellano en el Nuevo Mundo. En los tres casos, indica cómo —en su opinión— los hechos evolutivos pueden explicarse dentro del sistema, y cómo rara vez hay que acudir al sustrato (Lope Blanch 1962, pp. 448-449).

Es llamativo —hay que observar— el relativo distanciamiento marcado por Lope en su lectura de 1962, a juzgar por el adjetivo en el que califica la propuesta de «arriesgada», al tiempo que subraya en un inciso «en su opinión», al referirse a la preferencia por las

explicaciones internas. Sin embargo, en momentos posteriores, al aterrizar las ideas en sus propios datos, convertirá este pasaje en una referencia fundamental para dar una cobertura más teórica al comportamiento de los materiales lingüísticos y a las explicaciones que cabe dar acerca de ellos. Parece convertirse en la punta de lanza de un pensamiento de corte estructuralista: lo interno antes que lo externo, lo estructurado antes que lo aleatorio, lo lingüísticamente autónomo antes que lo cultural. Leído desde la actualidad, podría pensarse que hay una cierta tensión entre la visión estratigráfica de las relaciones entre lenguas y la opción de sistema autónomo, pero ambas perspectivas conviven en el *Léxico indígena*.

El título del libro no es, quizá, plenamente afortunado, pues puede generar cierta confusión, al no especificarse que el estudio se refiere a la capital del país, Ciudad de México. No es una cuestión menor, pues las consecuencias que se sacan y los datos que se discuten no son extrapolables a todo el país, y mucho menos a las áreas rurales y a los entornos bilingües. Cabe defender, como lo hace el propio Lope Blanch¹⁰, desde luego, que

¹⁰ Véase al respecto la nota 9 (p. 80) del libro de Lope, que bien hubiera debido estar en texto por la importancia del planteamiento que establece para defender la investigación capitalina. Se cita enseguida en este estudio introductorio.

la importancia del habla capitalina afecta, de una manera u otra, a todo el país, extendiéndose incluso más allá de las fronteras; puede señalarse también su relevancia histórica desde el inicio de la presencia española. Sin embargo, las condiciones del contacto lingüístico, tomando los préstamos léxicos como uno de los síntomas más evidentes, no pueden ser idénticas según los momentos y los lugares¹¹. Dada la profunda relación entre léxico e identidad, al tiempo que la recurrente vinculación entre las realidades materiales de la vida cotidiana, podría pensarse que es igual de importante para evaluar el contacto, y aun seguramente más, buscar y poner a prueba la investigación lingüística en aquellas comunidades en las que hoy día es más fehaciente.

Las dos afirmaciones sustanciales del *Léxico indígena* son *a)* que la presencia indígena en el léxico urbano capitalino es muy reducida; y *b)* que esto se debe a que tales préstamos refieren a realidades bastante acotadas. Si bien estas aseveraciones son en sí mismas el fruto del trabajo llevado a cabo, conclusiones obtenidas a lo largo de una ruta inductiva, es tentador

¹¹ Es verdad que el libro, desde que establece el «Propósito» (p. 73) con el que se realiza, es perfectamente claro en el punto crucial de que lo estudiado es la gran urbe y no otra cosa. Ello no impide sospechar que el título, con esa relativa imprecisión, se haya, a veces, interpretado de otra manera.

leerlas asimismo como las hipótesis que iluminan el diseño metodológico de la investigación.

Si bien el «Propósito» se enuncia de manera muy breve, en apenas una página (pp. 73-74), ayuda al lector a establecer las coordenadas en las que se instala la obra. Al presentar al español como la lengua latina más extendida, Lope Blanch recurre a una imagen común en los filólogos de su generación y en los de generaciones anteriores, la de un flujo —un río, a fin de cuentas— cuya modesta corriente cantábrica y burgalesa se amplía hasta *inundar* grandes áreas peninsulares y, en el caso de América, *sofocar* a algunas de las lenguas anteriores, pero convivir con otras¹². El contacto con estas lenguas obtiene timbres particulares en cada territorio, sin cambiar, sin embargo, su vena esencial (la 'unidad en la diversidad', a fin de cuentas, idea con resonancias cuyo eco llega hasta el presente). La concisión de los dos primeros párrafos no debe confundir al lector, pues se introduce en pocas líneas todo un paradigma de ideas: la historia como río, los paisajes que visita su curso como novedad que no altera la línea central de los procesos. Y se formula en seguida el objetivo, no menor: «Determinar hasta qué punto se ha

¹² Tales imágenes pueden ser, ciertamente, desafortunadas; véanse los comentarios incluidos en Montemayor (2017, p. 436).

dejado sentir esa influencia de los idiomas americanos en el castellano, es el objetivo de este estudio [...]» (p. 7). Es decir, parecería que puede concebirse el libro, cuyo objetivo se enuncia como un estudio de caso (la presencia del léxico de origen indígena en la Ciudad de México), como un ejemplo mostrativo al servicio de la discusión de un problema mayúsculo.

Los antecedentes y las bases teóricas del *Léxico indígena* pueden encontrarse en la «Introducción» (pp. 75-92). El punto de partida de la discusión es el contraste entre ciertos planteamientos iniciales, que habrían tendido a sobreestimar el papel de la influencia indígena, concebido como sustrato, frente a la postura predominante en la contemporaneidad en que escribe Lope Blanch, mucho más reacia a conceder importancia a tal sustrato, salvo como último recurso. Muy bien conocida es la contraposición entre Lenz (1893 [1940]) y Alonso (1939), así como la influyente opinión de Malmberg (1959), referencias todas ellas mencionadas en el *Léxico indígena*, como parte de un sustento argumentativo del cual, a posteriori, este libro se volverá pieza fundamental. Parece claro, en cualquier caso, que la mención de la hipótesis Alonso-Malmberg, prácticamente en el pórtico de su propia exposición, sugiere que Lope Blanch se suma a tal perspectiva general de

desconfianza hacia las explicaciones sustratísticas. La argumentación desarrollada a continuación en el *Léxico indígena* se mueve sin titubeos en tal dirección: la escasez de rasgos de contacto en el español americano en general (§1.1, pp. 77-79), con particular referencia a la *Historia* de Lapesa (en su 4ª. ed., 1959), se mostraría de manera equiparable en México (§1.2, pp. 79-81): a pesar de su importancia histórica, el náhuatl no habría ejercido un papel muy importante como sustrato del español, salvo en un puñado de casos acotados por diversas propiedades léxicas y morfológicas: 1) /ʃ/ fonológico en préstamos como *xixi*, si bien en alternancia con /s/; 2) [tʃ] alofónico adscrito a /s/, en toponimia y antroponimia, como en *Atzompa*; 3) presencia del grupo /tl/ en indigenismos (*ix.tle*) y en otras palabras (*a.tle.ta*); 4) el sufijo *-eco* para gentilicios¹³. Además, señala Lope, el papel de estos fenómenos sería relativamente marginal en la fonología y en la gramática del español¹⁴. No debe quedar escondida al lector la importancia de

¹³ Véanse las notas 7 (p. 78) y 10 (p. 80) del *Léxico indígena* para referencias del propio Lope de la misma época en las que se ocupa en mayor detalle del papel del sustrato (Lope Blanch 1967a, 1967b, 1971a, 1971b).

¹⁴ Cabe mencionar al calce que en los trabajos de fonología, en particular, no suele otorgarse un valor plenamente fonológico a los fonemas adquiridos por contacto pero con restricciones léxicas notorias, en especial cuando solo aparecen en préstamos.

la nota 9 (p. 80), en referencia al estatus de Ciudad de México a la hora de estudiar el contacto; conviene recuperarla aquí:

Cierto que mis indagaciones se han mantenido, por lo general, dentro de los límites de la ciudad de México, donde la influencia de los sustratos puede ser menor que en las zonas rurales del interior del país, especialmente en aquellas donde se siguen hablando las lenguas indígenas. Pero no es menos cierto que la norma lingüística de la ciudad de México —con sus seis millones de habitantes— es, con mucho, la más importante del país, y la que sirve de modelo y aun de guía «ideal» a las hablas regionales del interior. Por otro lado, el habla de la capital, aislada ya del contacto con el náhuatl, es la que puede reflejar sin espejismos los resultados de la influencia del sustrato, en tanto que el español hablado en zonas bilingües reflejará los problemas particulares de las lenguas en contacto, es decir, las interferencias —posiblemente pasajeras— ocasionadas por el bilingüismo. O sea, en último término, la situación efervescente en que se encuentran las lenguas de adstrato, pero no la influencia final y definitiva de los sustratos sobre el idioma invasor. Es bien sabido, por ejemplo, que la peculiar articulación de las oclusivas sordas que distingue al español de Yucatán puede deberse a la influencia maya, lengua de adstrato —y no de sustrato— que

habla todavía hoy una gran mayoría de yucatecos, muchos de los cuales son aún monolingües de idioma maya (*Léxico indígena*, n. 9, p. 80).

Como puede observarse, la defensa metodológica de trabajar con el material de Ciudad de México descansa en dos argumentos relevantes: el papel referencial de las hablas capitalinas para el resto del país y el alejamiento con respecto a las situaciones de contacto vivas. Debe señalarse que el razonamiento es coherente y defendible en sí mismo, pero es posible cuestionarlo al menos en varios aspectos: por una parte, aunque la influencia de la capital —y en general de la megalópolis central, podría añadirse— es un componente esencial de la estructuración sociolingüística del país, no puede simplemente equipararse ambas realidades. Por otra parte, la visión como situaciones opuestas y separadas entre sustrato y adstrato es discutible desde muchos ángulos, siendo que de lo que hay que hablar hoy día es de contacto lingüístico y de diversas clases de bilingüismo individual en el seno de una concepción muy matizada de la comunidad de habla¹⁵. No hay ninguna razón, por otra parte, para concebir que

¹⁵ Véanse, entre otros trabajos, Torres Sánchez (2018), Pellicer (2020), Avelino Sierra (en preparación).

el problema empírico puede resolverse sin considerar un arco mayor de diferentes tipos de situaciones, en especial si se quiere ir más allá de la catalogación de fenómenos, buscando entender las causas que están atrás de las huellas del contacto y el capital simbólico que portan¹⁶.

Como bien señala Lope (§1.3, pp. 81-84), la presencia de las realidades indígenas es clara en el léxico del español crecido en América, tal como reconocen historiadores de la lengua, dialectólogos y lexicógrafos. Además (§1.3.1, pp. 84-86), si bien el léxico no afectaría, en principio, al sistema lingüístico¹⁷, tiene gran importancia cultural y puede desencadenar algunos cambios con repercusiones estructurales que sigan el camino de la difusión léxica. Asimismo, las palabras de origen indígena indican la relación entre lenguas, son aluvión formativo del español americano y fuente de zonificación dialectal (§1.3.2, pp. 86-87).

Se ha dicho en diversas ocasiones que podría haberse exagerado esta activa presencia léxica de las

¹⁶ Aquí es relevante, bajo diversos ángulos, pensar en autores como Calvet (2005), Bourdieu (1985), Eckert (2018). Para una reflexión sobre la dimensión poscolonial del español en México, véase Martín Butragueño (en prensa).

¹⁷ Léase la cita de Malmberg (1963) que Lope Blanch recoge en la n. 16 (p. 84).

realidades americanas. Lope Blanch se suma a la crítica a la lexicografía tradicional, cuyo testimonio habría distorsionado la realidad, en los últimos apartados de la sección introductoria de su libro (§1.3.3 a §1.3.5), iniciando por la mención a un célebre pasaje de Morínigo (1964)¹⁸:

Los diccionarios de americanismos actuales rivalizan en incorporar a su léxico el mayor número de indigenismos, se usen o no se usen en el español de América, distorsionando de esta manera la realidad lingüística y confundiendo a los estudiosos. [...] En un diccionario de mexicanismos aparecen las voces *tetlacihue*, *tecomasúchil*, *tetlatía*, *techcocama*, *texosóchil* que nadie sabe qué son en México, fuera de los nahuatlistas. [...] El compilador quiere demostrar con eso su conocimiento de la historia del país o su conocimiento de las lenguas indias, que en algunos casos está aún viva. Hay en nuestros diccionarios una gran masa de voces indígenas que constituyen en

¹⁸ La obra en la que aparece el trabajo de Morínigo, *Presente y futuro de la lengua española*, fue sumamente influyente y citada en su momento y en las décadas siguientes; sin duda, merece también una consideración historiográfica detallada en la que se analice el retrato que se hace del español en aquel momento, sus fundamentos ideológicos y lingüísticos y la proyección e influencia en ciertos trabajos posteriores.

ellos un peso muerto en el mejor de los casos (Morínigo 1964, p. 226, pero aquí se cita a través del *Léxico indígena*, pp. 87-88, donde aparece la cita completa).

Esta idea de la sobrerrepresentación de los indigenismos en los trabajos lexicográficos, en relación con la lengua hablada capitalina, parece haber desencadenado el interés lopiano por la vitalidad de los indigenismos, por lo que en el Seminario de dialectología se puso a prueba el *Diccionario de aztequismos* de Cecilio Agustín Robelo¹⁹ (§1.3.4). Solamente algo más de la décima parte de los nahuatlismos (160 palabras) fueron familiares y comunes para los miembros mexicanos del Seminario, siendo unas 250 «[...] las formas que unos

¹⁹ Existen varias ediciones de este *Diccionario*, entre las que se encuentran, al menos, las de 1904, 1912 y 1940. Más allá de las consideraciones de desarrollo técnico de la lexicografía, aun en el mejor de los casos, cabría suponer que el trabajo de Cecilio A. Robelo (1839-1916, según < https://es.wikipedia.org/wiki/Cecilio_Robelo > [consultado el 31 de julio de 2020]) solo podría reflejar un estado ya bastante pretérito de la lengua. Debe señalarse que el libro de Robelo (consultado ahora por la edición de 1904), organizado en lecciones que van mostrando la presencia de raíces —en sentido laxo— del náhuatl en préstamos al español y en nombres geográficos, no carece en absoluto de interés: merecería una edición moderna, o la integración, por ejemplo, en un tesoro electrónico. La cercanía en la presentación entre voces comunes y onomásticas resulta muy sugerente para la historia cultural.

u otros de esos investigadores conocían con mayor o menor precisión. Las 1200 voces restantes les eran enteramente desconocidas [...]» (*Léxico indígena*, p. 89)²⁰. Un comentario que podría hacerse es que estos cálculos son sin duda válidos para la argumentación sostenida por Lope Blanch, a la vista del número relativamente reducido de indigenismos que eran vitales en la lengua hablada de individuos cultos urbanos. También puede reconocerse la presencia de errores en Robelo (como los señalados por Lope en la n. 20 de la p. 90). Sin embargo, si un lector moderno con cierta familiaridad con estos temas hojea el volumen de Robelo, la crítica lopiana, en el contexto de Morínigo (1964) y Rosenblat (1958), puede parecer injusta, dados los objetivos del *Diccionario de aztequismos*, que lleva el revelador subtítulo de *Cat[á]logo de las palabras del idioma nahuatl, azteca ó mexicano, introducidas al idioma castellano bajo diversas formas*, siendo en él seguramente más importante considerar la herencia de la primera lengua que caracterizar la segunda. Además, debe decirse que realmente muchas de las palabras comunes consignadas por Robelo, así como de los derivados y de los fraseologismos que

²⁰ Es interesante la revisión, en este contexto, de Lope Blanch (1998), para una reflexión sobre los nahuatlismos presentes en el *Diccionario* académico.

anota, sí son documentables en cierto grado hoy día sin gran dificultad, por lo que puede defenderse en bastantes casos su relevancia lexicográfica, vista además en la época y condiciones en que se preparó aquel trabajo, y desde luego dependiendo de los objetivos e intereses de los diversos proyectos en que cabe pensar²¹; cuestión aparte es la vitalidad urbana común de ciertas palabras, seguramente no muy diversa en la actualidad, en líneas generales, a la expuesta en el *Léxico indígena*²². Tiene toda la razón Lope Blanch al señalar (§1.3.5) la mayor vigencia de los indigenismos en las hablas rurales, en especial en relación con las plantas y los animales y en que pocas veces los diccionarios aclaran la difusión de estas voces.

El problema de la marcación detallada de la vitalidad de las voces en los diccionarios no se limita, podría señalarse, a los indigenismos, sino que se extiende a muchos otros terrenos. La disponibilidad hoy día de grandes corpus lingüísticos facilita, sin duda, esta tarea, de modo que la selección de los componentes de un leuario puede ser cuidadosa y, con ciertas reservas,

²¹ Considérese en este contexto la segunda edición del *Diccionario de mexicanismos* (AML en prensa).

²² Cf., en lo que toca al español mexicano central, Lastra y Martín Butragueño (en preparación) para Ciudad de México y Palacios y Franco (en preparación) para Puebla.

puede ponderarse la frecuencia y la dispersión de una palabra o de una de sus acepciones. Estos grandes corpus, sin embargo, no siempre son tan completos como sería deseable en la representación de las formas más coloquiales de la lengua, ni en la documentación de las hablas rurales y de las variedades ejercidas por los bilingües. Hay aquí un fuerte problema empírico, que solo podría subsanarse con grandes dosis de investigación local, que delimiten la vitalidad y difusión geográfica, social y discursiva de una gran cantidad de voces. Si bien puede aceptarse la crítica tradicional acerca de la posible distorsión lexicográfica al acoger ciertas voces de baja vitalidad, esta crítica, a su vez, debería atemperarse ante la escasez de fuentes de primera mano que examinen esa presencia local de diversos bloques léxicos, sin negar casi por sistema lo que, en realidad, simple y llanamente, estamos todavía lejos de saber con suficiente precisión, aunque desde luego se ha avanzado mucho desde los años sesenta del s. xx, en parte gracias a los trabajos realizados o promovidos por el propio Lope Blanch. Prueba de la complejidad del problema es que el propio *Diccionario de la lengua española* (23.^a ed.) sigue presentando bastantes inconsistencias en el registro y filiación de los indoamericanismos (*cf.* Martín Butragueño y Torres Sánchez en prensa).

Otra dimensión interesante en la discusión es lo que podría llamarse la función identitaria de los indigenismos. El propio Lope trae a colación las palabras de Darío Rubio: «Si desaparecieran del lenguaje español que hablamos los mexicanos, todas las voces en dicho lenguaje incluidas y que tienen su origen en el idioma náhuatl [...], se produciría un caos verdaderamente horrible por la situación en que tal desaparición hubiera de colocarnos» (Rubio 1940, I, pp. xxii-xiii, citado en el *Léxico indígena*, pp. 83-84). Si bien cabe concordar con Lope Blanch en lo exagerado de esta afirmación (p. 132), no debe menoscabarse tampoco el valor de lo identitario para los hablantes y para las plasmaciones sociales en las que se agrupan, identidad expresada a través de diversas señales lingüísticas que indican nuestro posicionamiento social (cf. Eckert 2018). Así, no costaría mucho trabajo encontrar afirmaciones semejantes a las de Darío Rubio en textos actuales dirigidos al gran público. Esto es en sí mismo muy interesante, pues ambas puntas del razonamiento tienen su parte de verdad. Si al efectuar recuentos de indigenismos no es raro sorprenderse de las cifras bajas que se obtienen al considerar aquellos casos con cierta vitalidad, no debe olvidarse que cuando se buscan palabras de otros orígenes, digamos anglicismos o

galicismos, es posible que los números no sean tampoco espectaculares. Cuando venimos de otros orígenes lingüísticos, los indigenismos o los anglicismos ajenos nos saltan bastante a los oídos, son prominentes muchas veces simplemente porque son diferentes, es decir, se vuelven perceptibles y les atribuimos un valor que puede ser exagerado a la hora de caracterizar una comunidad de habla, en la que a veces no se tiene conciencia clara de sus orígenes (piénsese, por ejemplo, en *almohada*, en cuyo origen no solemos pensar, o en *checar* y en *chequear*, estas últimas distintas según las variedades dialectales de cada quien y con potencial para resaltar cuando se hacen comparaciones)²³. Esta realidad es también reconocida por Lope Blanch, desde luego (véase §3.1.2, pp. 106-107), pero parece necesitar un análisis más detenido. Una sola palabra puede arrastrar un conjunto de valores, ancestrales o íntimos, parte de nuestra identidad, de modo que nos volvemos muy sensibles al trato que se dé a esas palabras y a los comentarios que hacen los fuereños, y las acogemos en lexicones y en textos de los que disfrutaban otras personas que comparten esos valores.

²³ Muy relevante al propósito de una discusión sobre la naturaleza del problema, es el libro de Caravedo (2014, especialmente las pp. 255-313).

Gestación de la obra y aspectos metodológicos

La metodología en que se sustenta el libro sobre el *Léxico indígena* supone entonces un hito llamativo en la historia de la filología hispanoamericana, por la fuerte base empírica con que se despliega y por el camino de ida y vuelta con el que se construyen los datos, al servirse del análisis de materiales de producción en lengua hablada y escrita, primero, y de cuestionarios para ponderar la competencia léxica de un buen número de colaboradores, después.

Desde mediados de los años sesenta van apareciendo antecedentes del futuro libro. Como el propio Lope Blanch señala al pie al inicio de la «Introducción», se había leído un avance en el II Congreso Internacional de Hispanistas (Nijmegen, 20-25 de agosto de 1965), publicado después en el *Anuario de Letras* (número 5, fecha editorial de 1965, pp. 33-46). El artículo del *Anuario* se titula «Influencia de las lenguas indígenas en el léxico del español hablado en México», y en la nota 1 (p. 33) se aclara que se trata de la comunicación completa, cuya versión abreviada iba a aparecer en las *Actas* del congreso mencionado. El texto de las *Actas*, de 8 páginas, apareció finalmente en 1967, con una pequeña variante en el título, «Sobre la influencia

de las lenguas indígenas en el léxico del español hablado en México».

Resulta interesante cruzar las fechas de estos adelantos del proyecto con las que ofrece el ilustre hispanista al describir la metodología de la investigación. Así, una segunda etapa de la investigación, el análisis de la lengua escrita, se realizó en 1965 e inicios de 1966²⁴ (§2.2.1, pp. 99-100). Una vez que se obtuvo el catálogo de indigenismos, se preguntó a 100 personas (§3.2, pp. 109-111), lo que debió ser forzosamente en un momento posterior a los primeros meses de 1966. La investigación de la lengua hablada precedió a la de la lengua escrita, según se dice en §2.1 (p. 93) y grabar las encuestas se llevó «[...] algo más de dos años [...]» (§2.1.1, pp. 93-95), lo que permite suponer que los registros sonoros se hicieron entre 1963 y 1965, de modo que estos estarían ya estudiados o en proceso de estudio a la hora de redactar los adelantos expuestos a la mitad de la década de los sesenta²⁵.

²⁴ En las *Actas* se menciona que el Seminario había trabajado ese año —cabe entender que 1965, el del congreso— con obras literarias, periódicos y revistas (1967, pp. 401-402).

²⁵ El trabajo publicado en las *Actas* en 1967 menciona la realización de 332 encuestas (p. 398) —frente a las 343 que apunta *Léxico indígena* [§2.1.1, pp. 93-95]— y el hallazgo de 1907 indigenismos comunes (esto es, sin topónimos ni gentilicios) en las grabaciones, adscritos a 193 lemas y 166 bases (p. 399).

Una de las aportaciones más relevantes del proyecto del léxico indígena es la ingente cantidad de grabaciones realizadas. Un punto historiográfico muy interesante es la localización y preservación de las grabaciones que pudieron haber servido de base a la parte quizá medular (§2.1, p. 93) del *Léxico indígena*, por su valor intrínseco, por tratarse de uno de los más antiguos corpus orales recogidos con una finalidad lingüística desde su propia concepción y por, probablemente, haber servido como experiencia esencial para el desarrollo de proyectos posteriores de documentación oral. El Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México alberga actualmente el *Corpus lingüístico oral «Juan M. Lope Blanch»*, constituido por las grabaciones coordinadas por Lope Blanch desde El Colegio de México, además de por los cuestionarios levantados para el *Atlas lingüístico de México*, las carpetas en las que se describe parte de las soluciones documentadas en cada punto de encuesta y algunos otros materiales (Pozas Loyo y Martín Butragueño 2017, 2018). Conviene detenerse un momento en las grabaciones que se han conservado.

El fondo oral de este corpus está formado, en números redondos, por cerca de 1200 registros sonoros

de los años sesenta y setenta, agrupados en dos grandes conjuntos, el «Habla de la Ciudad de México» y el «Habla de la República Mexicana»²⁶. Los materiales, que habían sido grabados y respaldados en cintas magnetofónicas de carrete, han sido digitalizados con el apoyo de la Fonoteca Nacional de México. El segundo bloque, el «Habla de la República Mexicana», que corresponde a los materiales recogidos en el contexto del *Atlas lingüístico de México*, tiene una especial importancia, pues documenta hablas de todo el país, produciendo una amplia sonografía de los años setenta. El primer conjunto, sin embargo, interesa ahora de modo especial, por haberse levantado en los años de elaboración del *Léxico indígena*.

El «Habla de la Ciudad de México», o HCM, integra grabaciones realizadas entre 1963 y 1969 y constituye, como se está diciendo, uno de los corpus orales urbanos más antiguos e importantes, pues permite pensar en estudios en tiempo real²⁷ de cierta profun-

²⁶ Todas las cifras son provisionales, pues el material está siendo catalogado y presenta diversos problemas que podrían llamarse filológicos, dado que no siempre son evidentes los datos correspondientes a cada grabación (fecha, entrevistador, entrevistado, motivo por el que se hizo, etc.).

²⁷ Sobre el tiempo real y el tiempo aparente, considérense los planteamientos de Labov (1994) y, más recientemente, Cukor-Avila y Bailey (2018).

didad histórica. En el momento actual, la base de datos en la que se está catalogando las grabaciones cuenta con 373 registros²⁸, y una parte sustancial de ellos están fechados entre 1963 y 1965. Los nombres de los investigadores que realizaron las entrevistas coinciden, en buena medida, con los de los miembros del «Seminario de dialectología» de El Colegio de México que Lope Blanch menciona como entrevistadores:

De ellos, prestaron una colaboración constante Luz Fernández Gordillo, Beatriz Garza Cuarón, Gloria Ruiz de Bravo Ahuja y Raúl Ávila; participaron también muy activamente en la investigación Flora Botton, Elena Carrero, Julia Corona, Luz E. Díaz de León, Carmen Garza, Carmen Guardiola, María Teresa Guzmán, Yvette Jiménez, Teresa Piñeros, Miguel Capistrán, Charles Frisbie, Carlos H. Magis y Jaime del Palacio (*Léxico indígena*, §2.1.1, p. 93, n. 26).

²⁸ Si bien las cintas originales y las cintas de respaldo estaban etiquetadas, es necesario escuchar el material y tener en cuenta diferentes consideraciones para completar datos faltantes, confusos o simplemente traspapelados, lo que sugiere bastante cautela a la hora de describir el corpus en este momento.

Además, la descripción física de las cintas utilizadas parece encajar bien con las que se han conservado²⁹:

Todas las grabaciones se conservan en cintas magneto-fónicas marca Scotch, de 5 o de 7 pulgadas (600 o 1200 pies respectivamente), las cuales, por haber sido hechas siempre con grabadoras de alta fidelidad (marcas Wollensak, Butoba o Uher), servirán para realizar otros estudios de muy diversa índole: fonética, morfológica, sintáctica, léxica o estilística. La velocidad de grabación fue la de $3 \frac{3}{4}$ (= 9.5 cm), aunque en algún caso se hizo a $7 \frac{1}{2}$, con el fin de mejorar la impresión y facilitar los estudios de carácter fonético (*Léxico indígena*, §2.1.2, p. 96, n.º 31).

Dada la calidad de las grabadoras y de los soportes, no sorprende que, en general, los materiales se hayan conservado bastante bien a pesar del tiempo transcurrido, suponiendo la posible correspondencia entre lo descrito por el prof. Lope y lo preservado en El Colegio de México. Sobra expresar la peculiar emoción que es posible sentir al escuchar cintas grabadas hace

²⁹ Las cintas como tales, que son propiedad de El Colegio de México, se encuentran resguardadas en la Fonoteca Nacional de México, en condiciones de humedad, temperatura y limpieza que mejoran sus posibilidades de conservación.

más de cincuenta años, extraordinarios documentos para historiar la vida verbal capitalina y de un enorme valor historiográfico para entender el desarrollo de los estudios de lingüística.

Con todo, existen algunas inconsistencias que no será fácil resolver plenamente, pues Lope Blanch menciona en el *Léxico indígena* que se dispuso de 343 entrevistas (§2.1.1, p. 93), 490 informantes (§2.1.1, p. 94), 225 cintas (§2.1.2, p. 96) y un número de horas de grabación levemente superior a 245 horas (§2.1.2, p. 96), lo que no coincide del todo, hasta donde es posible atisbar a la fecha —mediados de 2021— con el resguardo incluido en HCM. Podría pensarse, en última instancia, que incluso aunque no se tratara, o no exactamente, de los mismos materiales empleados en el *Léxico indígena*, existiría un alto grado de empatía entre los registros que pudieran haberse usado y los que se han digitalizado dentro de HCM.

Lo importante, a fin de cuentas, es la importancia concedida por Lope Blanch al dato oral de primera mano, y no solo a la lengua escrita o a la representación literaria de la lengua hablada. Es importante resaltar este hecho, pues si bien hoy día la lingüística hispánica lleva varias décadas acumulando de manera sistemática documentación oral rural y urbana, base

de una gran cantidad de estudios diferentes que han abierto la puerta, en buena medida, a una nueva forma de entender las construcciones lingüísticas producidas por los hablantes, no era todavía lo habitual en la época en que se concibe el *Léxico indígena*. Su autor se refiere con claridad a la importancia de esta clase de materiales:

Nuestra investigación ha abarcado dos etapas consecutivas: en la primera de ellas —que consideramos de primordial importancia— hemos procurado determinar la vitalidad de los indigenismos dentro de la lengua hablada; en la segunda, tratamos de precisar el funcionamiento de esas voces en la lengua escrita, literaria o periodística (*Léxico indígena*, §2.1, p. 93).

Como puede observarse, uno de los objetos centrales para averiguar la vitalidad de los indigenismos es la manifestación hablada del español capitalino. Los textos literarios y los periódicos se presentan como útiles para *precisar* los hechos. El tamaño de ambas fuentes de datos, en cualquier caso, es equiparable, como se seguirá comentando *infra*, al describir de manera secuencial los contenidos del libro.

La primera edición del *Léxico indígena* apareció en 1969, y la segunda y definitiva en 1979, anunciada en la página legal del libro como «aumentada», adjetivo que bien podría extenderse al tiraje, pues si de la primera edición aparecieron 2000 ejemplares, en la segunda se llegó a 3000, números bastante nutridos, puede pensarse, para un libro de lingüística³⁰. Sin pretender una comparación detallada entre ambas salidas, debe comentarse brevemente el principal cambio entre las dos ediciones, reflejado en el tamaño de la obra, pues la segunda edición tiene unas veinte páginas más que la edición original³¹. Esta disparidad en las páginas se debe, fundamentalmente, a la sección titulada «Indigenismos en la norma lingüística culta de México», añadida en el libro de 1979 —en las pp. 74-95 de aquella edición—, para describir en sus trazos esenciales los indigenismos surgidos al levantarse en la Universidad Nacional Autónoma de México, en 1972, el cuestionario léxico para el conocido

³⁰ Una curiosa diferencia entre ambas ediciones reside en el título: el volumen de 1969 se llama *El léxico indígena en el español de México*, mientras que el de 1979 aparece sin el artículo: *Léxico indígena en el español de México*.

³¹ La lista de siglas de la primera edición aparece en la p. 75, mientras que las siglas (levemente ampliadas) se anotan en la segunda edición en la p. 97, lo que da 22 páginas más.

proyecto de estudio de la norma culta³². Lógicamente, por la fecha de obtención de los datos, esta presentación no podía estar en la edición de 1969, si bien es un acierto incluirlos en la de 1979, considerando que contribuyen a completar el retrato perfilado con los materiales anteriores. Este es el principal cambio entre las dos ediciones, si bien es posible detectar pequeños ajustes aquí y allá en las páginas compartidas³³.

También dentro de la metodología debe señalarse que las tareas realizadas con el léxico de origen indígena detectado van mucho más allá del acopio de las formas de origen mexicano ingresadas al español de México, de modo que se consideró «[...] sus acepciones y la vitalidad de cada una de ellas, dominio semántico general a que pertenecían, correspondencia con determinada clase sociocultural, concurrencia con alguna voz hispánica equivalente, su distribución proporcional entre la lengua hablada y la escrita, etc.»

³² Considérese Lope Blanch (1974, 1979a, 1982b, 1990a).

³³ Ya se mencionó el ajuste del título. En el volumen de 1969, hay una «aclaración» acerca de una errata, ya corregida en la edición de 1979. Hay alguna actualización bibliográfica en la segunda edición (por ejemplo, en la n. 7 del texto). Se excluye *ate* en la segunda edición, como se explica en la n. 41 del texto. Por otra parte, la versión digital de la primera edición (véase la bibliografía para las direcciones electrónicas) presenta algunas erratas fruto, aparentemente, del proceso de digitalización.

(*Léxico indígena*, §2.3, p. 101). Otra decisión que debe comentarse es que el estudio se concentra en el léxico común, dejando de lado la onomástica y los gentilicios (§2.3.1, pp. 101-102), decisión entendible pero que ciertamente hace a un lado un paisaje que no carece de valor identitario (cf. Lastra y Martín Bustragueño en preparación).

Vitalidad del léxico de origen indígena en Ciudad de México en los años sesenta

Por supuesto, lo más llamativo del libro son los resultados obtenidos sobre los indigenismos mexicanos, es decir, sobre su vitalidad en Ciudad de México en los años sesenta del s. xx. Como se consigna en los «Resultados» (*Léxico indígena*, pp. 103-115), se ficharon 21 934 ocurrencias de indigenismos en 4 600 000 palabras, ambas cifras repartidas en mitades no muy disímiles para el registro escrito y el hablado; se añadieron, además, medio centenar de lemas, como se explica en las notas 41 y 47. Sin embargo, la cantidad de ocurrencias se reduce a 3380 voces comunes, al descontar la onomástica y los gentilicios. Y nada más unos treinta lemas exhibirían vitalidad y recurrencia notorias, si bien las ocurrencias corresponden a un to-

tal de 312 lemas, agrupados en 237 bases léxicas. Desde el punto de vista de las categorías léxicas, casi todos los casos corresponden a verbos, nombres y adjetivos.

Si bien estas cifras corresponden a la producción activa, se investigó también el conocimiento de los hablantes, de modo que el total de lemas se planteó a 100 informantes de todas las clases socioculturales. Tal cuestionamiento permitió obtener uno de los resultados más notables del *Léxico indígena*, pues casi un centenar de lemas fueron conocidos de manera general (*aguacate, apapachar...*), un segundo grupo lo fue de modo bastante general (*achichinle, ahuehuete...*), otros más quedaron en un nivel intermedio (*cacahuacinle, cacle...*), un cuarto bloque fue poco o imprecisamente reconocido (*acocil, achinchinar...*), al tiempo que otros casos resultaron casi desconocidos (*acocote, achioté...*) o del todo ignorados (*camichín, tequescamote...*).

Pero el análisis llevado a cabo no se limita a ofrecer una imagen general de los indigenismos, sino que se consideran diversos aspectos sociales y lingüísticos que sirven para caracterizar la vitalidad y difusión de las formas léxicas estudiadas. Así, unos 60 lemas tendrían a estar dotados de un cierto perfil social, de modo que *chimal* sería más esperable en personas cultas que

en no cultas, mientras que lo contrario ocurriría con *quintonil*. No menos relevantes son los casos en los que una forma ha dado lugar a muy diversos derivados, como *enchilada* o *enchilarse* respecto de *chile*, o las observaciones sobre la difusión geográfica de algunos lemas. Más dudas suscita, en cambio, el análisis que Lope Blanch dedica a la concurrencia de los indigenismos con voces hispánicas (§4.5, pp. 124-132), por lo menos en ciertos casos específicos. Si bien la discusión general, en el sentido de estudiar posibles procesos de desplazamiento o de simplificación, es claramente pertinente, no es obvio, por ejemplo, que *itacate* compita con *lunch*, *merienda* o *almuerzo*. El apartado, en cualquier caso, ofrece diversas vetas para el desarrollo de socio-lexicologías de cuerpos verbales específicos.

Como era de esperarse, la abrumadora mayoría de los casos documentados procede del náhuatl y buena parte de ellos refieren a la flora y la fauna (*aguacate*, *ejote*, *ajolote*, *chachalaca*), las comidas y las bebidas (*atole*, *enchilada*, *mezcal*, *pulque*), así como a diversos utensilios (*comal*, *jícara*), además de diversos sustantivos que caracterizan varias relaciones sociales, como *cuate*, *mitotero* o *chilango* (§5, pp. 132-136). Muchas de estas voces, y de los referentes que designan,

siguen siendo completamente vigentes en datos más recientes provenientes de entrevistas sociolingüísticas (*cf.* Lastra y Martín Butragueño en preparación).

Otro ángulo sobre el uso de los indigenismos lo ofrece la comparación entre lengua hablada y lengua escrita (§6, pp. 136-140). Ciertamente, una buena parte de las entradas aparece en ambos registros, al tiempo que hay un ligero predominio de los que nada más se recogieron en la lengua hablada, frente a los que solo están en la variedad escrita. Llama la atención de Lope Blanch el hecho de que en el habla sean más comunes las voces relacionadas con la alimentación y con situaciones coloquiales, entre otras particularidades.

Tras los «Cuadros estadísticos» (pp. 141-143) y la «Lista alfabética de los indigenismos reunidos e indicaciones sobre su vitalidad» (pp. 144-157), se desarrolla la última sección, añadida en el libro de 1979, «Indigenismos en la norma lingüística de México» (pp. 158-182), que si bien corresponde a una investigación diferente —el proyecto de la norma culta— complementa muy bien la investigación primitiva y nuclear del *Léxico indígena*. Se trata de los resultados sobre indigenismos vistos a través de los datos obtenidos por medio del cuestionario léxico del proyecto para el estudio de la norma culta (*cf.* Lope Blanch

1986). Estas entrevistas arrojaron un total de 85 indoeamericanismos, de los cuales 54 son nahuatlismos, siendo que los 31 restantes son en su mayoría antillanismos de uso general en español.

Este conjunto de perspectivas sobre el análisis de los indigenismos genera una sólida base empírica para continuar con el estudio descriptivo e interpretativo de este interesante problema. Como todo trabajo científico, tiene también diversas limitaciones, derivadas del tipo de herramientas empleadas y de la acotación al entorno capitalino. Sin embargo, cualquier investigación posterior queda igualmente obligada a emplear un conjunto de datos amplio y bien fundamentado.

Repercusión y estudios posteriores

El volumen dedicado por Lope Blanch al *Léxico indígena* en la capital mexicana ha tenido bastante repercusión en el estudio del español mexicano y del español general. Tuvo en su momento ilustres revisores, como Alvar (1970), que elogiaba el rigor del estudio y su valiosa metodología para establecer criterios en materia tan polémica. La ingente labor empírica para conformar un corpus de lengua hablada y de lengua escrita, tarea bastante novedosa en su momento, pudo

haber sido modelo o al menos banco de pruebas para otras grandes investigaciones posteriores, como el estudio de la norma culta de las principales ciudades hispanohablantes (*cf.* Lope Blanch 1986) o las grabaciones recogidas para el *Atlas lingüístico de México* (Lope Blanch 1990-2000). Lo recogido fue tan importante que, de confirmarse la correspondencia de las grabaciones mencionadas en el *Léxico indígena* con los registros preservados en El Colegio de México, constituirían uno de los corpus urbanos más amplios y sistemáticos conocidos para el español.

Vista la vitalidad léxica como proceso sociolingüístico, el trabajo de Lope Blanch ha sido seminal para el desarrollo de una serie de trabajos sobre el mismo problema en México, como los de Lozanova (2000), Torres Sánchez (2014), Pérez Aguilar (2000, 2006), Rosado (2012, cap. 2, pp. 11-43), Palacios y Franco (en preparación) o Lastra y Martín Butragueño (en preparación), encuadrables en otras investigaciones sobre vitalidad realizadas en América, las cuales deben ponerse en el contexto de los estudios de contacto del español con diversas lenguas originarias (*cf.* Martín Butragueño y Torres Sánchez en prensa).

Otro aspecto interesante del asunto —que con- vendrá discutir en otro momento— es la polémica

sobre el grado y sentido del indigenismo léxico: piénsese en la lectura crítica de Montemayor (2017, especialmente pp. 422-437) o en las observaciones de Zimmermann (1995) acerca de las limitaciones de la perspectiva de Lope Blanch a la hora de estudiar el cambio lingüístico, entre otros autores.

Como sea, la lectura del libro de Lope Blanch sigue siendo esencial, con sus logros y sus inconvenientes, en la ruta de una sociolexicología fecunda.

ESTA EDICIÓN

Esta edición considera la segunda salida del libro, publicada en 1979, por ser la más completa y la definitiva. Es relevante comentar, sin embargo, que la que parece haber sido más reseñada y difundida fue la primera. Se ha respetado al máximo el texto de su autor, corrigiendo solo alguna errata evidente.

Las notas aumentadas ahora aparecen siempre entre corchetes, bien como añadidos al final de las notas originales, bien como notas independientes intercaladas en la serie original. Para respetar la numeración original, las notas nuevas, cuando las hay, se expresan como «20^{bis}», «20^{ter}», etc., tanto en la llamada como al pie. En el libro de 1979, la sección titulada «Indigenismos en la norma lingüística culta de México» iniciaba una nueva serie de notas, cuya numeración ahora se incorpora a la serie establecida, por lo que principia con la nota 75 en esta nueva edición.

La bibliografía del autor se ha conservado en las notas, para preservar la unidad de la lectura y el estilo del original, mientras que las referencias de este «Estudio introductorio», así como las añadidas por el editor en sus notas al texto, se mencionan en la lista que aparece a continuación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Antecedentes y ediciones del «Léxico indígena en el español de México»

- Lope Blanch, Juan M. 1965. «Influencia de las lenguas indígenas en el léxico del español hablado en México», *Anuario de Letras*, 5, pp. 33-46, en <<https://revistas-filologicas.unam.mx/anuario-letras/index.php/all/article/view/185>> [consultado el 7 de agosto de 2020].
- 1967. «Sobre la influencia de las lenguas indígenas en el léxico del español hablado en México», en *Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas [1965]*. Coords. Norbert Polussen y Jaime Sánchez Romeralo. Nijmegen: Instituto Español de la Universidad de Nimega, pp. 395-402, en <https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/02/aih_02_1_037.pdf> [consultado el 10 de abril de 2020].
- 1969. *El léxico indígena en el español de México*. Ciudad de México: El Colegio de México [75 pp.]. (Jornadas, 63). [Puede descargarse una versión digital en <https://www.jstor.org/stable/j.ctvbcdozb> y en <https://libros.colmex.mx/tienda/lexico-indigena-en-el-espanol-de-mexico/>, consultados el 27 de julio de 2021].

- 1979. *Léxico indígena en el español de México*. 2.^a ed. Ciudad de México: El Colegio de México [97 pp.]. (Jornadas, 63).

Otras referencias

- Alonso, Amado 1939. «Examen de la teoría indigenista de Rodolfo Lenz», *Revista de Filología Hispánica*, 1, pp. 313-350. [Puede consultarse también en Alonso (1953) y en Alonso (2016, pp. 289-345)].
- 1941. «Substratum y superstratum», *Revista de Filología Hispánica*, 3, pp. 209-218.
- 1951. *Estudios lingüísticos. (Temas españoles)*. Madrid: Gredos. [3.^a ed., 1982].
- 1953. *Estudios lingüísticos. (Temas hispanoamericanos)*. Madrid: Gredos. [3.^a ed., 1976].
- 2016. *Estudios lingüísticos: temas hispanoamericanos*. Ed. Daniel M. Sáez Rivera. Sevilla: Athenaica – Universidad de Sevilla.
- 2020a. *Estudios lingüísticos: temas españoles*. Pról. Lola Pons Rodríguez. Sevilla: Athenaica – Universidad de Sevilla.
- 2020b. «Substratum y superestratum», en *Estudios lingüísticos: temas españoles*. Pról. Lola Pons Rodríguez. Sevilla: Athenaica – Universidad de Sevilla, pp. 291-303.

- Alvar, Manuel 1970. Reseña a Lope Blanch (1969). *Revista de Filología Española*, 53, pp. 323-325.
- AML = Academia Mexicana de la Lengua en prensa. *Diccionario de mexicanismos. Propios y compartidos*. Ciudad de México: Espasa.
- Avelino Sierra, Rosnátaly en preparación. *La gestión del número en dos comunidades bilingües otomí-español*. Tesis doctoral. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Bourdieu, Pierre 1985. ¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos. Madrid: Akal. [Original de 1982: *Ce que parler veut dir: l'économie des échanges linguistiques*. París: Fayard].
- Calvet, Louis-Jean 2005. *Lingüística y colonialismo. Breve tratado de glotofagia*. Trad. Luciano Padilla López. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica. [Original: *Linguistique et colonialisme. Petit traité de glottophagie* (1.ª ed. del original, 1974; trad. de la ed. de 2002)].
- Caravedo, Rocío 2014. *Percepción y variación lingüística. Enfoque sociocognitivo*. Madrid: Iberoamericana – Frankfurt: Vervuert.
- Company, Concepción, y Virginia Bertolotti (dirs.) s. f. CORDIAM. *Corpus diacrónico y diatópico del español de América*. Ciudad de México: Academia Mexicana de la Lengua – Asociación de Academias de la Lengua Española; <http://www.cordiam.org>.

- Cuervo, Rufino José 1914. *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano con frecuente referencia al de los países de Hispano-América*. 6.^a ed. aum. y en su mayor parte completamente refundida. París: R. Roger y F. Ghernoviz.
- Cuestionario* 1968. *Cuestionario provisional para el estudio coordinado de la norma lingüística culta de las principales ciudades de Iberoamérica y de la Península Ibérica*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cukor-Avila, Patricia, y Guy Bailey 2018. «Real time and apparent time», en *The Handbook of Language Variation and Change*. 2.^a ed. Ed. J. K. Chambers y N. Schilling-Estes. Oxford: Wiley-Blackwell, pp. 239-262.
- DLE = RAE-ASALE 2014.
- Eckert, Penelope 2018. *Meaning and Linguistic Variation. The Third Wave in Sociolinguistics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Garvin, Paul L., y Yolanda Lastra 1974. *Antología de estudios de etnolingüística y sociolingüística*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Labov, William 1994. *Principles of Linguistic Change*. Vol. 1: *Internal Factors*. Oxford: Blackwell.

- Lapesa, Rafael 1959. *Historia de la lengua española*. 4.^a ed. Madrid: Escelicer.
- 1981. *Historia de la lengua española*. Prólogo de Ramón Menéndez Pidal. 9.^a ed. corregida y aumentada. Madrid: Gredos.
- Lastra, Yolanda, y Pedro Martín Butragueño en preparación. «Primera aproximación a la variación léxica en el *Corpus sociolingüístico de la Ciudad de México*: el caso de los indigenismos», para el *Homenaje en memoria de Everardo Mendoza* [título provisional].
- Lenz, Rodolfo 1893. «Beiträge zur Kenntnis des Amerikanospanischen», *Zeitschrift für Romanische Philologie*, 17, pp. 188-214; <https://doi.org/10.1515/zrph.1893.17.1-4.188>. [Puede consultarse la traducción en Lenz (1940)].
- 1940. «Para el conocimiento del español de América», en *El español en Chile. Trabajos de Rodolfo Lenz, Andrés Bello y Rodolfo Oroz*. Traducción, notas y apéndices de Amado Alonso y Raimundo Lida. Buenos Aires: Instituto de Filología, pp. 209-258. (*Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*, 6); <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-84546.html> [16 de julio de 2020].
- Lope Blanch, Juan M. 1953. *Observaciones sobre la sintaxis del español hablado en México*. Ciudad de México:

Instituto Hispano Mexicano de Investigaciones Científicas.

- 1962. Reseña a «*Actes du Colloque international de civilisations, littératures et langues romanes (Bucarest, sept. 1959)*». UNESCO, [Bucarest, s. a.]; 301 pp.», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 16, 3/4, pp. 446-449; <https://doi.org/10.24201/nrfh.v16i3/4.2979>.
- M. 1963. *Vocabulario mexicano relativo a la muerte*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- 1967a. «La -r final del español mexicano y el sustrato nahua», *Thesaurus. Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, 22, pp. 1-20.
- 1967b. «La influencia del sustrato en la fonética del español de México», *Revista de Filología Española*, 50, pp. 145-161.
- 1968. *El español de América*. Madrid: Alcalá.
- 1969. *La filología hispánica en México: tareas más urgentes*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- 1970. *Cuestionario para la delimitación de las zonas dialectales de México*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- 1971a. «La influencia del sustrato en la gramática del español mexicano», en *Extremos de México: Homenaje a*

- Daniel Cosío Villegas*. Ciudad de México: El Colegio de México, pp. 181-190.
- 1971b. «Sobre el origen del sufijo *-eco*, como designador de defectos», en *Sprache und Geschichte (Festschrift für Harri Meier)*. München: Wilhem Fink Verlag, pp. 305-312.
- 1972. *Estudios sobre el español de México*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México. [2.^a ed. revisada, 1983; reimpr., 1991].
- 1974. «Indigenismos americanos en la norma lingüística culta de México», en *Estudios filológicos y lingüísticos. Homenaje a Ángel Rosenblat en sus 70 años*. Caracas: Instituto Pedagógico, pp. 323-336.
- 1979a. «Indigenismos americanos en la norma lingüística culta de México», en *Investigaciones sobre dialectología mexicana*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 147-160.
- 1979b. «Antillanismos en la Nueva España», en *Investigaciones sobre dialectología mexicana*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 161-169.
- 1981. «Antillanismos en la Nueva España», *Anuario de Letras*, 19, pp. 75-88.
- 1982a. «Antillanismos en la Nueva España», en *Actas del Cuarto Congreso de la Asociación Internacional de*

- Hispanistas: celebrado en Salamanca, agosto de 1971*. Salamanca: Universidad de Salamanca, pp. 147-156. [Puede consultarse en <http://www.cervantesvirtual.com/obra/antillanismos-en-la-nueva-espana/>].
- 1982b. «Indigenismos en la norma lingüística culta de México», en *Lenguas en contacto: el español frente a las lenguas indígenas de México*. Ciudad de México: Comisión para la Defensa del Idioma Español, pp. 43-60.
- 1986. *El estudio del español hablado culto: historia de un proyecto*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- 1990a. «Indigenismos americanos en la norma lingüística culta de México», en *Investigaciones sobre dialectología mexicana*. 2.^a ed. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 147-160.
- 1990b. «Antillanismos en la Nueva España», en *Investigaciones sobre dialectología mexicana*. 2.^a ed. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 161-169.
- (dir.) 1990-2000. *Atlas lingüístico de México*. Ciudad de México: El Colegio de México - Universidad Nacional Autónoma de México - Fondo de Cultura Económica.
- 1992. «A manera de colofón [...] Retrospección», en *Scripta Philologica in honorem Juan M. Lope Blanch*.

- III: *Lingüística indoamericana y estudios literarios*. Coord. Elizabeth Luna Traill. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 483-487. [Apareció previamente en Hans-Martin Gauger y Wolfgang Pöckl (eds.), *Wege in der Sprachwissenschaft. Vierundvierzig autobiographische Berichte: Festschrift für Mario Wandruszka*. Tübingen: Gunter Narr, 1991, pp. 143-146].
- 1998. «Los nahuatlismos del *Diccionario* académico», *Boletín de Filología*, 37, 1, pp. 669-680; <https://boletinfilologia.uchile.cl/index.php/BDF/article/view/18784/19879>.
- Lozanova, Elena 2000. «Notas sobre la vitalidad del léxico indígena en el español contemporáneo de la ciudad de México», en *Estructuras en contexto. Estudios de variación lingüística*. Ed. Pedro Martín Butragueño. Ciudad de México: El Colegio de México, pp. 61-79.
- Malmberg, Bertil [1962]. «L'extension du castillan et le problème des substrats», en *Actes du Colloque International de Civilisations, Littératures et Langues Romanes (Bucarest, sept. 1959)*. Bucarest: UNESCO, pp. 249-260. [Puede consultarse también en Malmberg (1973, pp. 335-343)].
- 1963. «Encore une fois le substrat», *Studia Linguistica. A Journal of General Linguistics*, 17, 1, pp. 40-46; ht-

[tps://doi.org/10.1111/j.1467-9582.1963.tb00436.x](https://doi.org/10.1111/j.1467-9582.1963.tb00436.x).
[Puede consultarse también en Malmberg (1973, pp. 424-429)].

— 1973. *Linguistique générale et romane. Études en allemand, anglais, espagnol et français*. The Hague – Paris: Mouton; <https://doi.org/10.1515/9783110821314>.

Martín Butragueño, Pedro 2003. «Juan M. Lope Blanch (1927-2002)», *Revista de Filología Española*, 83, pp. 311-318.

— en prensa. «Contacto, difusión y desplazamiento: el pasado en el presente y el español poscolonial en México», en *Contacto, literatura y memoria lingüística en México*. Ed. Concepción Company. Ciudad de México: El Colegio Nacional.

—, y Nadiezdha Torres Sánchez en prensa. «Lexical borrowing and variation: the case of Amerindian words in Latin American Spanish», en *Handbook of Variationist Approaches to Spanish*. Ed. Manuel Díaz-Campos. London: Routledge.

Montemayor, Carlos 2017. «El náhuatl en el español de México [.] Fundamentos, método y criterios del presente diccionario», en *Diccionario del náhuatl en el español de México*. Montemayor, Carlos (coord.), Enrique García Escamilla, Enrique Rivas Paniagua y Librado Silva Galeana. Nueva edición, corregida y aumentada.

- Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 411-456. [Consultado por la primera reimpresión de la tercera edición, 2019; 1.ª ed., 2007].
- Moreno de Alba, José G. s. f. *Minucias del lenguaje*. [Versión electrónica]. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica; <https://www.fondodeculturaeconomica.com/obra/suma/r3/buscar.asp> [también en <https://www.academia.org.mx/obras/obras-de-consulta-en-linea/diccionario-minucias-del-lenguaje>].
- Morínigo, Marcos A. 1964. «La penetración de los indigenismos americanos en el español», en *Presente y futuro de la lengua española*. Actas de la Asamblea de Filología del I Congreso de Instituciones Hispánicas. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, t. 2, pp. 217-226.
- Olivar, Stefany en preparación. *Algunos aspectos en el estudio de la entonación del español en contacto con el náhuatl de San Miguel Canoa, Puebla*. Tesis doctoral. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Ontañón, Paciencia 1979. «Observaciones sobre la génesis de algunos indigenismos americanos», *Anuario de Letras*, 17, pp. 273-284; <https://revistas-filologicas.unam.mx/anuario-letras/index.php/al/article/view/1311/1308> [consultado el 30 de abril de 2021].
- Palacios, Niktelol, y Érik Franco en preparación. «Presencia y uso de indigenismos en PRESEEA-Puebla», para el

Homenaje en memoria de Everardo Mendoza [título provisional].

Paul, Hermann 1880. *Prinzipien der Sprachgeschichte*. Halle: Niemeyer. [Véase también <https://archive.org/details/prinzipienderspo1paulgoog/page/n3/mode/2up>, consultado el 27 de junio de 2021].

Pellicer, Dora 2020. *México diverso*[.] *Sus lenguas y sus hablantes*. Ciudad de México: Secretaría de Cultura – Instituto Nacional de Antropología e Historia – Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Pérez Aguilar, Raúl Arístides 2000. «Vitalidad y significación sociolingüística de los mayismos en el español de Chetumal», *Lingüística Mexicana*, 1, pp. 181-195.

— 2006. «Índice de nahuatlismos en el español de la frontera mexicana con Belice», *Estudios de Lingüística de la Universidad de Alicante*, 20, pp. 305-315.

Pozas Loyo, Julia, y Pedro Martín Butragueño 2017. «Filología y lingüística: los materiales de *El habla de la República Mexicana*», en *Coloquio del 50 aniversario del Centro de Lingüística Hispánica Juan M. Lope Blanch (1967-2017)*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 17-20 de octubre.

—, y — 2018. «La expresión del sujeto pronominal en el *Corpus Oral Juan M. Lope Blanch*», en *XI Congreso Internacional de Historia de la Lengua española*.

Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 6-10 de agosto.

RAE-ASALE 2014. Real Academia Española – Asociación de Academias de la Lengua Española. *Diccionario de la lengua española (DLE)*. 23.^a ed. Actualización de 2020; <https://dle.rae.es>.

Robelo, Cecilio Agustín 1904. *Diccionario de aztequismos ó sea Cat[á]logo de las palabras del idioma nahuatl, azteca ó mexicano, introducidas al idioma castellano bajo diversas formas. (Contribución al Diccionario Nacional)*. Cuernavaca: Imprenta del Autor. [Disponible en <<https://books.scholarsportal.info/en/read?id=/ebooks/ebooks5/ia5/ebooks/oca5/28/diccionario-deaztoorobeuoft#page=2>>, consultado el 31 de julio de 2020].

— 1912. *Diccionario de aztequismos, o sea, Catálogo de las palabras del idioma náhuatl, azteca ó mexicano, introducidas al idioma castellano bajo diversas formas: contribución al Diccionario nacional*. Nueva ed. Ciudad de México: Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología,

— [1940]. *Diccionario de aztequismos, o sea, Jardín de las raíces aztecas: palabras del idioma náhuatl, azteca o mexicano, introducidas al idioma castellano bajo diversas formas: contribución al Diccionario nacional*. 3a ed.

- considerablemente aumentada. Ciudad de México: Ediciones Fuente Cultural.
- Rosado, Leonor 2012. *Estudio sociolingüístico de la ciudad de Mérida, Yucatán*. Tesis de maestría. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rosenblat, Ángel 1958. «El castellano de Venezuela: la influencia indígena», *Boletín Indigenista Venezolano*, 3-4-5, 23 pp. [Según la referencia de la n. 13 del *Léxico indígena*].
- Rubio, Darío 1940. *Estudios paremiológicos. Refranes, proverbios y dichos y dicharachos mexicanos*. 2.^a ed. corregida y aumentada considerablemente. Ciudad de México: A. P. Márquez, 2 ts.
- Santamaría, Francisco J. 2005. *Diccionario de mejicanismos[.] Razonado; comprobado con citas de autoridades; comparado con el de americanismos y con los vocabularios provinciales de los más distinguidos diccionaristas hispanoamericanos*. 7.^a ed. [Reimpresión de la segunda edición]. Ciudad de México: Porrúa.
- Torres Sánchez, Nadiezdha 2014. «Léxico indígena en la ciudad de Guadalajara», en *Argumentos cuantitativos y cualitativos en sociolingüística. Segundo Coloquio de Cambio y Variación lingüística*. Eds. Pedro Martín Butragueño y Leonor Orozco. Ciudad de México: El Colegio de México, pp. 371-396.

- 2018. «*Aquí hablamos tepehuano y allá español*». *Un estudio de la situación de bilingüismo incipiente entre español y tepehuano del sureste («o'dam») en Santa María de Ocotán y Durango*. Tesis doctoral. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Weinreich, Uriel 1974. *Languages in Contact. Findings and Problems*. Berlin: Mouton de Gruyter. [1.ª ed., 1953].
- , William Labov, y Marvin I. Herzog 1968. «Empirical foundations for a theory of language change», en *Directions for Historical Linguistics*. Eds. W. Lehmann y Y. Malkiel. Austin: University of Texas Press, pp. 95-188.
- Wikipedia 2001. *Wikipedia. La enciclopedia libre*, en <<https://es.wikipedia.org/wiki/Wikipedia:Portada>>.
- Zimmermann, Klaus 1995. «Aspectos teóricos y metodológicos de la investigación sobre el contacto de lenguas en Hispanoamérica», en *Lenguas en contacto en Hispanoamérica: nuevos enfoques*. Coord. Klaus Zimmermann. Madrid: Iberoamericana – Frankfurt: Vervuert, pp. 9-34.

*Léxico indígena en el español
de México*

JUAN M. LOPE BLANCH

PROPÓSITO

El idioma español ha sido, de todas las lenguas neolatinas, el que más se ha extendido con el correr de los siglos. De su pequeño reducto inicial en las montañas cantábricas y de Burgos, pasó a inundar impetuosamente la mayor parte de la península ibérica y —después— inmensos territorios de varios continentes. Al llegar al Nuevo Mundo, el castellano fue entrando en contacto con lenguas americanas de muy diversa naturaleza; pronto sofocó a algunas de ellas hasta causar su total extinción —como sucedió en el caso de las antillanas—, si bien otras veces mantuvo un largo, secular e íntimo contacto con los idiomas indígenas del continente descubierto, muchos de los cuales siguen hoy hablándose en amplias regiones de América.

A través de esa larga convivencia, la lengua española fue modificándose más o menos levemente, alterando su figura, coloreando con distintas tonalidades su fisonomía peculiar. Consecuencia de ello ha sido que el español —aun conservando incólume su unidad fundamental— haya adquirido diversos matices en cada uno de los países americanos en que hoy se habla.

Determinar hasta qué punto se ha dejado sentir esa influencia de los idiomas americanos en el castellano,

es el objetivo de este estudio. Pero objetivo limitado —geográficamente— a una sola de las modalidades americanas del español: la mexicana de nuestra capital. Y limitado también —lingüísticamente— a uno solo de los aspectos del idioma: el léxico.

Humilde contribución, pues, al conocimiento de nuestra lengua, y a la determinación de las relaciones que ella ha mantenido con el idioma de los antiguos mexicanos.

1. INTRODUCCIÓN*

Algunos de los estudios hechos durante los últimos años en torno a la influencia real de las lenguas de sustrato sobre las lenguas invasoras, inducen a revisar las conclusiones a que se había llegado en lo referente al español de América. El optimismo sustratista de Rodolfo Lenz, para quien «el español de Chile es, principalmente, español con sonidos araucanos»,¹ había sido ya analizado y reprimido severamente por Amado Alonso en un objetivo y riguroso estudio,² en el cual mostraba cómo *todos* los fenómenos que Lenz atribuía a la influencia araucana tenían raigambre hispánica y eran usuales en el español general o,

* Una versión previa y parcial de este trabajo fue presentada en el II Congreso Internacional de Hispanistas y se publicó posteriormente en el *Anuario de Letras*, V (1965), pp. 33-46. [Tanto el artículo como el texto del congreso están disponibles en línea; véase Lope Blanch (1965) y (1967) en las referencias bibliográficas del «Estudio introductorio»].

¹ R. Lenz, «Beiträge zur Kenntnis des Amerikanospanischen», ZRPh, XVII (1893), pp. 188-214. Traducción española de A. Alonso y R. Lida, «Para el conocimiento del español de América», BDH, VI (1940), pp. 209-258; cf. p. 249. [Puede leerse en línea como Lenz (1940)].

² Cf. «Examen de la teoría indigenista de Rodolfo Lenz», *RFH*, I (1939), pp. 313-350. [Puede consultarse también en Alonso (1953) y en Alonso (2016)].

al menos, en el dialectal, tanto de España cuanto de América.

Frente a la facilidad con que se tendía hace unas décadas a dar explicaciones fundamentadas en la acción de los sustratos, muchos lingüistas se muestran hoy verdaderamente reacios a aceptar tales explicaciones, si no reúnen ciertas condiciones generales, que avalen la posibilidad de que se haya ejercido afectivamente la acción sustratal. Recordemos, a este respecto, la opinión de Bertil Malmberg, para quien solo debe pensarse en la influencia de los sustratos cuando fallen las explicaciones internas, sistemáticas, y ello siempre que las particulares condiciones socioculturales en que se produzca el contacto lingüístico parezcan favorecer la interferencia.³

³ Cf. B. Malmberg, «L'extension du castillan et le problème des substrats», [en] *Actes du Colloque International de Civilisations, Littératures et Langues Romanes*, Bucarest [, UNESCO], 1959, pp. 249-260; v. en especial p. 258: «Une explication interne est préférable à une explication externe (interférence)... Le substrat (l'interférence) ne doit être allégué comme explication que si l'innovation implique une augmentation du nombre d'oppositions ou une réinterprétation des relations entre celles-ci. Le substrat ne doit être invoqué que dans les cas où la situation sociologique d'une population est telle que l'adoption de faits d'interférence par les couches socialement dirigeantes semble probable». [El estudio se recoge asimismo en Malmberg (1973)].

1.1. Por lo que al español americano se refiere, muy pocos son los fenómenos —fonéticos, morfológicos o sintácticos— que se siguen atribuyendo hoy a la influencia de las lenguas indígenas. Rafael Lapesa enumera solo los siguientes:⁴ 1) Confusión entre *e-i*, *o-u* en el habla de los indios de la Sierra del Ecuador (por influencia del quechua);⁵ 2) Articulación con oclusión final de la glotis de las consonantes *p'*, *t'*, *k'*, *ch'* y *tz'* [*p'*, *t'*, *k'*, *tʃ'*, *ts'*] en el español de Yucatán (por identificación con las «letras heridas» del maya);⁶ 3) Sufijo *-eca*, *-eco* en el español mexicano y

⁴ Cf. R. Lapesa, *Historia de la lengua española*, 4.^a ed., Madrid [Escelicer], 1959, pp. 343-348 [la novena edición es de 1981; puede consultarse particularmente el §127, pp. 537-559 y, en especial, las pp. 551-559; es interesante que en la n. 31, p. 559, se cite el presente libro de Lope Blanch, en referencia a la edición de 1969]. Las peculiaridades americanas enumeradas por Lapesa son las mismas que registra Alonso Zamora Vicente en su manual de *Dialectología española*, Madrid [Gredos], 1960, pp. 314-319.

⁵ Lo cual no es, en rigor, un caso de influencia de *sustrato*, sino de confusión o de adaptación a los hábitos lingüísticos propios, en grupos humanos bilingües (situación de *adstrato*) o, quizá mejor, en quechua-hablantes que han aprendido más o menos satisfactoriamente una lengua extranjera, como es para ellos el español.

⁶ Aunque la situación lingüística de la península de Yucatán no es tampoco, propiamente, la de una lengua invasora y otra de *sustrato* ya desaparecida o totalmente arrinconada, sino la de dos lenguas en *adstrato* (cf. nota 9).

centroamericano, usual en la formación de gentilicios y adjetivos designadores de defectos físicos o morales (como continuación del sufijo nahua *-écatl*);⁷ 4) Empleo del posesivo quechua *-y* en el español de Arequipa (Perú) y del noroeste argentino; 5) Uso del afijo *-la*, *-l* en las mismas regiones de la sierra argentina (como herencia del diminutivo quechua *-(la)*);^{7 bis}; 6) Alteraciones en el ritmo del habla y en la entonación;^{7 ter} y 7) Conservación de la palatal lateral /*ʎ*/ en el español de regiones bilingües de los Andes (conservación

⁷ Cf. Max L. Wagner, «El sufijo hispanoamericano *-eco* para denotar defectos físicos y morales», *NRFH*, IV [1, 2], (1950), pp. 105-114. Wagner supone que el sufijo *-eco*, en cuanto designador de defectos físicos o morales, procede del náhuatl *-ic* o *-tic*, de igual valor. Su tesis parece válida en lo que respecta al uso de *-eco* en los gentilicios, pero discutible en lo referente a adjetivos designadores de defectos físicos o morales, ya que el sufijo *-eco* no es desconocido en español, en tanto que el náhuatl *-tic*, *-ic* nunca ha dado origen a hispanizaciones en *-eco*, sino siempre en *-te* o, todo lo más, en *-ique* o *-ico* átono (*chántico*). (De ello me ocupó brevemente en una nota «Sobre el origen del sufijo *-eco*, como designador de defectos», en *Sprache und Geschichte* (Festschrift für Harri Meier), München [Wilhelm Fink Verlag], 1971, pp. 305-312. Cf. además J. A. Suárez, «Indigenismos e hispanismos vistos desde la Argentina», en *RPh*, XX (1966-67), 68-90 (en especial, 86 ss.). [El artículo de Wagner puede verse en línea en <<https://doi.org/10.24201/nrfh.v4i2.174>>; el trabajo de Lope Blanch se recogió también en su libro de 1972, pp. 165-174].

[^{7 bis} Se ajustan las formas <λ> del original por <ʎ>].

[^{7 ter} La cuestión es compleja e interesante; véase al respecto Olivar (en preparación)].

favorecida posiblemente por los sustratos quechua y araucano).⁸ En total, solo media docena de fenómenos, repartidos —a veces muy localmente— a lo largo del extensísimo territorio americano ocupado por la lengua española.

1.2. En el caso particular del español mexicano, la situación no difiere esencialmente de la que refleja la síntesis americana hecha por el profesor Lapesa. Aunque el náhuatl era una de las lenguas más importantes y una de las más ampliamente difundidas por la América prehispánica, su influencia sobre la invasora lengua española ha sido, al parecer, muy pequeña. Últimamente me he preocupado por analizar los fenómenos que solían mencionarse como efecto del sustrato nahua, y he podido comprobar que, en la mayoría de los casos, las hipótesis sustratistas no tenían fundamento alguno. Por lo que respecta al español normal, al habla común de la ciudad de México, he llegado a la conclusión de que las únicas peculiaridades que pueden atribuirse por ahora a la influencia del

⁸ A. Zamora Vicente, *Dialectología*, no alude a esta circunstancia, posiblemente por considerar que los casos de conservación de un estado de lengua no tienen por qué explicarse como efecto de la influencia del sustrato. Tal cosa, al menos, es lo que piensan Bertil Malmberg, Frederick H. Jungemann y otros muchos romanistas.

sustrato son las siguientes:⁹ existencia de un fonema /š/ en voces de origen indígena (*xixi*), aunque de rendimiento fonológico mínimo, ya que normalmente actúa como alternante de /s/; aparición de un sonido [š̂], en topónimos y antropónimos prehispánicos (*Atzompá*), que funciona como variante alofónica de /s/; articulación explosiva, licuante, de *t* seguida por *l* (*tl*), tanto en voces nahuas (*ix-tle*) como en palabras hispanicas (*a-tle-ta*).¹⁰ Dentro del dominio gramatical, solo

⁹ Ciertamente que mis indagaciones se han mantenido, por lo general, dentro de los límites de la ciudad de México, donde la influencia de los sustratos puede ser menor que en las zonas rurales del interior del país, especialmente en aquellas donde se siguen hablando las lenguas indígenas. Pero no es menos cierto que la norma lingüística de la ciudad de México —con sus seis millones de habitantes— es, con mucho, la más importante del país, y la que sirve de modelo y aun de guía «ideal» a las hablas regionales del interior. Por otro lado, el habla de la capital, aislada ya del contacto con el náhuatl, es la que puede reflejar sin espejismos los resultados de la influencia del sustrato, en tanto que el español hablado en zonas bilingües reflejará los problemas particulares de las lenguas en contacto, es decir, las interferencias —posiblemente pasajeras— ocasionadas por el bilingüismo. O sea, en último término, la situación efervescente en que se encuentran las lenguas de adstrato, pero no la influencia final y definitiva de los sustratos sobre el idioma invasor. Es bien sabido, por ejemplo, que la peculiar articulación de las oclusivas sordas que distingue al español de Yucatán puede deberse a la influencia maya, lengua de adstrato —y no de sustrato— que habla todavía hoy una gran mayoría de yucatecos, muchos de los cuales son aún monolingües de idioma maya.

¹⁰ Cf. «La -r final del español mexicano y el sustrato nahua», *BICC*, XXII (1967), 1-20; «La influencia del sustrato en la foné-

tiene origen indígena el sufijo *-eco*, en cuanto formativo de gentilicios (cf. nota 7). En resumen, cuatro rasgos aislados que, si bien colorean la cadena hablada de los hispanomexicanos, no alteran muy profundamente, por cierto, ni la estructura fonológica ni —mucho menos— la estructura gramatical del español.^{10 bis.}

1.3. Sin embargo, la situación cambia profundamente cuando se pasa a considerar el dominio léxico. Aquí, la influencia de las lenguas indígenas de América parece ser tan evidente cuanto profunda. Coinciden en considerarlo así los principales lexicógrafos y los más autorizados estudiosos del español americano. «La contribución más importante y segura de las lenguas indígenas está en el léxico», observa con toda razón Lapesa.¹¹ Y la mejor prueba de ello son

tica del español de México», en *RFE*, 50 (1967), pp. 145-161; y «La influencia del sustrato en la gramática del español mexicano», en *Extremos de México: Homenaje a Daniel Cosío Villegas*, México [El Colegio de México], 1971, pp. 181-190. [El primer trabajo, que puede encontrarse en <<http://thesaurus.caroycuervo.gov.co/index.php/thesaurus/article/view/452/432>>, se incluyó en Lope Blanch (1972, pp. 75-92). El segundo texto puede descargarse de <<https://doi.org/10.3989/rfe.1967.v50.i1/4.851>> y aparece asimismo en Lope Blanch (1972, pp. 93-107). En el mismo libro de 1972 está también incorporado el tercer estudio].

[^{10 bis} En el pasaje, š = ʃ, ŝ = ʦ].

¹¹ Cf. *Historia de la lengua*, p. 347. Y lo mismo asientan otros investigadores; por ejemplo, A. Zamora (*Dialectología*, p. 317):

los abundantes y voluminosos diccionarios de indigenismos que se han publicado, en toda América, hasta el momento presente. Así, en el de voces chilenas recopilado por Lenz figuran unas 2500 formas¹²; en el

«Donde la huella indígena es más notoria y valiosa es en el terreno del léxico»; Max L. Wagner (*Lingua e dialetti dell'America spagnola*, Firenze [Edizione «Le Lingue Estere»], 1949, p. 61): «L'apporto del materiale lessicale azteco è considerevole nell'antico vicereame della Nuova Spagna, l'attuale repubblica messicana, e nell'America Centrale»; P. Henríquez Ureña (*BDH*, IV, Introducción [1938], pp. XI-XII y XIV): «El léxico de origen náhuatl es enorme en el español de la *Mesa Central*, la vasta altiplanicie mejicana... La abundancia del vocabulario náhuatl ha influido en la riqueza léxica del español de Méjico»; W. Jiménez Moreno (*La transculturación lingüística hispano[-]indígena*, Santander [Publicaciones de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo], 1965, p. 34): «Son innumerables, en fin, los *aztequismos* que han enriquecido —más que otros indigenismos— al español de México, del sudoeste de los Estados Unidos y de Centroamérica, penetrando, incluso, a Sudamérica y España, e instalándose dentro del léxico de varios idiomas indoeuropeos y aun malayo-polinesios»; Á. Rosenblat («La influencia indígena», en *Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela*, 2.^a serie, Caracas-Madrid [Ediciones Edime], 1960, p. 400): «Es evidente que la diferencia más notable entre el español de la Península y el de América está en la cantidad de indigenismos que esmaltan el habla corriente del hispanoamericano». Cf. también Tomás Buesa Oliver, *Indoamericanismos léxicos en español*, Madrid [Consejo Superior de Investigaciones Científicas], 1965, pp. 11-15.

¹² Correspondientes a más de 1600 vocablos; cf. Amado Alonso, «Substratum y superstratum», *RFH*, III (1941), p. 216, nota 3. [El artículo se recogió en Alonso (1951); véase la 3.^a ed., de 1982, pp. 259-271. También está disponible en Alonso (2020a, pp. 291-303)].

de indigenismos venezolanos de Lisandro Alvarado, unas 1700;¹³ en el de aztequismos publicado por Robelo,¹⁴ no menos de 1500 palabras de origen nahua, a las cuales habría que añadir, dentro de los límites del español mexicano, los centenares de voces de diversa procedencia prehispánica (maya, zapoteca, otomí, etc.) usuales en el español mexicano de nuestros días; y Benvenuto Murrieta dice haber recogido 2000 indigenismos en el español del Perú. Ante esas cifras, no podemos extrañarnos demasiado de que Darío Rubio haya considerado trascendental la influencia del sustrato léxico indígena sobre el español de México: «Si desaparecieran del lenguaje español que hablamos los mexicanos, todas las voces en dicho lenguaje incluidas y que tienen su origen en el idioma náhuatl (hay que tomar también en consideración las voces con origen en otras lenguas indígenas mexicanas incluidas igualmente en el español que en las regiones respectivas se habla), se produciría un caos verdaderamente horrible

¹³ Cf. Ángel Rosenblat, *El castellano de Venezuela: la influencia indígena*, Caracas, 1958, p. 9 (Sobretiro del *Boletín Indigenista Venezolano*, vols. III-V).

¹⁴ Cecilio A. Robelo, *Diccionario de aztequismos*, Cuernavaca [Imprenta del Autor], 1904 (y ediciones sucesivas). [Véase también Robelo (1912, 1940)].

por la situación en que tal desaparición hubiera de colocarnos». ¹⁵

De acuerdo con estas opiniones, habría que establecer una distinción muy precisa, en lo que a la influencia de los sustratos se refiere, entre el dominio de lo fonético y lo gramatical y el del léxico. La influencia sería insignificante en el primer caso, mientras que, en el segundo, resultaría muy profunda y notoria.

1.3.1 Ahora bien: que la influencia léxica no sea, propiamente hablando, un fenómeno estricto de sustrato parece ser cosa generalmente admitida; la teoría de los préstamos explica satisfactoriamente las transferencias léxicas que se producen entre dos lenguas en contacto. ¹⁶ No obstante esto, es indudable que la

¹⁵ Darío Rubio, *Refranes, proverbios y dichos y dichos mexicanos*, 2.^a ed., México [A. P. Márquez], 1940; t. I, pp. xxii-xxiii.

¹⁶ De acuerdo con el concepto de sustrato lingüístico expresado por Bertil Malmberg, los préstamos léxicos no representan, de ningún modo, el resultado de la acción del sustrato: «A mon avis, pour qu'il y ait une raison valable de parler *d'influence de substrat*, il faut ensuite aussi qu'il soit question d'une véritable *interférence linguistique*, c'est-à-dire d'une action de la structure d'une langue sur celle d'une autre, en d'autres mots une modification qui frappe les catégories linguistiques et leurs relations... Mais l'adoption de mots isolés... est un phénomène banal qui peut se produire sans conséquences pour le système de la langue qui les incorpore... Il n'y a donc aucune raison dans tous ces cas de parler ni de superstrat, ni d'adstrat. La notion d'emprunt les couvre» (B. Malmberg, «Encore une fois le subs-

presencia de voces extrañas en una lengua puede tener un importante significado histórico, cultural o, inclusive, lingüístico. En efecto, la abundancia de términos procedentes de una determinada lengua —además de ser prueba de una especial situación histórica— puede tener cierta repercusión lingüística, interna, en la lengua receptora. Si los préstamos conservan su estructura fonológica original y son lo suficientemente numerosos, pueden introducir hábitos articulatorios nuevos —y aun particularidades gramaticales— en los hablantes de la lengua invasora. Este sería, en cierto sentido, el caso del español mexicano: si los nahuatlismos o indigenismos de procedencia varia son tan numerosos como se suele afirmar, y si, al pasar al español, conservan su aspecto fonético primitivo, pueden actuar como introductores de fonemas extraños en el sistema fonológico castellano moderno.¹⁷ De esta manera, un fenómeno léxico, en cierto sentido

trat», *StL*, XVII, 1963, pp. 40-46; cf. pp. 41-42 [<https://doi.org/10.1111/j.1467-9582.1963.tb00436.x>]; puede consultarse también en Malmberg (1973)]. V. también Frederick H. Jungemann, *La teoría del sustrato y los dialectos hispano-romances y gascones*, Madrid, [Gredos,] 1955, p. 17.

¹⁷ Así, el fonema /š/ —tan común en las voces nahuas— podría llegar a alterar sustancialmente el sistema fonológico castellano en lo que a la distribución relativa de fonemas dentales y palatales se refiere: Frente a la estructuración castellana

extrasistemático, puede tener profundas repercusiones en el propio sistema lingüístico.

1.3.2. Pero, aun desechando la hipotética repercusión interna que los préstamos léxicos puedan tener en el sistema fonológico o gramatical del idioma receptor, no podría pasarse totalmente por alto el significado histórico o sociocultural que tales préstamos tienen. Como índice del prestigio de que la lengua de sustrato haya podido disfrutar; o como reveladores de la vitalidad de esa misma lengua; o como indicio del interés que su exotismo o novedad haya podido

$$d \begin{array}{l} \triangleleft \\ \theta \end{array} \quad y \begin{array}{l} \triangleleft \\ \hat{c} \\ \hat{s} \end{array}, \quad \text{la mexicana podría tal vez} \\ \text{organizarse en la siguiente forma:} \quad d \begin{array}{l} \triangleleft \\ s \end{array} \quad y \begin{array}{l} \triangleleft \\ \hat{c} \\ \hat{s} \end{array}$$

Cierto que esta reestructuración novohispana depende fundamentalmente del carácter plano, dorsal —no apical— de la /s/ mexicana, así como de la inexistencia de /θ/, circunstancias ambas enteramente ajenas a la influencia del sustrato; pero también es cierto que el lugar de la palatal fricativa sorda podría considerarse ocupado por la /š/ de origen nahua, si es que este fonema funciona, realmente, como tal en el español de México. Y ello dependerá, en gran medida, de la frecuencia con que aparezcan nahuatlismos con /š/ en el habla normal mexicana, y de las oposiciones que, en consecuencia, puedan establecerse merced a este fonema: *xixi* [šiši] ‘especie de jabón vegetal’ frente a *chichi* [čiči] ‘seno, teta’; *xales* [šales] ‘zurrapas de las frituras de cerdo’, frente a *chales* y a *sales*, etc... Algo semejante podría decirse de las realizaciones š o tl, relativamente frecuentes en palabras de origen indígena, tarasco o nahua respectivamente. (Cf. mi artículo «La influencia del sustrato en la fonética del español de México», pp. 146-150). [š = ʃ; č = tʃ; y = j; š = ʂ; š = ts].

producir en los hablantes de la lengua invasora, etc., en una o en otra forma, no son elementos desdeñables para el historiador de la lengua. De ahí que los estudiosos del español americano hayan señalado, una y otra vez, cuán importante ha sido, en este terreno, la contribución de las lenguas amerindias en la formación del castellano de América, y cómo los elementos léxicos de ellas provenientes han servido para colorear, y aun para diferenciar dialectalmente, el habla española de cada uno de los países americanos.

1.3.3. Sin embargo, no puede olvidarse que algunos autorizados investigadores del español de América han puesto ya en entredicho la importancia de esa influencia léxica de las lenguas indígenas. De manera muy precisa lo ha hecho Marcos A. Morínigo: «Los diccionarios de americanismos actuales rivalizan en incorporar a su léxico el mayor número de indigenismos, se usen o no se usen en el español de América, distorsionando de esta manera la realidad lingüística y confundiendo a los estudiosos. De la lectura de los mismos se tiene, en efecto, la impresión de que la contribución léxica indígena a las hablas regionales es sencillamente enorme. Esta impresión, sin embargo, no corresponde a la realidad. Desde luego la contribución es importante, pero muy por debajo de las dimensiones que en los diccionarios

aparecen. Por ejemplo, en los diccionarios aparecen las voces guaraníes *tuyuyú*, *jabirú*, *iciga*, *isopó*, *urubú*, *urucureá*... y cien más que nadie usa y pocos saben lo que son. En un diccionario de mexicanismos aparecen las voces *tetlacihue*, *tecomasúchil*, *tetlatía*, *techcocama*, *texosóchil* que nadie sabe qué son en México, fuera de los nahuatlistas. Muy curioso es que en el mismo diccionario aparecen como equivalentes de *tetlatía*, ‘hinchahuevos’, ‘jaboncillo’ o ‘incienso del país’, que son los verdaderos nombres populares de esta planta. Entonces ¿por qué aparecen estos nombres indios? Simplemente por razones eruditas. El compilador quiere demostrar con eso su conocimiento de la historia del país o su conocimiento de las lenguas indias, que en algunos casos está aún viva. Hay en nuestros diccionarios una gran masa de voces indígenas que constituyen en ellos un peso muerto en el mejor de los casos».¹⁸

1.3.4. Creo, en efecto, que la erudita acumulación de palabras prehispánicas en los diccionarios de americanismos no responde a la realidad hablada. Con el fin de determinar hasta qué punto es importante la contribución léxica de las lenguas indígenas en el habla

¹⁸ M. A. Morínigo, «La penetración de los indigenismos americanos en el español», [en] *Presente y futuro de la lengua española*, Madrid, OFINES, 1963; t. II, p. 226.

común de la ciudad de México, durante cuatro años orientamos las labores del Seminario de dialectología de El Colegio de México hacia la investigación rigurosa de esa influencia léxica prehispánica. La primera actividad que desarrollamos fue la de revisar cuidadosamente el *Diccionario de aztequismos* de Robelo, con el objeto de comprobar el grado de vitalidad de las voces indígenas en él incluidas. El resultado de esa primera labor no dejó de ser sorprendente: del millar y medio de nahuatlismos que figuran en ese *Diccionario*, solo unas 160 formas eran conocidas —y reconocidas como de uso común— por los investigadores mexicanos de [E]l Colegio de México; esto es, poco más del 10 % de los artículos consignados en el libro. Y eran poco más de 250, *en total*, las formas que unos u otros de esos investigadores conocían con mayor o menor precisión. Las 1200 voces restantes les eran enteramente desconocidas.¹⁹ Pero hay que tener en cuenta, además, que algunos de esos 160 indigenismos mexicanos de uso general —o casi general— en la ciudad de México, son palabras que pertenecen ya al acervo común de la

¹⁹ Es preciso señalar, en cambio, que —durante el proceso de ejecución de nuestro trabajo— fueron apareciendo algunos indigenismos más, que los investigadores reconocían como usuales, pero que no figuraban en el diccionario de Robelo.

lengua española (como *chocolate*, *tomate*, *jícara*, *chicle*, *petate*, etc.),²⁰ y que por ello no particularizan —no distinguen dialectalmente— el español mexicano.²¹ Aún más violento resulta el contraste que existe entre el número de indigenismos reunidos por Lisandro Alvarado en su diccionario de venezolanismos y el de las voces prehispánicas que se usan realmente en el español venezolano actual: de acuerdo con las observaciones de Rosenblat, solo 17 de las 1700 voces recopiladas por Alvarado son de uso común en Venezuela; todas las demás resultan, en su inmensa mayoría, desconocidas para el hablante medio de Caracas.²²

1.3.5. Ciertamente que el habla urbana no es campo fértil para el arraigo de los indigenismos; suelen estos emplearse para designar realidades de la flora o de la fauna

²⁰ El afán de aumentar al máximo posible el número de indigenismos a que se refiere Morínigo en el artículo citado, podría explicar el que incluya Robelo en su diccionario algunos vocablos de indudable ascendencia hispánica, procurándoles caprichosas etimologías nahuas. Así registra como aztequismos, entre otras, las palabras *cochino*, *tilde*, *apachurrar* y *nana*; e inclusive dedica una larga nota a refutar el origen hispánico de *cogote* —que él deriva del náhuatl *cocotl* ‘esófago’— aunque la voz figura ya en el *Universal vocabulario* de Alonso de Palencia, publicado en Sevilla en 1490.

²¹ Son voces ya plenamente hispánicas, cuya procedencia nahua sólo tiene verdadero interés —particular significación— en una consideración diacrónica de la lengua.

²² Cf. Á. Rosenblat, *El castellano de Venezuela*, p. 12.

particular de cada región, realidades que prácticamente desconoce el hablante urbano.²³ De ahí que el número de voces indígenas vivas en la provincia, en el habla campesina, sea superior al número de indigenismos usuales en las ciudades. A ello se ha referido también Ángel Rosenblat, al estudiar la influencia prehispánica en el léxico del español venezolano: «En rigor, la mayor riqueza de voces indígenas no está en el habla general, sino en la regional o local... Cada pueblo, cada caserío, tiene, para nombrar sus plantas, sus animales, sus enseres domésticos, una rica terminología, en gran parte de origen indígena. Algunas de las voces se extienden por un ámbito regional más o menos amplio, pero la inmensa mayoría queda confinada a un círculo reducido, y *su destino es desvanecerse poco a poco ante un nombre más general o de más prestigio*».²⁴

Por lo general, los diccionarios de indigenismos no señalan esta diferencia entre uso urbano y uso rural, sino

²³ A este respecto ha escrito Gerhard Rohlfs no hace mucho: «On sait que l'ancien élément autochtone s'est maintenu avec un pourcentage considérable dans les noms de plantes: terminologie très importante pour les paysans et les bergers, mais généralement mal connue par les gens de la ville» (Cf. «Influence des éléments autochtones sur les langues romanes», [en] *Actes du Colloque de... Langues Romanes*, Bucarest [, UNESCO], 1959, 240-249; v. p. 244).

²⁴ Cf. *El castellano de Venezuela*, p. 12.

que se limitan a registrar alfabéticamente todas las voces indígenas que puedan documentarse de una u otra manera, cuando lo conveniente y aconsejable sería indicar siempre la vitalidad —social y geográfica— de cada uno de los términos recogidos. De lo contrario, se corre el peligro de llegar a conclusiones enteramente falsas o, al menos, poco acordes con la realidad lingüística de cada país de América. Si atendiéramos indiscriminadamente al elevado número de indigenismos que se reúnen en los diccionarios de Robelo o de Santamaría,²⁵ podríamos llegar a una conclusión tan extremista como la expresada por Darío Rubio (v. nota 15). Y con ello, deformaríamos gravemente el estado real de las cosas.^{25b}

2. METODOLOGÍA

En efecto, la investigación realizada durante estos dos últimos años por el Seminario de dialectología de [E]

²⁵ Cf. Francisco J. Santamaría, *Diccionario de mejicanismos*, México, [Porrúa,] 1959. [Véase también Santamaría (2005)].

^{25b} Recientemente, cuatro investigadores rumanos han publicado un excelente estudio que permite aquilatar el grado de penetración de los indigenismos americanos en el español de cada país: M[arius] Sala, D[an] Munteanu, V[aleria] Neagu y T[u-dora] [Ș]andru-Olteanu, *El léxico indígena del español americano [Apreciaciones sobre su vitalidad]*, México-București [Academia Mexicana – Editura Academiei Române], 1977; 197 pp.

Colegio de México, conduce a conclusiones muy diferentes. A través de ellas, hemos llegado a la convicción de que la influencia léxica de las lenguas indígenas en el español hablado en la ciudad de México es —numérica y proporcionalmente al menos— bastante pequeña. Y ello, sobre todo, porque el vocabulario de origen prehispánico tiene un campo de acción muy reducido.

2.1. Nuestra investigación ha abarcado dos etapas consecutivas: en la primera de ellas —que consideramos de primordial importancia— hemos procurado determinar la vitalidad de los indigenismos dentro de la lengua hablada; en la segunda, tratamos de precisar el funcionamiento de esas voces en la lengua escrita, literaria o periodística.

2.1.1. Nuestro método de trabajo ha sido el siguiente: Durante algo más de dos años, los miembros del Seminario —diecisiete en total—²⁶ realizaron 343 encuestas entre hablantes de todas las clases sociales que forman parte del heterogéneo conglomerado humano

²⁶ De ellos, prestaron una colaboración constante Luz Fernández Gordillo, Beatriz Garza Cuarón, Gloria Ruiz de Bravo Ahuja y Raúl Ávila; participaron también muy activamente en la investigación Flora Botton, Elena Carrero, Julia Corona, Luz E. Díaz de León, Carmen Garza, Carmen Guardiola, María Teresa Guzmán, Yvette Jiménez, Teresa Piñeros, Miguel Capistrán, Charles Frisbie, Carlos H. Magis y Jaime del Palacio.

que es la ciudad de México. Se hicieron entrevistas a hombres y mujeres, jóvenes y ancianos: obreros, estudiantes, amas de casa, burócratas, profesores, sirvientes domésticos, vendedores ambulantes, profesionistas, campesinos residentes en la capital, comerciantes, artistas, etc., etc. El número total de personas entrevistadas ascendió a 490; estos informantes pertenecían a muy diversos estratos socioculturales,²⁷ y algunos eran de origen extranjero, no solo de lengua española, sino también hablantes de otros idiomas.²⁸ Claro está que la gran mayoría de nuestros informantes estaba formada por personas oriundas de la ciudad de México o residentes en ella desde muchos años atrás, pero no se excluyó a informantes provincianos que hubieran establecido su residencia en la capital siete u ocho años

²⁷ Su proporción relativa fue la siguiente: analfabetos = 12 %; semianalfabetos = 23 %; personas de cultura media = 36 %; personas cultas = 19 %; personas de cultura superior = 10 %.

²⁸ Estos últimos se eligieron conscientemente —con la única condición de que su residencia en la ciudad se extendiera ya, como mínimo, a los ocho años anteriores al momento de la encuesta— con el fin de determinar cuáles eran los indigenismos capaces de propagarse al habla de personas que tenían el español como segunda lengua. Esto sería un índice revelador de qué indigenismos forman parte del vocabulario «fundamental» de la ciudad de México. [Hubiera sido interesante disponer de una discusión más amplia de las ventajas e inconvenientes de incluir este grupo de colaboradores, dado el sesgo que pueden acarrear].

antes por lo menos, ya que ellos podrían ser un vehículo de introducción de indigenismos regionales. Se hicieron, incluso, algunas encuestas con campesinos establecidos en el Distrito Federal durante los últimos años, que hablaban o, al menos, comprendían algo de náhuatl; la incidencia de indigenismos en su habla fue, como cabría esperar, algo mayor que la observada en el habla de los demás informantes, pero sin que resultara excesivamente desproporcionada.²⁹

2.1.2. Todas las entrevistas quedaban siempre grabadas en cintas magnetofónicas, aunque se procuraba que la presencia de la grabadora portátil no coartara al informante en su manera de hablar; para que su expresión fuera espontánea, las grabaciones se hacían siempre en el ambiente más favorable posible para el propio informador.³⁰ Cada entrevista duraba un mí-

²⁹ Al parecer, los dos sistemas lingüísticos —español y náhuatl— se mantienen en ellos bien diferenciados. Anthony G. Lozano («Intercambio de español e inglés en San Antonio, Texas», *AO*, XI, 1961, pp. 111-138 [<https://reunido.uniovi.es/index.php/RFF/article/view/3194/3058>]) ha indicado que los sistemas fonéticos español e inglés de hablantes enteramente bilingües se mantienen por lo general bien separados; observa, en cambio, ciertas interferencias léxicas. [El dato de la mayor presencia de indigenismos en bilingües resulta muy llamativo; bien podría haber sido un punto de partida para el análisis].

³⁰ Debo aclarar que, pese a la presencia del micrófono, la conversación de nuestros informantes fue, en la mayoría de los

nimo de media hora, pero muchas veces, casi la mitad, se extendía hasta completar los sesenta minutos, y aun algunas de ellas se acercaban a las dos horas. El Seminario de dialectología ha reunido así un total de doscientas veinticinco cintas magnetofónicas sobre el habla de la ciudad de México, en las que se recogen algo más de doscientas cuarenta y cinco horas de conversación.³¹ El número total de palabras grabadas en esas cintas rebasa ampliamente los dos millones (alrededor de 2 211 000; *cf.* nota 34).

casos, fluida y espontánea. Pasados los primeros momentos, durante los cuales nuestros sujetos solían adoptar una actitud un tanto rígida y esmerada, casi todos ellos se liberaban de toda inhibición, olvidaban por completo la existencia de la grabadora, y se enfrascaban con toda naturalidad en la conversación, sirviéndose de su más espontánea habla coloquial, o poco menos. [Si lo apuntado en el «Estudio introductorio» sobre las grabaciones preservadas es correcto, puede constatarse lo preciso de esta observación en bastantes casos].

³¹ Todas las grabaciones se conservan en cintas magnetofónicas marca Scotch, de 5 o de 7 pulgadas (600 o 1200 pies respectivamente), las cuales, por haber sido hechas siempre con grabadoras de alta fidelidad (marcas Wollensak, Butoba o Uher), servirán para realizar otros estudios de muy diversa índole: fonética, morfológica, sintáctica, léxica o estilística. La velocidad de grabación fue la de $3 \frac{3}{4}$ (= 9,5 cm), aunque en algún caso se hizo a $7 \frac{1}{2}$, con el fin de mejorar la impresión y facilitar los estudios de carácter fonético. [Véase el «Estudio introductorio» para resaltar la importancia de estas observaciones a la hora de datar estos documentos sonoros].

2.1.3. Las encuestas realizadas fueron también de diversa naturaleza. En general, podrían agruparse en las cuatro clases siguientes: 1) Diálogo libre, entre el informante y el investigador, que departían espontáneamente sobre diferentes temas, sin plan prefijado. 2) Diálogo dirigido, entre los mismos tipos de interlocutores; el encuestador llevaba la conversación a temas elegidos por él de antemano, que se suponían de particular interés para la encuesta. 3) Conversación libre —o, a veces, dirigida— entre dos informantes. 4) Encuesta dirigida, antropológica o ideológica, hecha de acuerdo con un cuestionario.³² En ellas se abordaron multitud de temas de muy distinta naturaleza: aficiones del informante, su trabajo, recuerdos de su niñez, relaciones familiares, opiniones políticas, deportes y diversiones, régimen alimenticio, noviazgos, viajes, lecturas, modas, la historia de México y el

³² Este cuarto tipo de encuesta fue el que menos se practicó, pues pudimos advertir que el cuestionario impresionaba mucho más a los informantes que la grabadora, y que las preguntas concretas detenían el diálogo, restando toda espontaneidad a la información. En conjunto, las grabaciones de diálogos o conversaciones libres fueron las que proporcionaron muestras de un habla más espontánea; por ello, la mayor parte de nuestras encuestas fue de este tipo. [Parece haber una filiación relevante entre los tipos de encuestas realizadas y las empleadas después en el diseño del proyecto de estudio de la norma culta y otros posteriores].

temperamento del mexicano, costumbres populares, relaciones internacionales, y un sinfín de asuntos más.

2.1.4. Acabada la encuesta, el investigador escuchaba atentamente³³ la cinta grabada, y tomaba nota de todos los indigenismos —dentro de su contexto— que en ella fuesen apareciendo. Hacía después un cálculo aproximado del número total de palabras que se habían pronunciado a lo largo de la grabación,³⁴ con el fin de determinar el porcentaje correspondiente a la aparición de indigenismos, y poder precisar así su vitalidad relativa en el habla. De esta manera se

³³ Siempre con ayuda de algún otro becario de [E]l Colegio de México. Pensamos que la audición de las grabaciones debía hacerse en todos los casos por dos personas, para que lo que a una pudiera pasársele por alto, fuera observado por la otra, de manera que no se escapara ninguna voz indígena por distracción del investigador.

³⁴ Para ello, hacía dos calas en la grabación, contando con toda exactitud el número de palabras que el informante pronunciaba a lo largo de cinco minutos. Luego resultaba fácil determinar la proporción correspondiente a la duración total de la encuesta. Naturalmente que la cantidad final de palabras dependía del modo de hablar de cada informante, del tiempo [*sic*] de su elocución personal: en algunos casos, el informante hablaba a razón de menos de 4000 palabras por hora, aunque lo más frecuente es que se superaran ampliamente las 8000 y en ciertas ocasiones se llegara a más de 12 000 palabras por hora, especialmente cuando la grabación recogía una conversación entre dos personas que se conocieran bien. De acuerdo con estos cálculos, puede afirmarse con seguridad que en las cintas han quedado grabadas más de dos millones de voces.

organizó un amplio fichero de indigenismos propios de la lengua hablada, que se completó posteriormente con los materiales tomados de la lengua escrita.

2.2.1. Durante esta última etapa de acopio de materiales (1965 y comienzos de 1966), los investigadores expurgaron cuidadosamente un buen número de obras escritas, de muy diversa índole. Se analizaron novelas, cuentos, obras de teatro, ensayos y varias publicaciones periódicas (diarios y revistas de amplia difusión).³⁵ Los autores seleccionados fueron siempre escritores mexicanos contemporáneos, radicados en la ciudad de México, y cuya obra hubiera sido publicada durante los últimos veinticinco años.³⁶ Se ficharon

³⁵ Se concedió cierta atención particular a estas publicaciones periódicas por ser la única lectura habitual de gran número de los habitantes de la ciudad. La obra literaria llega a un número más reducido de lectores. En una última etapa, leí personalmente diez libros de poesía escritos por autores contemporáneos (*cf.* nota 69), con la exclusiva finalidad de indagar el prestigio «artístico» de las voces indoamericanas.

³⁶ Las obras estudiadas fueron las siguientes: Ermilo Abreu Gómez, *Diálogo del buen decir* [1961]; Juan José Arreola, *Confabulario total* [1962]; Enrique Beltrán, *El hombre y su ambiente* [1958]; Fernando Benítez, *La última trinchera* [1963]; Archibaldo Burns, *En presencia de nadie* [1964]; Emilio Carballido, *Teatro* [podría tratarse de un volumen publicado por FCE en 1960]; Rosario Castellanos, *Oficio de tinieblas* [1962]; Sergio Fernández, *En tela de juicio* [1964]; Carlos Fuentes, *La muerte de Artemio Cruz* [1962]; Sergio Galindo, *Polvos de arroz* [1958]; Ricardo Garibay, *Beber un cáliz* [1965]; Francisco González Pi-

todos los indigenismos que en ellos aparecían, dentro también de su contexto, y se hizo un recuento global y un cálculo de su frecuencia.³⁷ El número total de palabras pertenecientes a los textos consultados rebasa también los dos millones (según nuestros cálculos, unos 2 393 000).

2.3. Completados todos estos cálculos estadísticos, pasábamos al estudio y clasificación de los indigenismos reunidos, atendiendo a diversos factores: sus

neda, *El mexicano: su dinámica* [1959]; Martín Luis Guzmán, *Islas Mariás* [1959]; Luisa Josefina Hernández, *Los palacios desiertos* [1963]; Vicente Leñero, *La voz adolorida* [1961]; V. Leñero, *Los albañiles* [1964]; Mauricio Magdaleno, *El resplandor* [1937]; Juan Vicente Melo, *Los muros enemigos* [1962]; Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* [1950]; Francisco Rojas González, *El diosero* [1952]; Luis Spota, *La sangre enemiga* [1959]; Carlos Valdés, *El nombre es lo de menos* [1961]; Xavier Villaurrutia, *Teatro* [podría tratarse de un volumen publicado por FCE en 1953]; Agustín Yáñez, *Al filo del agua* [1947]. PUBLICACIONES PERIÓDICAS: *Alarma*, n.º 146; *Claudia de México*, n.º 3; *Contenido*, n.ºs 26 y 35; *Jueves de Excélsior*, n.ºs 2221 y 2246; *Kena*, n.º de febrero de 1966; *La República*, n.º 287; *Sucesos para todos*, n.º 1693. DIARIOS: *El Día* (23 de abril de 1966); *El Heraldillo de México*, n.º 1 [1965]; *Excélsior* (11 de octubre de 1965 y 13 de abril de 1966); *La Prensa*, n.º 13 906; *Últimas Noticias* (20 de abril de 1966).

³⁷ Para ello, bastaba con calcular el número total de palabras que figuran en cada obra, cosa mucho más sencilla que en el caso de las grabaciones magnetofónicas. Al hacer el cálculo, en el caso de los periódicos y revistas, se tenía en cuenta, naturalmente, el distinto tamaño de los tipos impresos. Creemos, en resumen, haber tomado todas las precauciones necesarias para que los límites de error fueran pequeños.

acepciones y la vitalidad de cada una de ellas, dominio semántico general a que pertenecían, correspondencia con determinada clase sociocultural, concurrencia con alguna voz hispánica equivalente, su distribución proporcional entre la lengua hablada y la escrita, etc.

2.3.1. Desde un principio, hemos establecido una distinción tajante y fundamental entre dos tipos o clases generales de indigenismos: 1) patronímicos, topónimos y gentilicios de ellos derivados; 2) voces *comunes* o *genéricas* (sustantivos, adjetivos, verbos y demás categorías sintácticas). A estas últimas hemos dedicado, de manera muy particular, nuestra atención, ya que son las verdaderamente significativas. Los topónimos, patronímicos y gentilicios tienen un interés mucho menor, ya que son formas que quedan al margen de la estructura íntima de la lengua. El valor funcional de cualquier topónimo —como *Cuernavaca* o *Popocatépetl*, por ejemplo— es prácticamente siempre el mismo, tan ajeno al sistema lingüístico como cualquier otro nombre de lugar, sea de origen latino, ibérico, árabe o eslavo.³⁸ A este

³⁸ Funcionalmente, lo mismo da decir que «Pasé las vacaciones en *Cuernavaca*» como decir que «las pasé en *León*», o «en *Segovia*», o «en *Medina*», o «en *Varsovia*», o «en X», según se solía hacer durante el siglo pasado para dar una localización indeterminada a las novelas.

carácter marginal, aunque étnica e históricamente importantísimo, de los topónimos se ha referido ya Amado Alonso al distinguir entre sustrato racial y sustrato lingüístico.³⁹ No obstante, en nuestros recuentos estadísticos y cálculos de proporciones hemos tomado también en consideración los topónimos y gentilicios, aunque solo de manera global, y distinguiendo siempre esos resultados estadísticos totales de los que proporcionaba el recuento de indigenismos *comunes* o *genéricos*.

³⁹ «Estos estudios [sobre la toponimia] nos hacen ver la necesidad metodológica de diferenciar estrictamente entre lo racial y lo lingüístico... Una cosa es mostrar que la estructura de una lengua está influida por elementos o tendencias estructurales de la lengua anterior de esa población, y cosa heterogénea mostrar que en un área geográfica dada hubo prehistóricamente una población unificada, según lo prueba la pariente toponimia. El punto de partida y el de llegada están invertidos: en un caso se utiliza la etnología para ahondar en el conocimiento de la lengua; en otro se utiliza la toponimia para ganar conocimientos de etnología. La toponimia de origen prehistórico, por haber perdido todo rastro de significación común, no pertenece propiamente al sistema lingüístico de la lengua viva actual» (A. Alonso, «Substratum y superstratum», *RFH*, III, 1941, 209-217; cf. pp. 210-211 [véase *supra* n. 12]). Cf. también B. Malmberg, «Encore une fois le substrat», p. 41 [véase *supra* n. 16].

3. RESULTADOS

Los datos que nuestras encuestas orales y nuestras lecturas nos han proporcionado, son los siguientes:

3.1. Corpus léxico total objeto de estudio: aproximadamente 4 600 000 palabras.⁴⁰ Número total de indigenismos encontrados: 21 934.⁴¹ Esta cifra, a primera vista, puede parecer no poco considerable, aunque proporcionalmente solo representa el 0.47 % del corpus léxico total. Pero dado que en ese total de 21 934 indigenismos se incluyen tanto las voces *comunes*, como los topónimos, gentilicios y patronímicos, un análisis más rigurosamente lingüístico de los materiales léxicos ahí acumulados modifica todavía profundamente la proporción señalada. En efecto, el número de indigenismos *comunes* por nosotros reunidos asciende a solo 3380 en total; los 18 554

⁴⁰ De las cuales 2 393 000 pertenecían a la lengua escrita y 2 211 000 a la lengua hablada.

⁴¹ De ellos, 11 406 se encontraron en los textos leídos y 10 478 en las encuestas orales; otros 50 fueron recogidos de oído, al margen de las grabaciones (*cf.* nota 47). Excluyo ahora el término *ate*, tenido por palabra de origen nahua en la 1.^a ed. de este ensayo. *Cf.* mi nota sobre «Un falso nahuatlismo», en *NRFH*, XXVII (1978), pp. 296-298 [Puede consultarse en <<https://doi.org/10.24201/nrfh.v27i2.2748>>].

indigenismos restantes son simples topónimos o patronímicos.⁴²

El porcentaje que esa cifra representa en relación con el vocabulario castellano recopilado es francamente pequeño: los 3380 indigenismos consignados, frente a los cuatro millones y medio de voces reunidas en nuestras encuestas o en nuestras lecturas, equivalen únicamente al 0.07 %.⁴³ Ciertamente que este porcentaje corresponde —más que a la proporción de raíces prehispánicas dentro del catálogo léxico del español mexicano— a la *incidencia* de tales indigenismos en la cadena hablada. Pero ello nos permite sopesar, precisamente, la *vitalidad* real de dichas voces. Por ser términos que aluden, por lo general, a realidades muy particulares del medio mexicano, la frecuencia de su aparición en la

⁴² De manera que, de este total absoluto de indigenismos reunidos, a los topónimos, patronímicos y gentilicios corresponde más del 84 %.

⁴³ Con una leve diferencia entre la lengua hablada, a la que corresponde particularmente un 0.09 % de incidencia de indigenismos, y la lengua escrita, en la cual dicha incidencia disminuye al 0.057 %. Se incluyen en todos estos recuentos, naturalmente, los mexicanismos de uso hispánico general, como *jícara*, *chocolate*, *cacao*, *coyote*, *cacahuate*, *chicle*, *hule*, *petaca*, *tomate*, etc., los cuales, por pertenecer ya al acervo común de la lengua española, no distinguen, no particularizan dialectalmente al español de México. Claro que su eliminación de nuestros cálculos no haría descender tampoco sensiblemente los porcentajes indicados.

frase es pequeña. Solo una treintena de voces indígenas muestra relativa vitalidad en el español de México, y la frecuencia de su aparición en el discurso —oral o escrito— resulta verdaderamente elevada.⁴⁴

3.1.1. Atendiendo a la circunstancia de que la casi totalidad de los indigenismos registrados son verbos o categorías nominales —sustantivos y adjetivos—, en tanto que no aparecen pronombres, adverbios, adjetivos determinativos, artículos ni partículas de

⁴⁴ Son, ordenadas de acuerdo con su incidencia en nuestras encuestas, tanto coloquiales como literarias [(véase más adelante la «Lista alfabética...»), para la distribución por lengua hablada y escrita], las siguientes: *pulque* (registrada en 189 ocasiones, en 31 encuestas diferentes), con sus derivados *pulquería* (13 veces en 9 encuestas), *pulquero* (4 en 3), *pulcazo* (1) y *empulcarse*; *chile* (171 veces, en 56 encuestas), con sus derivados *enchilada* (23 en 12) y *enchilarse* (27 en 14); *chamaco* (144 veces en 46 informantes); *jacal* (140 en 13, con incidencia superior en la lengua escrita: 131 casos en total); *cuate* (119 en 34), y *mole* (115 en 40); *jitomate* (97 en 41) y su variante *tomate* (23 en 13); *milpa* (86 en 18); *escuincle* (72 en 16), y *chocolate* (68 en 34), con sus derivados *chocolatera*, *chocolatería* y *chocolatero*; *elote* (57 en 20), *coyote* (57 en 17), y *petate* (56 en 19), raíz de *petatearse*; *mezquite* (53 en 6), *nopal* (48 en 23), *mezcal* y *huarache* (46 en 16 en ambos casos), y *cacahuate*, *tamal*, *tequila* y *atole* (45 veces cada uno, en 25 casos los dos primeros y 22 y 19 los dos últimos); *metate* (42 en 18), *aguacate* (38 en 17), *guajolote* y *pozol(e)* (36 veces, en 20 y 6 encuestas respectivamente); *zopilote* (35 en 15) y *ocote* (31 en 13). *Tlacuache* apareció 72 veces en total, pero esta cifra no revela su vitalidad real, ya que se debe a la casual alta incidencia de aparición en una sola encuesta; de esos 72 casos, en efecto, 63 pertenecen a una sola obra escrita.

origen indígena,⁴⁵ hemos procurado calcular también el porcentaje que corresponde a los indigenismos en relación exclusivamente con las categorías a que ellos mismos pertenecen. Así, dada la alta frecuencia de categorías «secundarias» y de relación en el habla común, el porcentaje de sustantivos, adjetivos calificativos (conceptuales) y de verbos no representa sino, aproximadamente, el 30 % en la lengua coloquial, y alrededor del 48 % en la literaria. De acuerdo con ello, la proporción de indigenismos en nuestras encuestas orales aumenta al 0.27 %, y en las escritas al 0.12 %; y, en promedio general, al 0.2 % aproximadamente.

3.1.2. Claro que para los oídos extranjeros esas voces peculiares del habla mexicana no dejan de ser sorprendentes. Y la sorpresa que suscitan explica que la impresión inmediata sea la de que el español mexicano está *plagado* de voces exóticas. Las peculiaridades gramaticales o aun fonéticas —que son además menores en número— pueden pasar prácticamente desapercibidas para el hablante de otras regiones hispánicas; pero el localismo léxico salta a la vista, llamando poderosamente la atención. De ahí, tal vez, que se haya sobrestimado la influencia léxica de las

⁴⁵ Cf. § 5.3. Solo *áxcale* y *chihuahua*, usadas como interjecciones, rebasan este marco.

lenguas indígenas. El extranjero que, durante el primer día de residencia en la ciudad, haya oído ocho o diez nahuatlismos para él incomprensibles, pensará naturalmente que el español de México es muy diferente del de su país de procedencia, sin reparar en que esa decena de localismos no es sino una gota de agua en el océano formado por las diez o veinte mil palabras castellanas que puedan haberle dirigido a lo largo de la jornada.

3.1.3. Por lo que respecta a la vitalidad de esos indigenismos, es decir, a la frecuencia de su aparición en el discurso, creo conveniente indicar que en 125 de nuestras grabaciones de la lengua hablada —esto es, en más de la tercera parte de su total— y en 6 de los documentos escritos analizados, no aparece ni una sola voz indígena común.⁴⁶

3.1.4. Otra observación que considero necesaria: esos 3380 indigenismos recopilados representan la

⁴⁶ Solo algún que otro topónimo. Para evitar repeticiones aclaratorias, advertiré que, en todo lo que sigue, al hablar de los indigenismos mexicanos, excluyo —a no ser que precise lo contrario— tanto los patronímicos y topónimos, cuanto los gentilicios de estos derivados. Repito que no creo que ofrezcan verdadero interés lingüístico. Baste pensar, en efecto, que *México* y *mexicano* aparecen por sí solos en nuestros materiales de estudio tanto o más que el conjunto de todos los demás indigenismos reunidos.

suma total de las voces registradas en nuestras grabaciones magnetofónicas (1978) y en los documentos escritos analizados (1352), y de 50 términos que, no habiendo aparecido en nuestros materiales, añadimos nosotros por tratarse de voces que se pueden escuchar en las conversaciones espontáneas, y se encuentran documentadas en los diccionarios de mexicanismos más autorizados.⁴⁷

⁴⁷ No tratamos, pues, de disminuir la verdadera importancia del léxico indígena. Siempre que aluda al *corpus* léxico recopilado, incluiré en él esos 50 términos que no han aparecido en las encuestas, pero que sí forman parte del vocabulario vivo de la ciudad de México. (Se consignan en nuestras estadísticas como *adiciones*). Por lo que a los porcentajes totales se refiere, su inclusión o exclusión no afectaría en nada al resultado final. Esas voces son *amate*, *apipizca*, *biznaga*, *cacahuacincle*, *cacascle*, *capulina*, *coconete*, *cuico*, *chacualear*, *chahuiscle*, *achahuisclarse*, *chinchayote*, *chilango*, *chimal*, *chiltepín*, *chípil*, *chipote*, *equipal*, *güila*, *jicote*, *macehual*, *machote*, *matatena*, *mitotero*, *náhuatl*, *nahuatlato*, *nanche*, *otatillo*, *pascle*, *petacón*, *petateada*, *pilmama*, *piocha*, *quintonil*, *socoyote*, *talache*, *nacatamal*, *tecali*, *tejolote*, *tepeguaje*, *tescal*, *tilma*, *tlaco*, *tlacoyo*, *tlaconete*, *tocayo*, *tololoche*, *tompiate*, *zacahuistle* y *zacatón*. (*Biznaga* no es, por supuesto, la voz probablemente mozárabe *bišnaqa* —cf. Corominas, *Diccionario etimológico*—, sino el derivado del nahua *huitzli* ‘espina’ - *náhuac* ‘alrededor’, que designa una planta de la familia de las cactáceas muy distinta de la *biznaga* hispánica. En la castellanización del término nahua debió de influir —por cruce— la palabra española.) [La etimología de *tocayo* se ha discutido; véase la síntesis que realiza Moreno de Alba en *Minucias del lenguaje*, s. v., consultado ahora por <<https://www.academia.org.mx/obras/obras-de-consulta-en-linea/diccionario-minucias-del-lenguaje>> (5 de abril de 2021); en Montemayor *et al.* (2017, s. v., p. 135 y, sobre

Esas 3380 *palabras* reunidas —habida cuenta de las naturales repeticiones— corresponden únicamente a 312 *vocablos* o *artículos* léxicos;⁴⁸ y ellos, por su parte, corresponden a sólo 237 *lexemas* o raíces indígenas.⁴⁹

3.2. Atendiendo todavía a la vitalidad relativa de los indigenismos, y temerosos de que el porcentaje global del 0.07 % correspondiente a las 3380 palabras reunidas pudiera ser engañoso, por reflejar solo el índice de vitalidad del vocabulario indígena *activo*, decidimos determinar también cuál era la vitalidad del léxico indígena *pasivo* conocido por los habitantes de México. Para ello, sometimos nuestro *corpus* total a la consideración de cien informantes seleccionados cuidadosamente, representantes de todas las clases socioculturales de la capital. De acuerdo con sus contestaciones, clasificábamos los indigenismos en seis apartados: I, voces de conocimiento absolutamente

todo, pp. 403-406) pueden verse los argumentos a favor del origen náhuatl; en CORDIAM (Company y Bertolotti, s. f.), el primer ejemplo relevante parece ser de Perú, 1812 (consultado el 6 de abril de 2021)].

⁴⁸ Distribuidos de la siguiente manera: vocablos que han aparecido tanto en la lengua hablada cuanto en la escrita = 114; vocablos recogidos únicamente en el habla = 82; vocablos de los documentos escritos = 66; adiciones de los investigadores = 50.

⁴⁹ Por ejemplo, los artículos o vocablos *chile*, *enchilada* y *enchilarse* son derivados de un mismo y único lexema nahua, como lo son también *coyote*, *coyotaje* y *coyotera*.

general; II, voces también generalmente conocidas, pero sin la firmeza y seguridad de las anteriores;⁵⁰ III, voces de reconocimiento *medio*;⁵¹ IV, voces poco conocidas o de significado impreciso para la mayoría de los informantes; V, voces prácticamente desconocidas; VI, voces enteramente desconocidas, al menos para los habitantes de la ciudad.⁵²

A través de esta investigación, obtuvimos los resultados siguientes: los vocablos indígenas que todos los mexicanos conocen plenamente son 95 en total; estos vocablos se reducen, en realidad, a solo 74 lexemas.⁵³ Al segundo grupo pertenecen otros 60 voca-

⁵⁰ Es decir, casos en que algunos informantes titubeaban, o en que era preciso que hicieran un pequeño esfuerzo para reconocer la palabra o su significado. Si a las palabras del primer grupo corresponde un 100 % de vitalidad —al menos como vocabulario pasivo— a estas del segundo grupo correspondería alrededor del 90 % solamente. En la nota 55 proporciono los porcentajes aproximados que corresponderían a cada uno de estos seis grupos.

⁵¹ O «medio-superior», por cuanto que se trata de palabras familiares para la mitad de nuestros informantes, aunque mal conocidas, dudosas o ignoradas por la otra mitad.

⁵² Se trata, por lo general, de palabras que aparecen en alguna novela de tema indigenista o histórico, de «tecnicismos» con que un escritor trata de ambientar su obra, o de voces que han aparecido solo una vez en el total de nuestras encuestas, como realidades propias exclusivamente del idiolecto o habla individual de nuestro informante.

⁵³ Por ser precisamente los lexemas o raíces más conocidos, son también los que con mayor facilidad dan origen a derivados

blos indígenas, 14 de los cuales son simples derivados de los términos pertenecientes al grupo anterior;⁵⁴ suponen, pues, solo 46 lexemas nuevos. Al grupo tercero corresponden otros 62 vocablos, varios de los cuales son también simples derivados de los reunidos en los apartados anteriores. Y en los restantes grupos se incluyen 27, 38 y 30 términos más. Quiere esto decir que las voces que tienen vitalidad *pasiva* media o superior son, en total, 217, correspondientes a 167 lexemas indígenas.

*Conocimiento pasivo del vocabulario
indígena reunido*

GRUPO I.⁵⁵ *Voces de conocimiento absolutamente general.* Aguacate, apapachar, atole, cacahuate, cacao,

estrechamente emparentados entre sí: *chocolate, chocolatera, chocolatería*, etc. (cf. nota 49).

⁵⁴ Por ejemplo, *coyotaje, ahulado* o *mezcalero*, derivados respectivamente de *coyote, hule* y *mezcal* (grupo I).

⁵⁵ Naturalmente que los límites de estos seis grupos son un tanto relativos: Corresponden a las respuestas proporcionadas por nuestros cien informantes, que solo aproximadamente pueden representar el estado lingüístico de más de seis millones de hablantes mexicanos. Solo así, como índice relativo y simplemente aproximado, debe interpretarse nuestra agrupación, cuyos porcentajes relativos serían, más o menos, los siguientes: Grupo I = Conocimiento del vocablo en un 99 o 100 % de los

camote, capulín, cempazúchil, cocol, comal, coyote, cuate, chamaco, chapopote, enchapopotar, chapulín, chayote, chicle, chiclero, chicloso, chiche, chihuahua (usado como interjección eufemística), chile, enchilada, enchilarse, chipote, chipotle, chocolate, chocolatero, chocolatería, ejote, elote, epazote, escuincle, guacamole, guachinango, guaje, guajolote, henequén, huacal, huapango, huarache, hule, itacate, ixtle, jacal, jícama, jícara, jitomate, matatena, mecate, meta-te, mezcal, milpa, mitote, mitotero, molcajete, mole, náhuatl, nixtamal, nopal, nopalera, ocote, paliacate, papalote, pepenar, pepenador, petaca, petacón, petate, petatearse, pilmama, pinole, popote, pozol(e), pulque, pulquería, pulquero, tamal, tambache, tecolote, tejocote, tepache, tepachería, tequila, tequilera, tlapalería, tlapalero, tocayo, tomate, zacate, zacatal, zapote, chicozapote y zopilote. (Total: 95 vocablos correspondientes a 74 lexemas.)

GRUPO II. *Voces de conocimiento casi general.* Achichinle, ahuehuete, ajolote, apipizca,⁵⁶ ayate, biznaga, capulina, ceniztle,ocolazo, coyotaje, cuatachismo,

informantes. Grupo II = Conocimiento en un 85-98 %. Grupo III = Conocimiento en un 50-85 %. Grupo IV = En un 25-50 %. Grupo V = 2-25 %. Grupo VI = 0-1 %.

⁵⁶ Por lo común, en la expresión *tener ojos de apipizca*, es decir, muy pequeños.

cuico, chamagoso, charal, chayotera, chíá, chichicuilote, chilacayote, chilango, chilaquil(e), chilpayate, chinampa, chípil, chiquihuite, henequenero, huipil, huitlacoche, ahulado, ixtlero, jicamero, jiote, jiotoso, enjitomatar, jocoque, mapache, mayate, mezcalero, mezquite, nagual, ocotero, olote, pagua, piocha, pípi-
lo, pulcazo, quelite, talache, tatemar, tejolote, tepalca-
te, tepetate, tequesquite, tezontle, tianguis, tlaconete,
tlacuache, toloache, totopo, tule y tuza. (Total: 60 vo-
cablos y 46 lexemas nuevos.)

GRUPO III. *Voces de conocimiento medio.* Caca-
huacincle, cacle, cacomiscle, cajete, cenote, copal,
coyotera, cuija, chacualear, chachalaca, chinchayote,
chilpachole, chinaco, chuchuluco, güila, henequene-
ra, huamúchil, huaracheo, huanzoncle, huizache, ji-
lote, jicote, machincuepa, machote, malacate, malin-
chismo, malinchista, mecapal, mecapalero, memela,
mezquital, milpal, mixiote, chimolero, molote, naco,
ocelote, olotera, otate, oyamel, petateada, pibil, pi-
nacate, popotillo, quetzal, quesquémel, quintonil,
tajamanil, tenate, teocali, teponaztle, tilma, tinacal,
tiza, tlaco, tlacoyo, tlachique, tlachiquero, tololoche,
tompiate, tular, zacatón. (Total: 62 vocablos y 47
nuevos lexemas.)

GRUPO IV. *Voces poco conocidas*. Acocil, achinchar, coconete, colote, coyol, chahuisclé, achahuisclarse, chichicasclé, chiltepín, equipal, guelaguetza, huehuenche, huizachal, jilotear, jiloteo, maquech, mecatal, chilmole, nanche, nauyaca, ocotillo, peyote, papaloquelite, socoyote, tecali, temascal, zacatonal (27 y 18).

GRUPO V. *Voces muy poco conocidas*. Acocote, achio-
te, aguate, ahuaucle, ahuizotear, amate, amole, áxcale, ayacahuite, cacascle, cuacha, cuescomate, chaquiste, chimal, huizachera, ixtabentún, jilotillo, jocote, juil, macehual, meclapil, mezcalina, nahuatlato, neutle, nexcomil, otatillo, papazul, quiote, nacatamal, tecomate, tejuino, tenamasclé, tepeguaje, tlacuil, milto-
mate, tocol, uchepo, zacahuistle (38 y 31).^{56 bis}

GRUPO VI. *Voces prácticamente desconocidas*. Camichín, tequescamote, canán, cuitla, chalchicuil, chichile, chomite, guare, mecuate, michi, atemole, ixcamole, ocochal, pasclé, paxclal, pizote, quelitismo,

[^{56 bis} Desde una lectura moderna, llama la atención que palabras como *achiote*, *amate*, *chaquiste*, *ixtabentún*, *macehual*, *nahuatlato* o *papazul* hayan resultado tan poco conocidas; seguramente, el carácter culto de algunas de ellas, o en otros casos la comunicación mucho más escasa, en esa época, con ciertas regiones del país, como la península yucateca, pueden ser la causa del relativo desconocimiento de alguna de las voces].

salbute, quilotamal, tayacán, tecotehue, tescal, tlascal, topil, totomoxtle, tucero, xolosóchil, yagual, zacamiche, zontle (30 y 21).

4. VITALIDAD DE LOS INDIGENISMOS

4.1. La comparación de las respuestas obtenidas en boca de los representantes de los distintos niveles socioculturales, nos permite hacer algunas observaciones de cierto interés:

Aunque la casi totalidad del léxico reunido pertenece por igual al vocabulario pasivo de personas cultas o analfabetas, unas 60 palabras parecen especializarse un tanto como peculiares, en mayor o menor grado, de cierta clase sociocultural. De ellas, la mayor parte (35) pertenecen más bien —como era de esperarse— al habla culta, en tanto que solo quince son mejor conocidos por los informantes incultos;⁵⁷ estas suelen designar objetos propios de la cultura popular

⁵⁷ Términos de mayor vitalidad en el habla media o culta son: *amate, cenote, equipal, guelaguetza, macehual, machote, malinchismo, mezcalina, nauyaca, ocelote, peyote, pibil, quetzal, tecali, teocali, tiza*, etc. Las únicas voces que reconocían con mayor espontaneidad nuestros informantes incultos fueron: *acocil, acocote, jilote y jilotear, meclapil, quintonil, tlacoyo, tlacuil, chichicuilote, güila, mecapal, memela, nexcómil, tlascal y totomoxtle*.

—como es el caso de *tlacuil* y *meclapil*—, conceptos relacionados con la agricultura —como sucede en el caso de *jilote*, *jilotear* y *quintonil*—, o especies propias de la alimentación popular —como *tlacooyo* y *memela*. En cambio, las voces de mayor vitalidad en el ambiente culto pertenecen a los más variados dominios semánticos, aunque se refieren, en especial, a conceptos históricos (*chimal*, *teponastle*, *teocali*, *malinchismo*), a términos científicos o especializados (*mezcalina*, *nahuatlato*), arcaísmos o palabras en decadencia (*tiza*) y sobre todo regionalismos o voces procedentes de otras lenguas indígenas distintas del náhuatl (*cenote*, *guelaguetza*, *ixtabentún*, *maquech*, *papazul* y *pibil*).

4.2. Otra circunstancia a la que también hemos prestado atención —en nuestro deseo de delimitar con precisión la vitalidad de los distintos indigenismos recopilados, atendiendo para ello a diversos factores relevantes— ha sido la creatividad relativa de las diversas voces prehispánicas. La mayoría de los indigenismos reunidos son vocablos aislados que designan alguna particularidad concreta del mundo mexicano; pero hay unos cuantos, más vigorosos, que han dado origen a toda una familia léxica, más o menos compleja, y cuyos derivados poseen mayor o menor vitalidad. Los indigenismos más productivos son, de

acuerdo con nuestros informes, los siguientes: *chile* (del cual derivan *enchilada* sust., *enchilado* adj., *enchilar(se)*, *chilero* y otras denominaciones de ciertas especies particulares de chiles), *pulque* (de donde *pulquería*, *pulquero*, *pulcazo* y *empulcarse*), *chocolate* (con *chocolatera* sust., *chocolatero* adj., y *chocolatería*), *petate* (de donde *petateada*, *petatearse*, *petatero* y *petatillo*), *jitomate* (con *enjitomatar*, *tomate* y *jitomatero*), *zacate* (del cual proceden *zacatón*, *zacatal* y *zacatonal*), *chicle* (de donde *chiclero*, *chicloso* y aun *chiclear*), *coyote* (con *coyotaje* y *coyotera*), *cuate* (con *cuatezón*, *cuatachismo* y *cuatacho*), *mezcal* (de donde *mezcalero*, *mezcalina*) y *pepenar* (con *pepenador* y *pepena*). Aunque menos productivos, podrían considerarse también aquí *nopal* (con *nopalera*), *petaca* (con *petacón* y *empetacar*), *tequila* (con *tequileria* y *tequilazo*), *tlapalería* (con *tlapalero*), *tepache* (con *tepachería*) y *chayote* (con *chayotera* y *chinchayote*). Los demás indigenismos no originan derivados usuales, o a lo más, dan lugar a la aparición de un solo derivado de poco uso.

4.3. También hemos atendido, como prueba de particular vitalidad en algunos de los vocablos reunidos, a la pluralidad de significados de cada voz o a su frecuente empleo en refranes, dichos o frases proverbiales. De acuerdo con esto, los indigenismos más productivos o

más vitales serían: *Camote*, que a su significado propio ('raíz tuberosa comestible', de la *Ipomoea balatas*) añade el de 'tubérculo' en general, el de 'miembro viril', y aun el de 'necio, tonto'; se usa además como núcleo de varias expresiones familiares: *estar encamotado* 'muy enamorado', *estar tragando camote* 'estar en la luna', y *poner a uno como camote* 'regañarle duramente o darle una paliza'. *Chile* 'ají o pimiento' y también 'miembro viril'; usado además en la frase común *estar a medios chiles* 'estar medio borracho'; *enchilarse* 'sentir el ardor y los efectos consiguientes a comer demasiado chile' y también 'irritarse, enfurecerse'. *Cocol*, nombre de 'cierta clase de pan con figura de rombo', y también 'niño' (especialmente en su forma diminutiva, *cocolito*), más usado en las expresiones *quedar o estar del cocol* 'muy mal', y en la forma *cocolazos* 'tiros, disparos'. *Petate* 'esterera tejida de tiras de hoja de palma' y en general la 'hoja de palma' seca (techo de *petate*, sombrero de *petate*, etc.); se usa con frecuencia en las frases familiares *doblar o liar el petate* 'morir' (especialización de su significado general 'irse') y *ser llamada de petate* 'ser más el ruido que las nueces' o 'enojarse violenta pero fugazmente'. *Pinole* es la 'harina o polvo de maíz tostado' y la 'bebida preparada con el polvo mismo batido en agua'; aparece además en las frases, muy usuales, *hacer*

pinole a alguien o a algo ‘hacerlo polvo, destrozarlo’, y *quien tiene más saliva, traga más pinole* ‘el más capaz o más hábil supera a los demás’. *Atole* ‘bebida espesa hecha con maíz cocido y molido, diluido en agua y hervido’, usada alguna vez como sinónimo de ‘papilla’; figura en las expresiones generales *dar atole con el dedo* ‘engañar, hacer concebir falsas esperanzas’, y *correr a uno atole por las venas* ‘ser flemático e irresoluto’. *Coyote*, además de designar al [*C*] *anis latrans* (especie de lobo americano), se aplica al falso abogado, al gestor que trafica con negocios curialescos sin autorización legal. *Cuate* es el término más empleado para designar al ‘mellizo, gemelo’, pero se usa también como sinónimo de ‘amigo íntimo’ o como fórmula de tratamiento de confianza; usado como adjetivo, se aplica asimismo a lo que es doble (*escopeta cuata*). *Güila* ‘hembra del pavo, guajolota’, es designación popular de la ‘prostituta’; además, como adjetivo, *güilo*, *-a* es sinónimo de ‘cojo, tullido’; como ‘cierto papalote o especie de cometa’ (Santamaría, *Dicc. mejicanismos*, s. v.) no lo hemos documentado en nuestra investigación. *Mole* ‘guiso preparado con salsa de chile y ajonjolí, hecho especialmente con carne de guajolote’, es también designación de la ‘sangre’ en la frase *sacar el mole a alguien* (‘hacerle sangrar’), y aparece asimismo en la expresión

ser algo el mole de uno ‘ser de su gusto especial, su tema o pasión favorita’ («eso es mi mero *mole*», como ‘hallarse en su propia salsa’). El sentido estricto de *petaca*, ‘arca de cuero o de madera o mimbres con cubierta de piel, por lo común con asa en la juntura de las tapas’ se ha hecho extensivo, genéricamente, al de ‘maleta’, pero se usa también muy comúnmente con el de ‘la cadera carnosa y abultada de la mujer’ y por extensión con el de ‘glúteos, nalgas’, tanto de mujer como de hombre; de ahí que *petacón* sea calificativo de la persona nalgo-na o caderuda. Además de ‘recoger, rebuscar, levantar con la mano, principalmente del suelo’, el verbo *pepenar* significa corrientemente ‘tomar’ o ‘robar algo’; y *pepenar(se)* a alguien es ‘sorprenderlo in fraganti’ o ‘darle una tunda, una paliza’ e, inclusive, ‘matarlo’; su derivado *pepenador* es la denominación más común del ‘basurero: persona que recoge las basuras de las casas o calles’. *Tecolote* es la designación general de la ‘lechuza’, pero se usa además como apodo del ‘gendarme, policía’; figura asimismo en la locución familiar *cantarle* a uno *el tecolote* ‘anunciarle la muerte inminente’, de donde ‘estar agonizando’. El *quiote* ‘bohordo o tallo floral del maguey’, se aplica también al ‘cuello’ de una persona, especialmente si es muy largo, y al ‘miembro viril’. *Tenate* o *tanate*, así como su sinónimo *tompiate*,

designan la ‘espuerta cilíndrica hecha con hoja de palma tejida’ y, por extensión, ‘bolsa, esportilla’ en general; pero además sirven como denominación vulgar de los ‘testículos’ o del ‘escroto’; el primero se usa también en la frase hecha *cargar con los tanates* ‘mudarse, irse con la música a otra parte’. El *popote* es el ‘tallo hueco y delgado de ciertas plantas’ y, muy especialmente, la ‘canulita usada para absorber líquidos’; la expresión *ser o estar hecho un popote* significa ‘ser muy flaco o estar muy desmejorado, muy adelgazado’. Históricamente el *escuintle* es el ‘cuadrúpedo parecido al perro, sin pelo, que usaban los indios para comer’, pero en la actualidad es el nombre que se da al ‘perro callejero u ordinario’ especialmente si es de tamaño pequeño, y, sobre todo, como despectivo, al ‘niño, rapaz’. *Guaje* es el ‘árbol’ de tierra caliente ([A]*cacia crescencia alata*) y su fruto, y también el ‘calabazo compuesto de dos cuerpos casi esféricos, unidos por un cuello corto, que se usa como recipiente para líquidos’; como adjetivo es sinónimo de ‘bobo, tonto’; se emplea sobre todo en las expresiones *hacerse guaje* ‘hacerse el tonto, desentenderse’ y *hacer guaje* a uno ‘engañarle’.

Aunque menos ricas o menos empleadas con diversas acepciones, podrían incluirse en esta relación las voces *chocolate* (‘sangre’ en la expresión *sacar el*

chocolate a uno, y ‘veneno’ en la frase hecha *dar su chocolate* a alguien ‘envenenarlo, matarlo’); *guajolote* (‘pavo’ y ‘tonto, bobo’), *piocha* (la ‘barba recortada, barba de *chiva*’, usual en la expresión familiar *estar piocha* por ‘estar bien, excelente’); *zacate* (‘hierba’ o ‘pasto’ y también ‘estropajo’), y aun otros que ocasionalmente se emplean con un sentido figurado secundario o forman parte de frases estereotipadas de cierta popularidad.⁵⁸

4.4. Finalmente hemos atendido también, en nuestro afán de sopesar la relativa vitalidad e importancia de esos indigenismos, a la extensión geográfica

⁵⁸ Como *mayate* (‘escarabajo de bellos colores’, *Hallorina dugessii*, y ‘afeminado’) o *naco* (‘indio’ y ‘torpe, tonto’), *hule* (‘goma, caucho, látex del tallo del árbol’, y también ‘débil’ aplicado a las piernas en la expresión *tener patas de hule*), *nauyaca* (‘víbora muy venenosa’ *Bothrops atrox*, y ‘malintencionado, difamador, traicionero’ en la frase *ser una nauyaca*), *toloache* (‘estraconio’ *Datura stramonium*, usual sobre todo en la locución *dar toloache* ‘envenenar, matar’), *milpa* (‘plantación de maíz’, que ha dado origen a la expresión *lloverle a uno en su milpa* ‘irle bien en sus negocios, llegarle la buena suerte’, o, por ironía, todo lo contrario: ‘irle muy mal’), *matatena* (‘piedrecilla redonda’ y ‘juego infantil’ como el de la taba; en la frase hecha *dar matatena*, eufemismo por ‘matar’) y *zopilote* (el ‘ave de rapiña’ *Cathartes atratus*, y como adjetivo ‘avaricioso, ansioso, avorazado’). El verbo *chacuallear*, no muy empleado, reúne una serie de acepciones afines, aunque en la consciencia lingüística de los hablantes mexicanos no tiene un sentido «primario» preciso; se usa como sinónimo de ‘agitar’, de ‘chapotear’, de ‘chismorrear’ y de ‘juguetear’.

de su empleo, si bien esta circunstancia nos parece menos relevante, ya que bien puede darse el caso de que un nahuatlismo poco usual hoy en México haya traspasado las fronteras del país y tenga plena vigencia en otras hablas hispanoamericanas, sin que por ello se le deba considerar, obviamente, como término representativo del indigenismo léxico mexicano;⁵⁹ solo en el caso de que sea palabra relativamente común en el habla mexicana podrá tener algún significado particular el hecho de que se emplee en otros países de lengua española.⁶⁰

De acuerdo con este punto de vista, a los nahuatlismos que podrían considerarse ya como elementos

⁵⁹ El caso del náhuatl *tiza* es sumamente ilustrativo: común en España y en otros países hispanohablantes, resulta prácticamente inusitado en México, donde ha sido reemplazado por el latinismo *giz* (< gypsum), de manera que la forma *tiza* solo se emplea para designar la 'pasta de yeso y greda con que se unta la suela del taco del billar, para que no resbale sobre la bola'.

⁶⁰ Por otra parte, al hacer este tipo de consideración, nos asalta un pequeño escrúpulo, debido a la diferencia metodológica que, dentro de nuestro trabajo, representa esta clase de análisis. En efecto, no operamos ahora con datos estadísticos de primera mano, proporcionados por nuestras encuestas o nuestros informantes, sino que tenemos que basarnos en las noticias incluidas en los diccionarios de americanismos en uso, los cuales rara vez indican cuál es el grado de vitalidad de las voces en ellos recogidas. De manera que corremos el peligro de conceder la misma importancia a informaciones de alcance real muy diverso.

del español común,⁶¹ sería pasible añadir los siguientes, usuales en los países de Centroamérica o aun en algunas regiones sudamericanas: *camote*, *capulín*, *malacate*; *tamal*, *achiote*, *huacal*, *machote* y *pinol(e)*; *chayote*, *jícama*, *mecate*, *nopal*, *tianguis*, *zopilote*, *atole*, *cacle*, *cenzontle*, *comal*, *cuate*, *chamaco*, *chapulín*, *chile* y *enchilarse*, *ejote*, *elote*, *metate*, *milpa*, *nixtamal*, *pepenar*, *pozol(e)*, *quelite*, *tanate* (o *tenate*), *tecolote*, *tecomate*, *tlacuache* (o *tacuazín*), *tule*, *zacate* y *zapote*; *chachalaca*, *chapopote*, *chía*, *chilaquil*, *guachinango*, *guaje*, *guajolote*, *huipil*, *jacal*, *mezcal*, *mole*, *ocote* y *olote*.⁶²

4.5. Otra circunstancia que podría afectar a la vitalidad futura de algunos de estos indigenismos es el hecho de que se encuentren o no en concurrencia con otras voces sinónimas, ya sean de origen español, ya procedan de otras lenguas indígenas.

4.5.1. Atendiendo a ello, deben destacarse en primer lugar los vocablos señeros, de significado privativo, y que, por tal circunstancia, no sufren los embates

⁶¹ Como *cacahuate*, *cacao*, *coyote*, *chicle*, *chocolate*, *hule*, *jícara*, *petaca*, *petate*, *tocayo*, *tomate*, *aguacate*, *ocelote* y *quetzal*.

⁶² En esta enumeración hemos procurado seguir un orden de importancia relativa —siquiera sea aproximadamente—, establecido de acuerdo únicamente con las informaciones que proporcionan los diccionarios de americanismos existentes.

de otras voces sinónimas: *aguacate*, *cacahuate*, *coyote*, *chayote*, *chile*, *chocolate*, *guacamole*, *ejote*, *elote*, *huapango*, *jitomate* y *tomate*, *malinchismo* y *malinchista*, *metate*, *mole*, *nopal*, *petate*, *pulque*, *tamal*, *tepache*, *tequila*, *tlapalería*, *tocayo*, *zapote*, *zopilote*, *milpa* y *atole*.

4.5.2. Otros nahuatlismos, en cambio, están en concurrencia con voces hispánicas, que ya —en el habla citadina contemporánea— resultan más usuales y comunes que el término indígena correspondiente. Tal es el caso de *cocolazo*, que está en desventajosa competencia con *golpe*, *trancozo*, por una parte, y con *tiro*, *disparo*, por otra. O de *pilmama*, en concurrencia con el más normal, *nana* y aun con *niñera*; o de *chomite*, prácticamente inusitado, en favor de *falda*; o de *chamagoso*, en clara desventaja ante *mugroso*, *sucio*. Reúno a continuación otros muchos casos en que la palabra indígena cede actualmente ante el término castellano equivalente.^{62 bis}

[^{62 bis} Aun concediendo la dificultad para ponderar el predominio léxico, cabría opinar que *cocolazo*, *chamagoso*, *chípil* o *totopo*, entre otras palabras, siguen siendo perfectamente vigentes en Ciudad de México en 2021].

<i>chichicascle</i>	frente a ortiga
<i>itacate</i>	frente a <i>lunch</i> , merienda, almuerzo (alimentos que se llevan para consumirlos fuera de la casa)
<i>tlaconete</i>	frente a babosa
<i>colote</i>	frente a cesto (canasto)
<i>chípil</i>	frente a mimado, consentido; celoso
<i>socoyote</i>	frente a hijo menor, benjamín
<i>tenamascle</i>	frente a piedra
<i>petatearse</i>	frente a irse, morir
<i>jicote</i>	frente a abejorro
<i>aguante</i>	frente a espinita o espina (de la tuna)
<i>cajete</i>	frente a cazuela; hoyo
<i>piocha</i>	frente a barbita o barba de chivo
<i>talache</i>	frente a pico (zapapico)
<i>teponastle</i>	frente a tambor (-cito)
<i>tilma</i>	frente a cobija, zarape
<i>mecapalero</i>	frente a cargador (estibador)
<i>totopo</i>	frente a tostada (tortilla frita)
<i>cuico</i>	frente a policía (azul)
<i>meclapil</i>	frente a mano (del metate)
<i>pascle</i>	frente a heno
<i>chacualear</i>	frente a agitar, zarandear; chapotear; juguetear; chismorrear
<i>tlachique</i>	frente a aguamiel

<i>totomoxtle</i>	frente a hoja de maíz
<i>cuacha</i> y <i>cuitla</i>	frente a caca, excremento, mierda
<i>chimal</i>	frente a escudo
<i>nexcómil</i>	frente a olla (para el nixtamal)
<i>áxcale</i>	frente a eso es, ándele, O. K.
<i>guaje</i>	frente a tonto, menso; calabazo, bule
<i>pepenar</i>	frente a (re)coger; apoderarse, robar

4.5.3. Menos frecuentes, aunque no raros, son los casos inversos, en que la sinonimia parece resolverse, al menos en el habla actual, en favor de la voz indígena: *cempasúchil* se oye con mayor frecuencia que *flor de muerto*; *jacal* más que *choza*; *tecolote* es mucho más usual que *lechuza* o *búho*, y *zacate* más que *hierba* o *pasto*. Asimismo, *machote* es designación más usual que *forma* o *esqueleto* (para ‘formulario’), *capulina* que *viuda negra*, y *papalote* que *cometa*.

4.5.4. En la mayoría de los casos sería difícil determinar con precisión si alguna de las voces concurrentes predomina, en cuanto a su empleo, sobre la otra. Pueden intervenir en ello muy diversos factores: preferencias socioculturales, familiares o aun personales, diferencias estilísticas o generacionales, etc. De cualquier manera, el hecho de que una forma indígena esté en concurrencia con otra u otras de origen

hispánico puede conducir a la eliminación de la voz nahua, poco a poco sofocada por la castellana de uso general en otros países de lengua española e, inclusive, en otras regiones de México, o tal vez a la especialización del vocablo indígena (reducción semántica), frente al término hispánico más general. Señalo a continuación los casos en que se da concurrencia equilibrada de sinónimos:

Acocil alterna con *camarón* (de río o de agua dulce); *cuija* con *besucona*, *lagartija* y —en algún informante— con *salamanquesa*; *jiote* con *empeine* ‘pitiriasis’; *petaca* con *maleta* y, más frecuentemente, con el galicismo *veliz*, en tanto que *petacón* aparece en incidencia con *nalgón*. Los indigenismos *guajolote* (el más empleado, con notable diferencia), *total*, *pípilo* y *cócono* alternan entre sí y todos ellos con *pavo*, de igual manera que *güila* alterna, de un lado, con *pava*, *cócona* o *pípila*, y de otro, con los comunes *puta*, *prostituta* o cualquiera de los eufemismos populares. *Matatena* parece ceder ante el más amplio *piedrita* (o *piedra de río*), *machincuepa* ante *maroma* ‘voltereta’, y *mayate* ante el genérico *escarabajo*. *Chamaco*, *escuintle*, *toconete* y *chilpayate* son nahuatlismos que alternan entre sí y, a su vez, con los hispánicos *niño*, *muchacho*, *hijo*, *chico*, *bebé*, *nene* y *criatura*. El genérico *mecate* parece

resistir bien los embates de *reata*, *cuerda* o *cordón*, de igual modo que *mitote* subsiste, como forma familiar de uso firme, ante los más generales *pleito* o *alboroto*, de un lado, y *fiesta*, de otro; su derivado *mitotero* se mantiene asimismo frente a *peleonero* o *bravo*, de una parte, *fiestero* de otra, y aun *chismoso*. Aunque *cuate* está en concurrencia con dos series de sinónimos (por una parte, con *amigo*, *mano*, (*compa*)*ñero* o *compadre*, y de otra, con *gemelo* o *mellizo*), se conserva con bastante vitalidad, sobre todo en el hablar familiar o popular. De igual modo, *cuico* se mantiene como forma familiar o humorística ante el general *policía* y el también festivo *azul* (por el color del uniforme). En cambio, los indigenismos *achichinar* y *tatemar* se emplean proporcionalmente menos que *quemar*, *achicharrar*, *tostar* o *chamuscar*, en tanto que *cacle* y, sobre todo, *huarache* tienen uso más amplio que los hispanismos *chancla* o *sandalia*. *Tenate* y *tompiate* alternan, en un sentido, con *canasta* o *cesto*, y, en otro, con *testículos* o *huevos*. Otras concurrencias más: *Chipote* con *chichón*, *paliacate* con *pañuelo*, *ocote* (y, en menor escala, *ayacahuite*) con *pino*,⁶³ *jilote* con *pelillo* o *cabellito* (de

⁶³ Son, en realidad, variedades distintas de coníferas, pero el hablante medio de la ciudad las suele confundir.

la mazorca), *jocoque* con *leche cortada*, y *chiquihuite* con *cesto* o *canasta*.

4.5.5. En algunos casos, por último, la concurrencia de formas indígenas y españolas ha desembocado en algún tipo de especialización semántica. Así, ante el general *mercado*, el nahuatlismo *tianguis* designa específicamente el mercado indígena, levantado al aire libre, de igual modo que *teocali* es término culto —frente el común *templo* o *iglesia*— reservado para designar el templo de los pueblos indígenas anteriores a la conquista (en especial, el «Gran Teocali» de Tenochtitlan). Frente a los generales y cultos *pecho* o *seno*, el indigenismo *chichi* o *chiche*⁶⁴ es forma enteramente familiar, aunque de uso muy frecuente (muy superior al vulgar *teta*). *Escuincla* se ha ido cargando de sentido peyorativo frente al general *niño* o *muchacho*; y *tololche* es más propio del habla popular, en tanto que la norma culta prefiere *contrabajo*.

4.6. Como puede advertirse, todas estas consideraciones conducen a resultados homogéneos y esencialmente congruentes: La casi totalidad de las voces que

⁶⁴ Corominas (*DCELC*) los considera forma hispánica de origen onomatopéyico, pero la amplísima documentación nahua antigua que ofrece Fr. Alonso de Molina, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana* (México, 1571) prueba suficientemente su raíz indígena, al menos para su uso dentro del español de México.

se particularizan por su capacidad de crear derivados, o por poseer diversas acepciones, o por ser las únicas usuales para designar el concepto correspondiente, o por la amplia extensión geográfica de su uso, son precisamente las que con mayor frecuencia se han registrado en nuestras encuestas y pertenecen a la clase de palabras que —como vocabulario pasivo— han quedado incluidas dentro de los grupos de conocimiento general o casi general.⁶⁵ Las únicas excepciones son *güila*, *tenate*, *tompiate*, *naco*, *nauyaca* y *quiote*, voces que, poseyendo cierta riqueza semántica (diversidad de significados), no son de uso frecuente ni pertenecen al vocabulario pasivo de todos nuestros informantes. La razón es clara: en los tres primeros casos, se trata de voces que tienen un significado sexual determinado, que ciertos hablantes ignoran; *quiote* y *nauyaca* son denominaciones de realidades un tanto ajenas a la vida urbana. Aunque han rebasado las fronteras de México, tampoco son de uso absolutamente general los indigenismos *achiote*, *tecomate*, *chachalaca*, *cacle*, *malacate* y *machote*. La explicación parece asimismo fácil: los tres primeros son más propios de la lengua campesina que de la urbana; tampoco el *malacate* o el

⁶⁵ Cf. pp. 111-113, grupos I y II.

cacle son objetos que utilice comúnmente el hombre ciudadano; y los *machotes*, en cambio, son relativamente extraños a las actividades cotidianas de las clases populares.

Podríamos afirmar, en conclusión, que los indigenismos de uso general en el español de México ascienden, en total, a la cantidad de 155 vocablos, correspondientes a 120 lexemas; sumando a ellos las voces de uso o conocimiento parcial, se llegaría a 244 vocablos y 185 lexemas. Cantidades no despreciables, por cierto, pero tampoco tan elevadas como para suponer que su desaparición «produciría un caos verdaderamente horrible» en el habla mexicana, según creía D. Rubio (*cf. supra*, n. 15).^{65 bis}

5. CLASIFICACIÓN

5.1. Por lo que respecta al origen de estas voces, debe señalarse que la inmensa mayoría procede del náhuatl. Es ésta, prácticamente, la única lengua indígena de México que ha enriquecido el vocabulario usual en

[^{65 bis} Cabría argumentar, sin embargo, que algunas de las voces consideradas son fuertemente identitarias, de modo que su valor simbólico puede ser especialmente ponderado por los hablantes].

la capital. Los préstamos debidos a las demás lenguas prehispánicas son insignificantes, si bien en el español provincial de las zonas en que se hablan aún esas lenguas, puede encontrarse mayor número de voces tomadas de ellas; pero son muy pocas las que se han propagado al español general del país.

5.2. Del maya, lengua que sigue en importancia al náhuatl, y cuya influencia en el español de Yucatán es muy superior a la ejercida sobre el español común de México, pueden hacerse derivar nueve voces: *canán*, *cenote*, *chilango*, *henequén*, *ixtabentún* (cf. Santamaría, s. v. *xtabentún*), *maquech*, *papa(d)zul*, *pibil* y *salbute*. Al tarasco pertenecen *cuacha*, *charal*, *huarache*, *tambache* y *uchepo*. Del otomí no hemos recogido más que *naco*; del zapoteco, *guelaguetza*. Y *guare* es la única de nuestras voces que se considera de origen cahita.⁶⁶

⁶⁶ La palabra *tecotehue*, que documentamos una sola vez en todas nuestras encuestas como denominación de una ‘planta aromática’, no figura en ninguno de los diccionarios consultados. Santamaría recoge solo la forma *tecote* como nombre vulgar de la *Jatropha spathulata*, pero sin proponer etimología. La apariencia es, indudablemente, nahua. [Varias de estas voces ameritarían discusiones actualizadas. Así, *chilango* es discutida recurrentemente —Moreno de Alba (s. f.), en *Minucias del lenguaje*, señalaba lo «espinoso» que era establecer su origen—; *naco* sí se registra en el *Diccionario del náhuatl en el español de México* (Montemayor *et al.* 2017, s. v., p. 93), etc.].

5.3. Desde el punto de vista gramatical, cabe señalar que la inmensa mayoría de las voces recopiladas son sustantivos, por lo general concretos; los verbos (12) y los adjetivos suman apenas dos docenas de términos; como formas interjectivas se usan solo *áxcate* y *chihuahua* (topónimo empleado como interjección eufemística en sustitución de *chingar* y sus derivados). A las restantes categorías funcionales —adverbios, preposiciones y conjunciones— no corresponde ni un solo indigenismo.

5.4. Los sustantivos son en su mayoría designaciones pertenecientes a la flora y la fauna peculiar del país.⁶⁷ De ellas, una buena parte son nombres de vegetales o frutos comestibles (*capulín, aguacate, jicama,*

⁶⁷ De un total de 118 vocablos, 82 corresponden a la flora y 36 a la fauna. A ellos habría que añadir los derivados —sustantivos o adjetivos— de algunos de esos 118 lexemas, como *henequenera, huizachera, mezquital, nopalera, ocotero, paxclal, coyotera, tular, zacatal, tucero, chiclero*, etc., de manera que el léxico relacionado directa o indirectamente con la flora y fauna del país representaría casi la mitad del total reunido en nuestro archivo (151 voces). La vitalidad de estos términos es muy desigual: en tanto que unos pertenecen al fondo idiomático común (*aguacate, cacahuate, capulín, cempazúchil, chayote, ocote, jitomate, zapote*, etc., en lo relativo a la flora, o *coyote, guajolote, chapulín, zopilote, guachinango, tecolote*, etc., en lo referente a la fauna), otros han aparecido solo ocasionalmente en nuestras encuestas y son prácticamente desconocidos para la mayoría de nuestros informantes (*zacamiche, totomoxtle, tecotehue, pizote, camichín, canán, mecate*, etc.).

ejote, chile, epazote, jitomate, elote, chipotle, quelite, zapote, etc.; total 35 términos) y otra, de animales también comestibles (*acocil, ajolote, chachalaca, charal, chichicuilote, guachinango, ahuacle, guajolote, güila, pípilo, juil, totol*). Como veintiséis de los sustantivos comunes corresponden a nombres de comidas (*atole, enchilada, guacamole, mole, tamal, pozole, totopo*, etc.) y ocho a bebidas populares (*mezcal, pulque, tepache, tequila, neutle*), el número de voces relacionadas con la alimentación asciende a 81 términos, lo cual representa bastante más de la cuarta parte de los indigenismos registrados. Hay que tener en cuenta, además, que esos vocablos son los que muestran mayor vitalidad en la lengua hablada. En efecto, de las 95 voces que integran el grupo de indigenismos de mayor uso, casi la mitad —44— se relacionan con la alimentación popular.

5.5. Aparte de esos términos de la flora, la fauna y la alimentación, solo otro aspecto del vocabulario mexicano aparece esmaltado por un número de indigenismos digno de tomarse en consideración: el de los enseres o utensilios domésticos. A él pertenecen nahuatlismos de frecuente empleo, como *petate, comal, metate, molcajete, chiquihuite, jícara, ayate*, etc., hasta un total de 20 términos. En cambio, indigenismos de

carácter afectivo (meliorativos o peyorativos) hemos reunido pocos: *cuate*, *mitotero*, *escuincle*, *chamaco*, *chípil*, *achichinle*, *malinchista*, *naco*, *guaje*, *cocolazo*, *cuico*, *petacón*, *chilango* y *chilpayate* son los únicos que aparecen con cierta frecuencia.

6. LENGUA HABLADA Y LENGUA ESCRITA

La confrontación de los resultados obtenidos mediante el estudio de la lengua hablada y de la lengua escrita, nos permite hacer algunas observaciones de carácter general. La mayor parte de los indigenismos se ha documentado tanto en el habla cuanto en la literatura (114 vocablos), pero un buen número de voces —82— ha sido recogido exclusivamente en la lengua hablada, en tanto que 66 se han documentado solo en la lengua escrita.

6.1. En el habla se advierte una mayor frecuencia de términos relativos a la alimentación; algunos de ellos han aparecido exclusivamente en la lengua hablada (como *zapote*, *pagua*, *guacamole*, *totopo*), y otros predominan ampliamente en ella (como *elote*, que apareció 53 veces en 16 grabaciones distintas, mientras que en la lengua literaria solo apareció 4 veces en otras tantas obras; o como *mole*, con 104 apariciones

en 34 encuestas orales, frente a solo 11 en 6 textos; o como *tamal*, con 40 casos en el habla y solo 5 en la escritura; o como *chile*, con 143 en 45, frente a 21 en 11 respectivamente).

Abundan también más en la lengua hablada, como cabría esperarse, las voces familiares, coloquiales, a veces humorísticas, que la lengua literaria rechaza o emplea solo ocasionalmente. Así los verbos propios del habla familiar *tatemar* y *achichinar* no han aparecido ni una sola vez en la literatura consultada, que parece preferir los hispánicos más generales *quemar*, *abrasar*, *chamuscar*, etc. De igual manera, la palabra *chichi*, común y aun usadísima en el habla para ‘pecho, seno, teta’, no se documenta ni una sola vez en los textos leídos.

También *pepenar* parece ser mucho más propio del habla que de la escritura, donde se sustituye por *coger*, *agarrar*, *tomar*, etc. Asimismo, es ilustrativo el contraste entre la vitalidad que tiene *cuate* en el habla (103 casos en 30 grabaciones diferentes) y en la lengua escrita (15 en tres obras).

6.2. En cambio, la lengua escrita muestra una capacidad muy superior a la del habla en la formación de derivados mediante sufijación. De los 66 términos que han aparecido exclusivamente en el idioma

escrito, casi la mitad —30— son adjetivos, sustantivos o verbos derivados de un lexema de uso más general,⁶⁸ lo cual corresponde a la diferente actitud seguida por la lengua culta en la composición y derivación morfológica (uso de sufijos y morfemas orgánicos en general) frente a los procedimientos preposicionales o perifrásticos propios del habla: *abulado* frente a *de hule*.

También predominan en la lengua escrita algunas palabras de uso estilístico, evocadoras intelectualmente de ciertos ambientes o matices rústicos, que el pueblo, no obstante, emplea poco. Revelador es, a este respecto, el caso de *jacal*: aunque es una de las voces más frecuentes en nuestros textos literarios (131 casos de aparición en 5 obras distintas), solo ha aparecido 9 veces en las encuestas orales, por la sencilla razón de que el pueblo humilde, habitante de los jacales, considera a estos —y así los denomina— sus *casas*, no sus chozas. Por su poder evocador, posiblemente, predominan en la lengua literaria voces como *mezquite*

⁶⁸ Son los siguientes: *coyotaje*, *cuatachismo*, *enchapopotar*, *chayotera*, *chocolatero*, *huaracheo*, *abuizotear*, *henequenera*, *huizachal*, *huizachera*, *abulado*, *ixtlero*, *jiloteo*, *enjitomatar*, *mecapalero*, *mezcalero*, *mezcalina*, *mezquital*, *milpal*, *chimolero*, *ocochal*, *ocotero*, *ocotillo*, *pulcazo*, *quelitismo*, *popotillo*, *tepachería*, *tlachi-quero*, *zacatal*, *zacatonal*.

(44 veces en 4 obras, frente a 9 casos en solo dos grabaciones) y *nopalera* (18 testimonios escritos frente a uno solo en el habla).

Como era de suponerse, los materiales escritos que hemos reunido revelan a veces las peculiares predilecciones de cada escritor o una situación o circunstancia particular de la trama. De ahí que —en tanto que las voces halladas en el habla suelen distribuirse en muy diversas entrevistas— algunos de los términos escritos se concentran desproporcionadamente en la obra de un solo escritor. Tal es el caso de la palabra, apenas usual, *camichín*, que ha aparecido 13 veces en una sola obra; o de *ajolote*, hallada 28 veces en dos escritos, y solo 2 veces en una encuesta oral; o de *chihuahua*, usada como interjección hasta 12 veces en una sola novela; o, en particular, de *tlacuache*, ya que de las 66 veces que ha sido documentada esta palabra, 63 pertenecen a una sola obra literaria.

6.2.1. Debe consignarse, por último, el hecho de que la aparición de indigenismos disminuye notablemente en la lengua poética. Aparte de las obras indicadas en la nota 36, he leído diez libros de poesía, escrita por autores contemporáneos,⁶⁹ y he advertido

⁶⁹ Los libros espigados han sido los siguientes: José Gorostiza, *Poesía*, México, FCE, 1964; Griselda Álvarez, *Anatomía*

que en la mayor parte de ellos (en siete) no figura ni un solo indigenismo,⁷⁰ y que estos son muy poco frecuentes en los tres restantes.⁷¹

superficial, Tezontle, México, 1967; Jaime García Terrés, *Los reinos combatientes*, México, FCE, 1961; Norma Carrasco, *De ser, amor y muerte*, México, [Ecuador o° o' o"], 1962; Octavio Paz, *La estación violenta*, México, FCE, 1958; Rubén Bonifaz Nuño, *Siete de espadas*, México, [Joaquín Mortiz,] 1966; Marco Antonio Montes de Oca, *Cantos al sol que no se alcanza*, México, FCE, 1961; Griselda Álvarez, *Desierta compañía*, México, [Ecuador o° o' o"], 1961; Paloma Castro Leal, *A la sombra de Dios*, [El Espino,] México, 1958; Luis Rius, *Canciones de amor y sombra*, [Era (Alacena),] México, 1965.

⁷⁰ No aparecen en la poesía de J. Gorostiza, ni de G. Álvarez, ni de P. Castro Leal; en el libro de J. García Terrés aparece *México* una sola vez; en el de N. Carrasco, *Popol Vuh*, también una vez, y en el de Luis Rius, *Guanajuato* (p. 67), como título de uno de los poemas.

⁷¹ Marco A. Montes de Oca emplea una sola vez, en toda la obra, el nahuatlismo *zenzontle* (p. 42). Octavio Paz usa solo —una vez en cada caso— los indigenismos *huizache* (p. 49), *nopal* (p. 51) y *tezontle* (p. 61), además del gentilicio *mexicano* (p. 10). El poeta que más frecuentemente utiliza los nahuatlismos es, sin duda, R. Bonifaz, en cuyo libro aparecen —también en forma aislada— los siguientes: *nopal* (poema n.º 48), *chile* (n.º 54), *petate* (n.º 59), *copal* (n.º. 66), *elote* (n.º. 93), *biznaga* (n.º 124), *atole* (n.º 126), *milpa* (n.º 131), *jilotear* (n.º 131), *na-gual* (n.º 141), además de *mexicano* (n.º 75). Según propia declaración de este autor, el empleo de indigenismos en su poesía responde a un deseo consciente y premeditadamente estilístico.

CUADROS ESTADÍSTICOS

I. CIFRAS TOTALES

Total de palabras reunidas Total de indigenismos	$\sim 4\ 600\ 000$	$\left[\begin{array}{l} \text{Lengua hablada} = 10\ 478 \\ \text{Lengua escrita} = 11\ 406 \\ \text{Adiciones} = 50 \end{array} \right] = 21\ 934 \dots 0.477\ \% \text{ del total absoluto}$
De ellos	Topónimos y gentilicios =	$18\ 554 \dots 84\ \% \text{ del total de indigenismos}$
Correspondientes a	Genéricos	$\left[\begin{array}{l} \text{Lengua hablada} = 1978 \\ \text{Lengua escrita} = 1352 \\ \text{Adiciones} = 50 \end{array} \right] = 3380 \dots 0.073\ \% \text{ del total absoluto}$
vocablos	comunes	$= 114$
lexemas	lengua hablada	$= 82$
lexemas	lengua escrita	$= 66$
lexemas	adiciones	$= 50$
lexemas	lexemas	$= 312 \text{ vocablos}$
lexemas	lexemas	$\dots 237 \text{ lexemas}$

II. LENGUA HABLADA

Total de voces reunidas =	~ 2 211 000				
Total de indigenismos =	10 478 0.478 % del total absoluto				
De ellos	<table> <tr> <td>Topónimos y gentilicios =</td> <td>8500 80 % del total de indigenismos</td> </tr> <tr> <td>Voces 'géricas'</td> <td>= 1978 0.09 % del total absoluto</td> </tr> </table>	Topónimos y gentilicios =	8500 80 % del total de indigenismos	Voces 'géricas'	= 1978 0.09 % del total absoluto
Topónimos y gentilicios =	8500 80 % del total de indigenismos				
Voces 'géricas'	= 1978 0.09 % del total absoluto				
	↓				
Correspondientes a	<table> <tr> <td>vocablos =</td> <td>196</td> </tr> <tr> <td>lexemas =</td> <td>164</td> </tr> </table>	vocablos =	196	lexemas =	164
vocablos =	196				
lexemas =	164				

III. LENGUA ESCRITA

Total de palabras reunidas =	~ 2 393 750				
Total de indigenismos =	11 406 0.476 % del total absoluto				
De ellos					
{ Topónimos y gentilicios =	10 054 88 % del total de indigenismos				
{ Indigenismos genéricos =	1352 0.057 % del total absoluto				
	↓				
Correspondientes a	<table> <tr> <td style="border-left: 1px solid black; border-right: 1px solid black; padding: 0 5px;">vocablos =</td> <td style="padding: 0 5px;">180</td> </tr> <tr> <td style="border-left: 1px solid black; border-right: 1px solid black; padding: 0 5px;">lexemas =</td> <td style="padding: 0 5px;">141</td> </tr> </table>	vocablos =	180	lexemas =	141
vocablos =	180				
lexemas =	141				

IV. ADICIONES

Indigenismos genéricos = 50 (cf. la nota 47) Correspondientes a = 38 nuevos lexemas

LISTA ALFABÉTICA DE LOS
INDIGENISMOS REUNIDOS E
INDICACIONES SOBRE SU VITALIDAD*

* El número romano indica el grupo a que —por su «vitalidad» pasiva— pertenece el indigenismo. Uso *H* para indicar que la voz se registró en la lengua hablada; *E*, en la escrita; y *C* significa que la voz es común a ambas. *Ad.* alude a las adiciones (voces no documentadas en grabaciones ni en textos).^{71 bis}

	acocil	IV — H	(8 en 2)
	acocote	V — E	(3 en 1)
	achichinar	IV — H	(1 en 1)
	achichinle	II — H	(4 en 2)
5	achiote	V — H	(6 en 2)
	aguacate	I — C	(38 en 17): H (33 en 13) y E (5 en 4)
	aguate	V — E	(1 en 1)
	ahuaucle	V — H	(1 en 1)
	ahuehuete	II — C	(5 en 5): H (3 en 3) y E (2 en 2)
10	ahuizotear	[V] ^{71 ter} — E	(1 en 1)

[^{71 bis} Se realiza una corrección en la numeración de la lista, pues en el original falta el número 19; de esta forma, la lista queda con 312 entradas, no con 313; en páginas previas, además, el autor habla de 312 vocablos].

[^{71 ter} La adscripción del lema *ahuizotear* se cambia aquí del grupo VI al V, pues es la categoría con la que aparece al final del capitulillo 3].

	ajolote	II — C (30 en 3): H (2 en 1) y E (28 en 2)
	amate	V — Ad.
	amole	V — E (1 en 1)
	(a)papachar	I — C (6 en 4): H (3 en 3) y E (3 en 1)
15	apipizca	II — Ad.
	atole	I — C (45 en 19): H (31 en 15) y E (14 en 4)
	áxcale (úx-)	V — E (1 en 1)
	ayacahuite	V — E (4 en 1)
	ayate	II — C (8 en 2): H (6 en 1) y E (2 en 1)
20	biznaga	II — Ad.
	cacahuacincle	III — Ad.
	cacahuate	I — C (45 en 25): H (30 en 18) y E (15 en 7)
	cacao	I — C (9 en 5): H (6 en 3) y E (3 en 2)
	cacascle	V — Ad.
25	cacle	III — H (4 en 1)
	cacomiscle	III — H (5 en 1)
	cajete	III — H (1 en 1)
	camichín	VI — E (13 en 1)
	camote	I — C (13 en 6): H (11 en 4) y E (2 en 2)
30	tequescamote	VI — H (1 en 1)
	canán	VI — E (1 en 1)
	capulín	I — C (9 en 6): H (8 en 5) y E (1 en 1)
	capulina	II — Ad.
	cepasúchil	I — C (11 en 8): H (8 en 5) y E (3 en 3)
35	cenote	III — C (9 en 3): H (8 en 2) y E (1 en 1)

	cenzontle	II — C	(15 en 7): H (7 en 3) y E (8 en 4)
	cocol	I — H	(1 en 1)
	cocolazo	II — H	(1 en 1)
	coconete	IV — Ad.	
40	colote	IV — H	(2 en 1)
	comal	I — C	(29 en 14): H (19 en 8) y E (10 en 6)
	copal	III — C	(9 en 5): H (7 en 3) y E (2 en 2)
	coyol	IV — H	(2 en 1)
	coyote	I — C	(57 en 17): H (14 en 8) y E (43 en 9)
45	coyotaje	II — E	(1 en 1)
	coyotera	III — H	(1 en 1)
	cuacha	V — E	(1 en 1)
	cuate ⁷²	I — C	(121 en 36): H (106 en 33) y E (15 en 3)
	cuatachismo	II — E	(1 en 1)
50	cuescomate	V — H	(1 en 1)
	cuico	II — Ad.	
	cuija	III — H	(9 en 1)
	cuitla	VI — H	(7 en 1, en la forma <i>cuita</i>)
	chacualear	III — Ad.	
55	chachalaca	III — C	(5 en 3): H (4 en 2) y E (1 en 1)
	chahuiscle	IV — Ad.	
	achahuisclarse	IV — Ad.	

⁷² Aparece también en las formas *cuache* (H: 1 en 1), *cuatacho* (H: 1 en 1) y *cuatezón* (H: 1 en 1), que quedan aquí recogidos dentro del lexema *cuate*.

	chalchicuil	VI — H	(1 en 1)
	chamaco	I — C	(144 en 46): H (81 en 33) y E (63 en 13)
60	chamagoso	II — H	(1 en 1)
	chapopote	I — C	(7 en 5): H (4 en 2) y E (3 en 3)
	enchapopotar	I — E	(1 en 1)
	chapulín	I — H	(7 en 3)
	chaquiste	V — E	(1 en 1)
65	charal	II — C	(8 en 6): H (5 en 4) y E (3 en 2)
	chayote	I — C	(10 en 3): H (9 en 2) y E (1 en 1)
	chayotera	II — E	(3 en 2)
	chinchayote	III — Ad.	
	chía	II — C	(2 en 2): H (1 en 1) y E (1 en 1)
70	chicle	I — C	(26 en 17): H (18 en 12) y E (8 en 5)
	chiclero	I — C	(5 en 3): H (1 en 1) y E (4 en 2)
	chiclosa	I — H	(1 en 1)
	chichi	I — H	(15 en 3)
	chichicascle	IV — H	(6 en 2)
75	chichicuilote	II — H	(5 en 2) ⁷³
	chiuhuahua	I — C	(15 en 4): H (3 en 3) y E (12 en 1)
	chilacayote	II — C	(9 en 4): H (6 en 3) y E (3 en 1)
	chilango	II — Ad.	
	chilaquil(e)	II — H	(2 en 2)

⁷³ De ellas, tres veces en una encuesta apareció en la forma *chicuilote*, menos conocida.

80	chile ^{73 bis}	I — C	(171 en 56): H (143 en 45) y E (21 en 11)
	enchilada	I — C	(23 en 12): H (21 en 10) y E (2 en 2)
	enchilarse	I — C	(27 en 14): H (20 en 10) y E (7 en 4)
	chichile	VI — H	(1 en 1)
	chilpachole	III — C	(4 en 2): H (3 en 1) y E (1 en 1)
85	chilpayate	II — H	(1 en 1)
	chiltepín	IV — Ad.	
	chimal	V — Ad.	
	chinaco	III — C	(5 en 3): H (1 en 1) y E (4 en 2)
	chinampa	II — C	(6 en 4): H (4 en 3) y E (2 en 1)
90	chípil	II — Ad.	
	chipote	I — Ad.	
	chipotle	I — H	(1 en 1)
	chiquihuite	II — C	(8 en 4): H (7 en 3) y E (1 en 1)
	chocolate	I — C	(68 en 35): H (53 en 27) y E (15 en 8)
95	chocolatería	I — H	(3 en 2)
	chocolatero	I — E	(1 en 1)
	chomite	VI — E	(3 en 1)
	chuchuluco	III — H	(1 en 1)
	ejote	I — C	(10 en 6): H (9 en 5) y E (1 en 1)

[^{73 bis} Parece haber un error en las cifras de *chile*, pues se registran 171 casos, pero las cantidades parciales son 143 y 21, que sumarían 164; en la n. 44 ya se había mencionado la presencia de 171 datos, por lo que el problema está, seguramente, en las cantidades desagregadas para lengua hablada y escrita. Por supuesto, la diferencia es irrelevante, pues lo esencial es que la palabra aparece numerosas veces en una gran cantidad de fuentes].

100	elote	I — C	(57 en 20): H (53 en 16) y E (4 en 4)
	epazote	I — C	(8 en 4): H (6 en 3) y E (2 en 1)
	equipal	IV — Ad.	
	escuinle	I — C	(72 en 16): H (27 en 13) y E (45 en 3)
	guacamole	I — H	(3 en 3)
105	guachinango	I — C	(10 en 8): H (6 en 4) y E (4 en 4)
	guaje	I — C	(9 en 7): H (3 en 3) y E (6 en 4)
	guajolote	I — C	(36 en 20): H (28 en 17) y E (8 en 3)
	guare	VI — H	(5 en 1)
	guelaguetza	IV — H	(3 en 1)
110	güila	III — Ad.	
	henequén	I — C	(18 en 8): H (11 en 4) y E (7 en 4)
	henequenera	III — E	(1 en 1)
	henequenero	II — H	(2 en 1)
	huacal	I — C	(16 en 8): H (3 en 3) y E (13 en 5)
115	huamúchil	III — C	(6 en 3): H (5 en 2) y E (1 en 1)
	huapango	I — C	(10 en 6): H (8 en 4) y E (2 en 2)
	huarache	I — C	(46 en 16): H (15 en 8) y E (31 en 8)
	huaracheo	III — E	(1 en 1)
	huauzoncle	III — H	(3 en 1)
120	huehuenche	IV — E	(1 en 1)
	huipil	II — C	(11 en 8): H (8 en 5) y E (3 en 3)
	huitlacoche	II — C	(3 en 3): H (2 en 2) y E (1 en 1)
	huizache	III — E	(10 en 3)
	huizachal	IV — E	(3 en 1)

125	huizachera	V — E	(5 en 2)
	hule	I — C	(11 en 9): H (6 en 5) y E (5 en 4)
	ahulado	II — E	(2 en 2)
	itacate	I — C	(7 en 2): H (1 en 1) y E (6 en 1)
	ixtabentún	V — H	(1 en 1)
130	ixtle	I — C	(18 en 11): H (10 en 6) y E (8 en 5)
	ixtlero	II — E	(1 en 1)
	jacal	I — C	(140 en 13): H (9 en 8) y E (131 en 5)
	jícama	I — C	(12 en 8): H (11 en 7) y E (1 en 1)
	jicamero	II — H	(1 en 1)
135	jícara	I — C	(17 en 9): H (10 en 6) y E (7 en 3)
	jicote	III — Ad.	
	jilote	III — C	(2 en 2): H (1 en 1) y E (1 en 1)
	jilotear	IV — H	(2 en 1)
	jiloteo	IV — E	(1 en 1)
140	jilotillo	V — H	(3 en 1)
	jiote	II — C	(5 en 5): H (1 en 1) y E (4 en 4)
	jiotoso	II — H	(2 en 1)
	jitomate	I — C	(97 en 41): H (69 en 32) y E (28 en 9)
	enjitomatar	II — E	(1 en 1)
145	jocoque	II — E	(1 en 1)
	jocote	V — E	(1 en 1)
	juil	V — E	(1 en 1)
	macehual	V — Ad.	
	machincuepa	III — E	(1 en 1)

150	machote	III — Ad.
	malacate	III — C (7 en 5): H (3 en 2) y E (4 en 3)
	malinchismo	III — H (2 en 2)
	malinchista	III — C (3 en 2): H (1 en 1) y E (2 en 1)
	mapache	II — E (3 en 1)
155	maquech	IV — H (2 en 1)
	matatena	I — Ad.
	mayate	II — C (5 en 2): H (4 en 1) y E (1 en 1)
	mecapal	III — E (4 en 3)
	mecapalero	III — E (1 en 1)
160	mecate	I — C (17 en 10): H (16 en 9) y E (1 en 1)
	mecatal	IV — H (2 en 1)
	meclapil	V — H (2 en 1)
	mecuate	VI — H (2 en 1)
	memela	III — H (4 en 1)
165	metate	I — C (42 en 18): H (27 en 13) y E (15 en 5)
	mezcal	I — C (46 en 16): H (21 en 10) y E (25 en 6)
	mezcalero	II — E (1 en 1)
	mezcalina	V — E (1 en 1)
	mezquite	II — C (53 en 6): H (9 en 2) y E (44 en 4)
170	mezquital	III — E (2 en 1)
	michi	VI — H (1 en 1)
	milpa	I — C (86 en 18): H (30 en 11) y E (56 en 7)
	milpal	III — E (2 en 1)
	mitote	I — C (6 en 3): H (3 en 1) y E (3 en 2)

175	mitotero	I — Ad.
	mixiote	III — E (1 en 1)
	molcajete	I — C (25 en 10): H (23 en 9) y E (2 en 1)
	mole	I — C (115 en 40): H (104 en 34) y E (11 en 6)
	atemole	VI — H (6 en 1)
180	ixcamole	VI — H (1 en 1)
	chilmole	IV — H (1 en 1)
	chimolero	III — E (1 en 1)
	molote	III — H (2 en 2)
	naco	III — H (4 en 4)
185	nagual	II — C (11 en 4): H (2 en 1) y E (9 en 3)
	náhuatl	I — Ad.
	nahuatlato	V — Ad.
	nanche	IV — Ad.
	nauyaca	IV — C (9 en 4): H (6 en 2) y E (3 en 2)
190	neutle	V — E (2 en 1)
	nexcomil	V — H (8 en 1)
	nixtamal	I — C (19 en 12): H (7 en 5) y E (12 en 7)
	nopal	I — C (48 en 23): H (19 en 14) y E (29 en 9)
	nopalera	I — C (19 en 2): H (1 en 1) y E (18 en 1)
195	ocelote	III — E (1 en 1)
	ocote	I — C (31 en 13): H (9 en 5) y E (22 en 8)
	ocochal	VI — E (1 en 1)
	ocotero	II — E (1 en 1)
	ocotillo	IV — E (1 en 1)

200	olote	II — C (14 en 6): H (9 en 2) y E (5 en 4)
	olotera	III — H (2 en 1)
	otate	III — E (1 en 1)
	otatillo	V — Ad.
	oyamel	III — C (3 en 3): H (2 en 2) y E (1 en 1)
205	pagua	II — H (2 en 1)
	paliacate	I — C (5 en 4): H (1 en 1) y E (4 en 3)
	papalote	I — C (5 en 2): H (3 en 1) y E (2 en 1)
	papazul	V — H (2 en 1)
	pascle	VI — Ad.
210	paxclal	VI — H (1 en 1)
	pepenar	I — H (2 en 1)
	pepenador	I — C (6 en 4): H (4 en 2) y E (2 en 2)
	petaca	I — C (13 en 6): H (11 en 4) y E (2 en 2)
	petacón	I — Ad.
215	petate	I — C (56 en 19): H (25 en 12) y E (31 en 7)
	petatear(se)	I — C (3 en 2): H (1 en 1) y E (2 en 1)
	petateada	III — Ad.
	peyote	IV — C (8 en 5): H (2 en 1) y E (6 en 4)
	pibil	III — H (1 en 1)
220	pilmama	I — Ad.
	pinacate	III — C (7 en 3): H (6 en 2) y E (1 en 1)
	pinole	I — C (4 en 3): H (2 en 1) y E (2 en 2)
	piocha	II — Ad.
	pípilo	II — H (12 en 5)

225	pizote	VI — E	(1 en 1)
	popote	I — C	(2 en 2): H (1 en 1) y E (1 en 1)
	popotillo	III — E	(3 en 1)
	pozol(e)	I — C	(36 en 8): H (18 en 6) y E (18 en 2)
	pulque	I — C	(189 en 31): H (104 en 24) y E (85 en 7)
230	pulcazo	II — E	(1 en 1)
	pulquería	I — C	(13 en 9): H (7 en 6) y E (6 en 3)
	pulquero	I — C	(4 en 3): H (3 en 2) y E (1 en 1)
	quelite	II — C	(7 en 6): H (4 en 3) y E (3 en 3)
	quelitismo	VI — E	(1 en 1)
235	papaloquelite	IV — H	(1 en 1)
	quetzal	III — E	(3 en 2)
	quesquémetl	III — H	(1 en 1)
	quintonil	III — Ad.	
	quiote	V — C	(4 en 3): H (3 en 2) y E (1 en 1)
240	salbute	VI — H	(1 en 1)
	socoyote	IV — Ad.	
	t[a]jamanil ^{73 ter}	III — E	(3 en 1)
	talache	II — Ad.	
	tamal	I — C	(45 en 25): H (40 en 21) y E (5 en 4)
245	nacatamal	V — Ad.	
	quilotamal	VI — H	(1 en 1)

[^{73 ter} Se cambia *tejamanil* por *tajamanil*, por ser esta segunda la forma que aparece en el catálogo del grupo III al final del capitulillo 3].

tambache	I — E	(1 en 1)
tanate (tenate)	III — H	(3 en 2)
tatemar	II — H	(2 en 1)
250 tayacán	VI — E	(1 en 1)
tecali	IV — Ad.	
tecolote	I — C	(7 en 3): H (4 en 1) y E (3 en 2)
tecomate	V — E	(2 en 2)
tecotehue	VI — E	(1 en 1)
255 tejocote	I — C	(21 en 12): H (18 en 10) y E (3 en 2)
tejolote	II — Ad.	
tejuino	V — H	(1 en 1)
temascal	IV — E	(1 en 1)
tenamascle	V — C	(4 en 2): H (3 en 1) y E (1 en 1)
260 teocali	III — C	(8 en 3): H (1 en 1) y E (7 en 2)
tepache	I — C	(13 en 6): H (12 en 5) y E (1 en 1)
tepachería	I — E	(1 en 1)
tepalcate	II — C	(8 en 5): H (7 en 4) y E (1 en 1)
tepeguaje	V — Ad.	
265 tepetate	II — C	(10 en 6): H (2 en 1) y E (8 en 5)
teponastle	III — H	(1 en 1)
(tequescamote: v. <i>camote</i>)		
tequesquite	II — H	(3 en 2)
tequila	I — C	(45 en 22): H (39 en 17) y E (6 en 5)
tequilerera	I — H	(1 en 1)
270 tescal	VI — Ad.	

tezontle	II — C	(17 en 7): H (5 en 3) y E (12 en 4)
tianguis	II — C	(12 en 3): H (5 en 2) y E (7 en 1)
tilma	III — Ad.	
tinacal	III — E	(1 en 1)
275 tiza	III — E	(1 en 1)
tlaco	III — Ad.	
tlaconete	II — Ad.	
tlacoyo	III — Ad.	
tlacuache	II — C	(74 en 7) ⁷⁴
280 tlacuil	V — H	(4 en 1)
tlachique	III — E	(4 en 2)
tlachiquero	III — E	(1 en 1)
tlapalería	I — C	(27 en 4): H (9 en 2) y E (18 en 2)
tlapalero	I — H	(1 en 1)
285 tlascal (tascal)	VI — H	(2 en 1)
tocayo	I — Ad.	
toloache	II — C	(4 en 2): H (1 en 1) y E (3 en 1)
tololoche	III — Ad.	
tomate	I — C	(23 en 13): H (19 en 10) y E (4 en 3)
290 miltomate	V — H	(2 en 1)
		(v. además <i>jitomate</i>)

⁷⁴ De ellas, en una sola obra literaria aparece 63 veces. Una vez, en el habla, apareció en la forma *tacuache*, y dos veces, en la lengua escrita, en la forma *tacuacín*, que poca gente conoce (grupo VI del vocabulario pasivo).

	tompiate	III — Ad.
	topil	VI — E (2 en 1)
	total	V — H (2 en 2)
	totomoxtle	VI — H (1 en 1)
295	totopo	II — H (4 en 3)
	tule	II — C (13 en 6): H (10 en 4) y E (3 en 2)
	tular	III — H (1 en 1)
	tuza	II — C (18 en 3): H (16 en 1) y E (2 en 2)
	tucero	VI — H (2 en 1)
300	uchepo	V — H (2 en 1)
	xolosóchil	VI — E (1 en 1)
	yagual	VI — E (1 en 1)
	zacahuistle	V — Ad.
	zacamiche	VI — H (1 en 1)
305	zacate	I — C (25 en 10): H (21 en 6) y E (4 en 4)
	zacatal	I — E (2 en 1)
	zacatón	III — Ad.
	zacatonal	IV — E (1 en 1)
	zapote	I — H (25 en 8)
310	chicozapote	I — C (3 en 3): H (2 en 2) y E (1 en 1)
	zontle	VI — C (9 en 2): H (7 en 1) y E (2 en 1)
	zopilote	I — C (35 en 15): H (24 en 9) y E (11 en 6)

INDIGENISMOS EN LA NORMA LINGÜÍSTICA CULTA DE MÉXICO

A lo largo de 1972, los investigadores del Centro de Lingüística Hispánica de la Universidad Nacional de México cubrieron las encuestas léxicas previstas en el «Proyecto de estudio de la norma lingüística culta de las principales ciudades de Iberoamérica y de la Península Ibérica».⁷⁵ El *Cuestionario* correspondiente fue publicado por primera vez, de manera provisional, por la Universidad mexicana y El Colegio de México, y últimamente ha sido impreso, en su forma definitiva, por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de Madrid.⁷⁶ En su parte léxica, consta de

⁷⁵ De esta amplia investigación se ha dado noticia en diversas ocasiones. Véase, entre otras: J. M. Lope Blanch, «Informe sobre el Proyecto», en el volumen de *Actas, informes y comunicaciones del Simposio de México*, organizado por el Programa Interamericano de Lingüística y Enseñanza de Idiomas (PILEI) y editado por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1969, pp. 222-223. Los investigadores del CLH encargados de cubrir las encuestas han sido: Fulvia Colombo, Lourdes Gavaldón, Dulce Magallanes, Claudia Parodi, Cecilia Rojas, Antonio Alcalá, Antonio Millán y José Moreno de Alba. [Véase también Lope Blanch (1986); el trabajo «Indigenismos americanos en la norma lingüística culta de México» puede verse en Lope Blanch (1979a, 1990a); considérese asimismo Lope Blanch (1974, 1982b)].

⁷⁶ *Cuestionario provisional para el estudio coordinado de la norma lingüística culta*, México, UNAM-El Colegio de México,

4452 preguntas, agrupadas en 21 apartados de muy diverso carácter.⁷⁷

De acuerdo con los principios metodológicos establecidos por la Comisión de Lingüística Iberoamericana del PILEI, los investigadores mexicanos cubrieron el *Cuestionario* léxico con un total de 24 informantes, representativos de la norma culta urbana de México. Hemos reunido, así, las respuestas de cuatro mujeres y de cuatro hombres pertenecientes a cada una de las tres generaciones en que se dividió la población urbana total.⁷⁸ Los materiales lingüísticos acumulados en

1968; y *Cuestionario para el estudio coordinado...*, vol. III: *Léxico*, Madrid, C.S.I.C., 1971; 221 pp.

⁷⁷ Son los siguientes: 1) El cuerpo humano; 2) La alimentación; 3) El vestuario; 4) La casa; 5) La familia, el ciclo de la vida y la salud; 6) La vida social y las diversiones; 7) La ciudad. El comercio; 8) Transportes y viajes; 9) Medios de comunicación; 10) Prensa, cine, televisión, radio, teatro, circo; 11) Comercio exterior. Política nacional; 12) Sindicatos y cooperativas; 13) Profesiones y oficios; 14) Mundo financiero; 15) La enseñanza; 16) La Iglesia; 17) Meteorología; 18) El tiempo cronológico; 19) El terreno; 20) Vegetales y agricultura; 21) Animales. Ganadería.

⁷⁸ En las reuniones preparatorias del Proyecto, la Subcomisión Ejecutiva acordó estudiar el habla de hombres y mujeres —en proporción equivalente— que pertenecieran a tres generaciones sucesivas: 1.ª) Personas entre los 25 y 35 años; 2.ª) Informantes de 36 a 55 años; y 3.ª) Hablantes de más de 55 años de edad. En el presente trabajo, los informantes aparecen numerados de acuerdo con una agrupación por generaciones —en primer lugar— y, dentro de cada una de ellas, por sexo. Así, los números 1 a 4 corresponden a las cuatro informantes femeninas de la

estos 24 cuestionarios son variadísimos y de muy rico contenido. Me propongo ofrecer aquí una simple y reducida muestra, atendiendo a las respuestas en que aparecieron voces indígenas americanas, procedentes, ya del náhuatl, ya de otros idiomas amerindios. En los cuadros que siguen reúno —en orden alfabético— todas las palabras indoamericanas que aparecieron, de una manera u otra, en los 24 cuestionarios.⁷⁹

generación joven, y los números 5 a 8, a los informantes masculinos de la misma generación; los números 9-12: mujeres de la generación intermedia, y así progresivamente.

⁷⁹ En cinco columnas proporciono los datos que juzgo de mayor interés para los propósitos de este breve estudio. En la columna I indico el número correspondiente a la pregunta del *Cuestionario*; en la columna II, la voz indígena obtenida en la respuesta (entre corchetes figuran las voces no previstas en el *Cuestionario* que surgieron a lo largo de las encuestas como respuestas paralelas o, a veces, marginales); en la columna III consigno el número total de informantes que se sirvieron del término en cuestión; entre paréntesis, a continuación, el número de informantes que proporcionaron dos o más respuestas, si tal hubiera sido el caso; en la columna IV recojo las voces que entraron en concurrencia con el indoamericanismo; y en la columna V, el número de informantes que no dio respuesta alguna a la pregunta.

NAHUATLISMOS

I	II	III	IV	V
2683	acal	1	piragua lancha	1
543	aguacate	23 + (1)	pagua	
4268	ajolote	3 + (3)	renacuajo	
4142	cacahuate	23 + (1)	maní	
4188	cacao	24		
4166	cacaotal	1 + 2	cacaotero	
4296	[cacomixtle]	2	comadreja	3
465 4241	cócona	(1)	pavo guajolote	
4298	coyote	22 + (2)	chacal	
1456	cuates	2 + (10)	gemelos mellizos	
4196	chapulín	15 + (8)	saltamontes	
4082	chicle	22		2
243	chichis	3 + (2)	senos busto pecho	
515	chile	23 + (1)		
43-45 900 903	chino	12 + (3) 12 6 + (2)	rizado rizo rizo	1 6
909	enchinarse	3 + (2)	rizarse hacerse el permanente	
59	china enchinarse	7 + (2) 2 + (1)	carne de gallina	
941	enchinarse	14 + (1)	rizarse	

942	enchinador para encharnar	7 + (1) 2	rizador para rizar	
350	chocolate	24		
528	x de chocolate	18 + (5)	betún mousse	1
499	ejotes	24		
4181	elote	24		
4176	elote	1	mazorca	
390	sopa de elote	21	sopa de maíz	
4255	guachinango	23 + (1)	[besugo]	
465 4241	guajolote	3 + (9) 11 + (11)	pavo	
1034 1035	huarache	4 + (7) (1)	sandalia sandalia, etc.	
1046	hule	8 + (2)	[varias]	5
1071	tacón de hule	18	de goma	2
2059	jacal	9 + (6)	choza	
4181 ^b 4175	jilote	10 1	[varias] —	9
487 456	jitomate	22 + (2) 4	tomate tomate, etc.	5
4218	mayate	24		
1391 4428	mecate	6 + (2) 1 + (2)	cuerda reata	
4161	milpa	6 + (4)	maizal	
898	molote	1	[varias]	
4197	olote	24		
543	[pagua]	(1)	aguacate	
1887	papalote	17 + (6)	cometa	
2389	petaca	1 + (7)	maleta	
2390	petaca, -illa	(2)	maletín, etc.	

133	piocha	11 + (1)	barba de chivo	
4241	pípila	(1)	guajolote pavo	
732	quesquémel	1 + (2)	[varias]	
1538	socoyote	(4)	benjamín	
4237 4238	tecolote	3 + (6)	búho lechuza	
129	tencua(che)	(1)	leporino	
2197	tianguis	7 + (3)	plaza mercado	
732	tilma	(1)	[varias]	
1898 3554	tiza	16 + (2) (2)	gis gis	1
4296	[tlacuache]	1	comadreja	3
2170 2180 2184	tlapalería	9 + (2) 23 1 + (1)	t. de pinturas droguería ferretería	2
374	sardinas en tomate sardinas entomatadas sardinas en jitomate	11 + (1) 4 + (1) 6		
3975	zacate	2	pasto hierba	
4231	zopilote	24 + (2)	aura	

OTROS INDIGENISMOS AMERICANOS

I	II	III	IV	V
2961	butaca	21 + (3)	asiento	
3126	cacique	24		
4264	caimán	3 + (2)	lagarto cocodrilo	1
1949	cancha	21	campo	1
2682	canoa	23	lancha	
4207	cocuyo	2 + (3)	luciérnaga	4
4224	colibrí	11 + (9)	chupamirto	
541	chirimoya	24		
824	(e)naguas	2 + (1)	medio fondo	
4118	guayaba	24		
692	guayabera	24		
3764	huracán	22 + (1)		
4269	iguana	24		
4303	jaguar	22 + (1)		
386	jaiba	24		
4214	jején	13 + (2)	mosquito, etc.	4
4226	loro	7 + (10)	perico cotorra	
4227	lorito	(1)	periquito, etc.	
4081	maguey	12 + (3)	agave	2
4174	maíz	24		
4106	mamey	24		
4142	maní	(1)	cacahuate	
4183		24		
4164	papa	20		4
389		22 + (2)		

540	papaya	24		
2683	piragua	12 + (3)	[varias]	1
4194 1343	tabaco	24		
4168	plantación de tabaco	14 + (1)	tabacal	4
1340	tabaquera	14	bolsa de t.	2
2219	tabaquería	22		1
393	tapioca	19		5
4184	yuca	16		8

La distinción entre voces de origen nahua e indoeuropeanismos de otras procedencias permite apreciar notables diferencias en su uso dentro de la norma mexicana. En ella, los nahuatlismos son más abundantes: 54 voces en total, correspondientes a 47 lexemas, frente a 31 términos amerindios no nahuas, correspondientes a 26 lexemas.⁸⁰ Pero, en tanto que

⁸⁰ En total, 85 palabras y 73 lexemas. Lo cual, dentro de un cuestionario de 4452 entradas, representa el 1.9 %. Porcentaje de difícil interpretación, por estar extraído, precisamente, de un *cuestionario* léxico, y no del habla viva, en su funcionamiento. Pero quizá permita hacerse una idea más clara de la situación que estos americanismos guardan dentro del vocabulario general de la lengua el hecho de que —en el mismo *Cuestionario*— hayan aparecido alrededor de 160 anglicismos. Ciertamente cabe imaginar que el nivel de habla auscultado —la norma culta— sea más propenso a aceptar anglicismos (o esté en mayor riesgo de contagio) que el habla popular. De cualquier modo, en este nivel sociocultural, el número de anglicismos triplica al de nahuatlismos.

estos últimos muestran —en su inmensa mayoría— un fortísimo arraigo en la comunidad hablante, los nahuatlismos pertenecen solo —en muchos casos— al vocabulario de un núcleo más reducido de informantes. En efecto, de los 26 lexemas amerindios no nahuas, 18 son plenamente conocidos por todos los informantes entrevistados. Y debería decir 19, ya que *maguey* —que no fue respuesta de todos los informadores— es sin duda realidad absolutamente conocida —y así denominada— por todos los mexicanos.⁸¹ Las únicas excepciones han sido: *jején*, *yuca*, *piragua*, y —más notoriamente— *caimán*, *cocuyo*, *enagua* y *mantí*.⁸² En cambio, gran parte de los nahuatlismos

⁸¹ La razón de que no se haya obtenido una respuesta unánime en todos los cuestionarios puede deberse al hecho de que algunos hablantes cultos mexicanos parecen establecer una diferencia entre *agave*, como nombre genérico, y *maguey*, como denominación de la especie más común en el altiplano. Así, muchos dirían que el *henequén* es una *agave*, pero que es muy distinto del *maguey*.

⁸² Parece explicable: el *jején* es realidad propia de zonas tropicales, de tierras bajas, ajeno por completo a la ciudad (de ahí que su solo relativa vitalidad dependa, no de la concurrencia con otra designación, sino de su desconocimiento por parte de un buen número de hablantes: cuatro de nuestros informantes no dieron respuesta alguna, y otros seis improvisaron respuestas imprecisas, como *mosquita*, *mosco*, *mosco chiquito*, *mosquito* y *mosquito chico*); la *yuca*, incluida en el cuestionario en lista con otros vegetales comestibles, quedó sin reconocimiento por parte de varios informantes varones; *piragua*, aunque fue la respuesta

apareció únicamente en boca de un número muy reducido de informantes, a veces de uno o dos tan solo. Es el caso de *acal*, *ajolote*, *cócona*, *cacomixtle*, *chichis*, *molote*, *pípila*, *socoyote*, *tencua*, *tilma*, *tlacuache* y *zacate* particularmente.⁸³

de una buena mayoría (16 informantes), está en concurrencia con otro antillanismo de mayor vitalidad —*canoas*—, y el hablante urbano no siempre establece una clara distinción entre ambas; *cocuyo* es designación general y casi única en el sureste del país —en la costa del Golfo de México y en Yucatán—, pero no en el altiplano (cf. [«El léxico de la zona maya en el marco de la dialectología mexicana»,] *NRFH*, XX, 1971, pp. 15-17 y mapa 6 [<https://doi.org/10.24201/nrfh.v20i1.1557>]); (*enaguas* apareció solo ocasionalmente, ya que la realidad mexicana que corresponde a esa designación no coincide con la pregunta del *Cuestionario*: para ella (n.º 824), la respuesta fue *medio fondo*, y *enaguas* solo apareció en la pregunta anterior, ‘saya’, aunque tampoco coincida con este concepto exactamente. *Maní*, desde luego, no pertenece a la norma mexicana, donde se ha mantenido plenamente el aborigen *cacahuate*. La confusión verdaderamente sorprendente es la que descubrimos entre *lagarto* (13 informantes), *caimán* (5) y *lagartija* (2); podría reflejar —acaso— la peculiar actitud histórica de los conquistadores de América ante ciertos indigenismos que no consideraban necesarios: «Así, llaman *lagarto* al *caimán*, tigre al jaguar, león al puma, pavo al guajolote», etc. (Marcos A. Morínigo, «La penetración de los indigenismos americanos en el español», en *Presente y futuro de la lengua española*, II, Madrid, [OFINES,] 1963, p. 219).

⁸³ *Acal* es un nahuatlismo histórico, hoy completamente olvidado; sin duda el informante que lo empleó recurría a su vocabulario cultural pasivo, fruto de lecturas de crónicas sobre la conquista de México (cf. Cecilio A. Robelo, *Diccionario de aztequismos*, México, 3.^a ed., pp. 11 y 15, nota 3). *Cacomixtle* y *tlacuache* aparecieron tal vez como consecuencia de imprecisión en el proceso del interrogatorio. *Cócona* y *pípila* son, fundamen-

Por otra parte —y en lo que respecta a la lengua general—, cabe observar que la casi totalidad de las voces indoamericanas no nahuas pertenece al vocabulario español común, esto es, al léxico «hispanico», en tanto que los nahuatlismos recogidos suelen corresponder únicamente al sistema léxico mexicano. Y esto en proporciones violentamente distintas: solo el 10 % de los nahuatlismos apareció como respuesta general, como denominación hispánica del concepto en cuestión, en tanto que los antillanismos registrados pertenecen, en un 90 %, al vocabulario español general.

Acabo de calificar de «antillanismos» a las voces no nahuas recogidas en el *Cuestionario*. Inexactitud casi disculpable, ya que la inmensa mayoría de esas voces tienen tal origen. Salvo tres términos quechuas (*cancha*, *papa* y, probablemente, *chirimoya*) y dos nombres

talmente, denominaciones regionales de la hembra del *guajolote* o pavo. Pero el caso de *chichis*, solo empleado por cinco informantes —y no como designación exclusiva en dos de ellos—, merece comentario aparte: *chiches* o *chichis* es la forma familiar y coloquial sin duda más empleada en México para designar los senos de la mujer (*cf.* la p. 130 de este mismo libro); pero es natural que un informante culto, entrevistado por un investigador universitario, seleccione una respuesta más acorde con la «solemnidad» de la situación, y hable de los *senos* (7 informantes), o del *seno* (otros 7), del *pecho* (6), de los *pechos* (3), o aun del *busto* (4; quizá sea interesante observar que esta última denominación fue la preferida por las informantes mujeres de la generación joven).

procedentes del tupi-guaraní (*jaguar* y *tapioca*), todos los indoamericanismos restantes son originarios de las Antillas.⁸⁴ Todo ello no hace sino confirmar la particularísima situación de privilegio que poseen los antillanismos dentro del sistema léxico del español, como consecuencia de circunstancias históricas ya ampliamente señaladas.⁸⁵

Son varios los casos —dentro de los materiales reunidos en nuestros cuestionarios— en que se establece concurrencia entre una voz de origen nahua y otra, u otras, de origen hispánico. En la gran mayoría de las ocasiones, el término americano parece estar en desventaja. La excepción, palpable, se da en el caso

⁸⁴ Aun suponiendo que *huracán* fuera de origen maya —cosa poco probable: cf. Corominas *DCELC*, s. v.—, la situación de la palabra con respecto a la historia del español no cambiaría, y debería seguir siendo considerada de origen antillano, ya que en las islas la hallaron los españoles en 1510, y allí la incorporaron al vocabulario castellano.

⁸⁵ Cf., entre otros estudios, los de Rufino J. Cuervo, *Apuntes críticos sobre el lenguaje bogotano*, §979 [v. Cuervo (1914)]; Paciencia Ontañón, «Observaciones sobre la génesis de algunos indigenismos americanos», II Congreso de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina, São Paulo, 1969 [cf. Ontañón (1979)]; Manuel Alvar, *Americanismos en la 'Historia' de Bernal Díaz del Castillo*, Madrid, [Consejo Superior de Investigaciones Científicas,] 1970, pp. 19-21; y Juan M. Lope Blanch «Antillanismos en la Nueva España», IV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Salamanca, 1971 [véase Lope Blanch (1981, 1982a, así como 1979b y 1990b)].

de *papalotel/cometa*: 17 informantes emplearon exclusivamente la voz nahua,⁸⁶ mientras que solo uno utilizó el término español en exclusividad, y los 6 restantes se sirvieron de ambas formas.⁸⁷ La palabra indígena presenta también, con frecuencia, la variante *papelote*, por obvio cruce con *papel*, que fue la forma preferida por varios informantes de la generación de más edad.⁸⁸ El caso de *pavo/guajolote* es diferente: la

⁸⁶ Derivada de *papálotl* ‘mariposa’, se conoce, con el significado de ‘cometa’, en Cuba (*DRAE*), en las Antillas (Santamaría) y en Centroamérica. Aunque los informantes capitalinos solo usaron, en su contestación, estos dos términos —*papalote* o *cometa*—, en las hablas del interior de la república se emplean otras muchas designaciones: *papagayo*, en la península de Yucatán; *huila* (del náhuatl *uilotl* ‘paloma’) en amplia región del noroeste; *pandorga* en varios puntos de la costa del Golfo; *zara(m)pico* en una comarca del Sureste; *barrilete* en el estado de Chiapas, etc. (cf. el artículo de la *NRP* citado en la nota [82], pp. 24-26).

⁸⁷ De ellos, los informantes 2, 13 y 17 precisaron espontáneamente que, por lo general, usaban la voz *papalote*, aunque también conocían el término *cometa* (vocabulario, pues, pasivo en ellos).

⁸⁸ La usaron los informantes 20, 23, 24 y 19 (este en su variante *papeloto*), además del n.º 11 (quien también respondió *cometa*). El conocimiento escolar del náhuatl en hablantes con instrucción universitaria explicaría el uso preciso de la variante etimológica, *papalote*, en los informantes más jóvenes. *Papelote* también en parte de Venezuela (Falcón, etc.); e igualmente en otros países; más general en Venezuela es *papagayo*. Información riquísima proporciona Ángel Rosenblat en *Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela*, 3.^a ed., Madrid-Caracas [Ediciones Edime], 1969, III, pp. 240-244.

pregunta n.º 465 forma parte del capítulo relativo a *la alimentación*; la pregunta n.º 424I figura dentro del apartado correspondiente a *las aves de corral*. Las respuestas que obtuvimos fueron bien distintas: en el primer caso, solo tres informantes contestaron *guajolote*, mientras que doce replicaron *pavo*, y los nueve restantes se sirvieron de ambas denominaciones; pero en la segunda ocasión los términos se invirtieron: once hablantes dieron como única respuesta *guajolote*, y solo uno se mantuvo en *pavo* (los demás emplearon ambos términos). Significa esto que en la norma mexicana se ha establecido —o se está estableciendo— una distinción, aunque no tajante y nítida, entre ambos lexemas: *guajolote* se prefiere como designación genérica de la gallinácea, mientras que *pavo* adquiere resonancias culinarias; por ello, en el capítulo relativo a la alimentación, fueron mayoritarias las respuestas exclusivas con *pavo*, mientras que entre las aves de corral se prefería hablar del *guajolote*.⁸⁹ Pero lo

⁸⁹ Distinción consciente en buen número de informantes: El 2 explicó que llamaba *guajolote* al animal vivo, y *pavo* al muerto, «para ser comido»; el 10 y el 19 dijeron que *pavo* era «el que se come en Navidad»; el 20 opuso «*guajolote*, vivo», a «*pavo*, cocinado»; el 23 precisó que él se refiere al animal como *guajolote*, pero que come «carne de *pavo*»; y la oposición 'muerto'/'vivo' fue establecida también por los números 12, 17 y 24.

más frecuente es que el término hispánico predomine ampliamente —al menos en este nivel de habla urbana culta— sobre la voz indígena. El caso de *benjamín/socoyote* puede ser ejemplar: solo cuatro informantes emplearon el nahuatlismo, pero ninguno de ellos lo hizo en forma exclusiva, sino todos en concurrencia con *benjamín*; esta designación, en cambio, figuró en boca de 12 informadores. Más evidente resulta aún la desproporción en el caso de *leporino/tencua(che)*: solo el informante 23 se sirvió de *tencua*,⁹⁰ en tanto que veinte usaron *leporino*.⁹¹

No dejaron de sorprenderme los resultados de la pregunta n.º 2389: mi impresión, tras varios lustros de residencia en México, era la de que aquí el hispanismo *maleta* había sido casi plenamente desplazado por el nahuatlismo *petaca* y por el anglicismo *velís*. Pero los resultados de nuestras encuestas rectifican plenamente tal impresión: solo un informante dio como respuesta única *petaca* (el n.º 20), y otro *velís* (el n.º 23); en cambio, siete contestaron únicamente *maleta*. Y

⁹⁰ Del náhuatl *ten-cualo*: *tentli* ‘labio’ y *cualo* ‘comido’, derivado de *cua* ‘comer’ (Robelo, p. 471).

⁹¹ Los números 15, 16 y 21 se sirvieron de *cucho*, que parece ser la designación más extendida por el país. (Sobre su etimología y distribución geográfica, cf. el artículo de la *NRFH* citado en la nota [82], pp. 166-167).

las respuestas de los que dieron doble contestación se distribuyen así: doce usaron *maleta*, en concurrencia, ya con *petaca* (seis de ellos), ya con *velís* (cinco); uno (el n.º 10) se sirvió de las tres denominaciones; pero ninguno presentó exclusivamente la dualidad *petaca/velís*. En total, todos los informantes, salvo el 20 y el 23, se sirvieron de *maleta*. Y los resultados fueron todavía más favorables al término hispánico en la pregunta siguiente ('maletín'): solo aparecieron (en forma alternativa, no absoluta) dos derivados de *petaca* y tres de *velís*, mientras que quince informantes usaron exclusivamente derivados de *maleta*.⁹² Pienso que será necesario investigar la vitalidad de estas tres denominaciones —*petaca, maleta, velís*— en otros niveles socioculturales del habla, y en otras zonas del país, pues creo que los resultados podrán ser muy distintos.

También me parecieron sorprendentes los resultados de las preguntas números 4237 y 4238: 'búho' y 'lechuza'. Cabría esperar un elevado número de respuestas en que apareciera el nahuatlismo *tecolote*, voz documentada en otro estudio como general en

⁹² Respectivamente *petaquilla* y *petaca de mano* en el primer caso; *velís chico* y *velís de mano* (dos informantes) en el segundo; y por último, *maletín* (15 informantes), *maleta de mano* (dos), *maletita* (uno), *maleta* (uno) y *maleta chica* (uno). Otros tres informadores se sirvieron del galicismo *nécessaire*.

México.⁹³ Pero los resultados han sido algo parcos: de 46 respuestas en total, solo siete correspondieron a *tecolote*, y solo tres informantes usaron este nahuatlismo con exclusión de *búho*. La mayor parte de las personas entrevistadas mantenían distinción entre la *lechuza* y el *búho*, al que tres informantes denominaron también *tecolote*.⁹⁴ En total, el lexema *búho* apareció en 19 ocasiones (3 de ellas en concurrencia con *tecolote*, y 16 como designación exclusiva), *lechuza* en 20 respuestas, y *tecolote*, en 7 solo.⁹⁵ Como en el caso de *petaca*, creo que una investigación de otros niveles socioculturales del habla proporcionaría resultados muy diferentes, con mayor vitalidad del nahuatlismo *tecolote*.⁹⁶

⁹³ Cf. *supra*, p. 120.

⁹⁴ Cuatro informadores (n.ºs 3, 5, 11 y 19) declararon que no distinguen entre ambas especies; uno de ellos (n.º 11) afirmó que la única voz que emplea es *tecolote*; otros dos (n.ºs 3 y 5), en cambio, dijeron emplear solo *búho*; y el n.º 19 dijo que usaba *tecolote* o *lechuza* indistintamente.

⁹⁵ La distribución de los lexemas ha sido la siguiente: oposición *búho/lechuza* = 14 informantes (entre ellos los 4 varones de edad más avanzada); oposición *tecolote/lechuza* = 2 informantes (n.ºs 2 y 6); oposición *tecolote* = *búho/lechuza* = 3 informantes (n.ºs 1, 16 y 20).

⁹⁶ Inclusive, tal vez, en la norma culta de la capital, en una situación menos formal que la establecida por la encuesta sistemática con cuestionario.

En otras muchas ocasiones, la concurrencia de términos españoles y amerindios ha desembocado en una distribución semántica de las voces concurrentes, más o menos nítida. Así, *tiza* apareció como respuesta casi general a la cuestión 1898 (como ‘pasta con que se unta la suela del taco de billar, para que no resbale sobre la bola’: Santamaría), pero no como respuesta a la pregunta 3554 (barrila de ‘arcilla terrosa blanca que se usa para escribir en los encerados’: *DRAE*),⁹⁷ para la cual la contestación casi única fue *gis*.⁹⁸ También parece clara la distinción entre *huarache* y *sandalia*, calzado rústico el primero, y más fino y elegante el segundo.⁹⁹ Lo mismo sucede en el caso de *gomal/hule*

⁹⁷ En el primer caso, solo cuatro informantes emplearon *gis* en su respuesta (uno de ellos en concurrencia con *tiza*); en cambio, en el segundo caso, todos contestaron *gis*, y *tiza* solo fue respuesta de dos de ellos, alternando con *gis*.

⁹⁸ La presencia de *xices* en un inventario zaragozano de 1379 (cf. [M. Serrano y Sanz, «Inventarios aragoneses de los siglos XIV y XV»,] *BRAE*, II, 1915, p. 710, y Corominas, *DCELC*, IV, p. 778) y el uso mexicano general de *gis* permitirían suponer que ésta fuera una forma novohispana tradicional, y no un préstamo del cultismo francés *gypse*.

⁹⁹ Cuatro informantes contestaron únicamente *huaraches*, y cinco *sandalias*; los demás mencionaron ambas designaciones, pero especificando: «el huarache es más popular» (inf. 19), «de los campesinos» (inf. 23); las sandalias son «más finas» (inf. 10 y 19), «de lujo» (inf. 24).

(preguntas 1046 y 1071), que establece oposición entre ‘pegamento’ y el ‘caucho o látex’.¹⁰⁰

También parece relativamente clara la situación en el caso de las preguntas 2170 (‘almacén de pinturas’), 2180 (‘droguería’) y 2184 (‘ferretería’). Como la *tlapalería* mexicana corresponde casi exactamente a la *droguería* española^{100 bis}, las respuestas a la pregunta 2180 no presentaron ningún problema: todos los informantes, menos uno,¹⁰¹ contestaron unánime y exclusivamente *tlapalería*. Y todos, de hecho,

¹⁰⁰ De ahí que casi todos los informantes mexicanos contestaran unánimemente «tacón de *hule*», «zapatos de *hule*» y «botas o chanclos de *hule*»; la *goma* «es para pegar», y así, en la pregunta 1065, «*goma* de zapatero». Las *gomitas* para sujetar, de España, son en México *ligas*; no obstante, sí se dice «*goma* de borrar».

[^{100 bis} Cabe objetar que la correspondencia no es tan exacta. En la actualidad, *droguería* se marca como españolismo en el *DLE* y se define, en su acepción 3, como ‘Tienda en la que se venden productos de limpieza y pinturas’ (RAE-ASALE 2014, actualización 2020, s. v., consultado en línea el 26 de abril de 2021); por su parte, *tlapalería* se define como ‘Tienda donde se venden pinturas y materiales de albañilería, carpintería, electricidad, plomería, etcétera’ (AML en preparación, s. v., consultado el 26 de abril de 2021)].

¹⁰¹ Que, inesperadamente, contestó *droguería*, voz inusitada, con ese sentido, en la ciudad de México. Luego especificó que en las *droguerías* se venden «productos de perfumería barata» —cosa que se incluía en la pregunta—, mientras que en las *tlapalerías* no, sino «artículos de limpieza, pinturas y objetos de uso doméstico no mecanizados», según rezaba el resto de la pregunta.

respondieron *ferretería* a la pregunta 2184, aunque en las tlapalerías se venden también artículos propios de las ferreterías.¹⁰² Donde hubo concurrencia fue en la pregunta 2170: la mayoría de las personas entrevistadas contestó «tienda, almacén o expendio de pinturas» (13 en total) y 11 contestaron *tlapalería*.¹⁰³

Algo más complejos fueron los resultados de la pregunta 2197 ('plaza al aire libre'): el nahuatlismo *tianguis* —que parece haberse especializado como voz designadora precisamente de ese concepto— apareció en boca de diez informantes, pero en conflicto con *plaza* —que fue respuesta de doce informadores— y aun con *mercado* (seis contestaciones).¹⁰⁴ Llama la atención el hecho de que el indigenismo haya aparecido sobre todo en hablantes de las generaciones más jóvenes, en tanto que solo uno de los ocho informantes de la generación mayor (el n.º 19) se sirvió del

¹⁰² Como clavos, tornillos y herramientas de regular calidad. Por eso el informante 6 contestó también aquí *tlapalería*, y el 19 dio respuesta doble: *tlapalería* y *ferretería*.

¹⁰³ Dos de ellas dijeron también «tienda de pinturas», y el informante 18 advirtió que la tlapalería «incluye otras cosas además de las pinturas».

¹⁰⁴ De los primeros, siete usaron exclusivamente *tianguis*, dos se sirvieron también de *plaza*, y uno de *mercado*. *Plaza* fue la respuesta exclusiva de nueve informantes, y *mercado* solo de tres, ya que el mercado, en la ciudad de México, es cubierto. [También es común, para el mismo referente, (*mercado*) *sobre ruedas*].

nombre *tianguis*, y ello en concurrencia con *mercado*. Los materiales lingüísticos reunidos en estas encuestas no son lo suficientemente ricos como para permitir que se aventuren hipótesis sociolingüísticas; sería interesante hacer una investigación más amplia y sistemática, para tratar de evaluar el prestigio de que gozan los indigenismos entre los hablantes de las distintas generaciones y de los diversos niveles socioculturales.

Las preguntas 1391 ('cuerdas para colgar la ropa') y 4428 ('cuerdas', dentro del apartado referente a la ganadería) han sido insuficientes para establecer la distribución semántica que pueda existir entre el nahuatlismo *mecate* y los hispanismos *cuerda*, *reata*, *lazo* y *soga*. Todo lo que nuestros cuestionarios permiten apreciar es que *mecate* sirve para designar la cuerda delgada y de usos domésticos, en tanto que la *reata* es más gruesa y de uso campesino. En efecto, las respuestas a la pregunta 1391 se organizaron así: *mecate(s)* = 8 informantes (dos de ellos dieron además otras respuestas); *cuerda(s)* = 5 informantes; *reata* = ninguno.¹⁰⁵ En cambio, las respuestas a la pregunta 4428 presentan la siguiente distribución: *mecate* = 3

¹⁰⁵ Un informante respondió *lazos*, y otro «*cordones para la ropa*»; y nueve dieron el nombre de la instalación, *tendedero*, no de la cuerda.

informantes (solo uno de ellos usó el nahuatlismo como denominación exclusiva); *cuerdas* = 5 informantes; *reata* = 13 respuestas (la mayor parte únicas); *lazos* = 4; y *soga* = solo 2.¹⁰⁶

Un último caso —que tampoco deja de ser sorprendente— es el de la concurrencia *milpa/maizal*. Siendo el nahuatlismo designación específica de la «plantación de maíz», y habiendo sido documentado en otra investigación como uno de los indigenismos de más uso en México,¹⁰⁷ resulta extraño que en estas encuestas solo haya aparecido en boca de diez informantes, quedando en desventaja numérica ante *maizal*.¹⁰⁸ La explicación tal vez pueda estar en el hecho de que la pregunta aparece en lista con una serie de denominaciones referentes a otras plantaciones

¹⁰⁶ *Soga* no fue nunca respuesta exclusiva: los dos hablantes que la emplearon se sirvieron también de *cuerda* y de *mecate*. En cambio, *reata* apareció en las respuestas más firmes y seguras, y como forma única en boca de 11 informantes.

¹⁰⁷ Cf. *supra*, p. 105, nota 44. Esta investigación estadística revelaba que solo siete mexicanismos parecían tener mayor vitalidad —por su frecuencia de empleo— que *milpa*. Eran ellos: *pulque* (189 apariciones), *chile* (171), *chamaco* (144), *jacal* (140), *cuate* (119), *mole* (115) y *jitomate* (97).

¹⁰⁸ *Milpa*, como denominación única, fue respuesta de 6 informantes; otros 3 la proporcionaron como alternativa de *maizal*, y uno más de *campo de maíz*. En cambio, *maizal* fue respuesta única de 11 informantes, además de los tres que constataron también *milpa*. Otros dos dijeron *sembradio de maíz*.

agrícolas, derivables mediante el sufijo *-al*, cosa que puede provocar la aparición espontánea —aunque formalmente condicionada— de *maizal*, pero no de *milpa*.¹⁰⁹ Caso diferente, que no causa tanta sorpresa, es el de *jacal/choza*. Según nuestras encuestas, son casi tantos los hablantes mexicanos que emplean la palabra *choza* (13 en total) como los que emplean *jacal* (15), a pesar de ser este uno de los nahuatlismos de mayor vitalidad, de acuerdo con el índice transcrito en la nota 33. En él se advierte que *jacal* ocupa el cuarto lugar —por su frecuencia de aparición— entre todos los mexicanismos. Pero el dato puede ser engañoso: de las 140 apariciones del término, 131 corresponden a la lengua literaria, y solo 9 a la hablada, mientras que en el caso de *milpa* la voz apareció tanto en el habla como en la literatura, en una proporción equiparable.

Un *Cuestionario* como el utilizado en estas investigaciones —cuestionario concebido con el propósito de establecer confrontaciones y contrastes entre el habla de las principales capitales del mundo

¹⁰⁹ Después de haber contestado *trigal* a la pregunta «plantación de trigo» (4158), es lógico esperar que a la pregunta «plantación de maíz» (4161) el informante conteste *maizal*, olvidando la forma «anómala» *milpa*.

hispanico— no permite precisar matices estilísticos dentro de las diversas generaciones de hablantes de una misma ciudad. Pero revela ciertos problemas, que deberán estudiarse en cada localidad con cuestionarios particulares adecuados a cada caso. El análisis de un número tan reducido de cuestiones como las aquí estudiadas parece apuntar hacia ciertas diferencias en el habla de las generaciones consideradas.¹¹⁰ Pide también este *Cuestionario* su aplicación a hablantes de otros niveles socioculturales, entre los cuales sea posible una distribución de formas diferente de la aquí constatada.¹¹¹ Sugiere asimismo la necesidad de aplicar cuestionarios particulares más detallados, para precisar la organización de campos semánticos muy complejos.¹¹² Pone en evidencia, una vez más, las limitaciones e inconvenientes propios de toda investigación realizada con cuestionario, coartador siempre, en alguna medida, de la espontaneidad

¹¹⁰ Como en los casos de aparente preferencia de los jóvenes por los nahuatlismos —*tianguis*, por ejemplo— o por las formas etimológicas *papalote*, y no *papelote*, que fue frecuente entre los más adultos.

¹¹¹ Como apuntaba en los casos de *tecolote* frente a *búho*, o de *petaca* frente a *maleta*.

¹¹² Según veíamos al estudiar respuestas concurrentes, como *mecate*, *reata*, *cuerda*, *lazo*, *soga*, etc.

lingüística de los informantes.¹¹³ Inconvenientes, no obstante, muy secundarios en comparación con las bien conocidas virtudes del procedimiento, adecuado a propósitos muy precisos, de indudable importancia dialectológica.

¹¹³ Deformación patente en el caso de *chichis*, desplazado «pudorosamente» por *seno*, *busto* o *pecho*. O en el caso de *maizal*—en vez de *milpa*—, condicionado por la serie dentro de la cual figura.

SIGLAS

AdeL = *Anuario de Letras*. Universidad Nacional Autónoma de México.

AO = *Archivum*. Oviedo.

BDH = Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana. Buenos Aires.

BICC = *Thesaurus*. Boletín del Instituto Caro y Cuervo. Bogotá.

BRAE = *Boletín de la Real Academia Española*. Madrid.

DCELC = Juan Corominas, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*. Madrid.

FCE = Fondo de Cultura Económica. México.

NRFH = *Nueva Revista de Filología Hispánica*. México.

RFE = *Revista de Filología Española*. Madrid.

RFH = *Revista de Filología Hispánica*. Buenos Aires.

RPh = *Romance Philology*. Berkeley, California.

StL = *Studia Linguistica*. Lund-Copenhague.

ZRPh = *Zeitschrift für Romanische Philologie*. Tübingen.

